

00466  
4  
2j



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

MITO E HISTORIA  
Mito que encadena, historia que libera

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

T E S I S  
QUE PARA OBTENER LA MAESTRIA EN  
CIENCIAS DE LA COMUNICACION  
P R E S E N T A :  
**EVA SALGADO ANDRADE**

" Por mi raza hablará el espíritu "

México, D. F.

Enero de 1992



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCION	3
1. ENTRE EL LUGAR COMUN Y LA HISTORIA VERDADERA	8
1.1. La historia: ¿ciencia o pesadilla?	11
1.2. De cómo el hombre bajó de los árboles y de cómo empezó a contarla	17
1.3. Sobre los usos y los abusos de la historia	27
2. LA HISTORIA Y EL LENGUAJE	39
2.1. Los historiadores: ¿huérfanos apátridas o seres comunes y corrientes?	41
2.2. ¿Cómo se escribe la historia?	51
2.3. El dogma y sus perniciosos efectos	58
2.4. Los consumidores: ¿protagonistas o "primeros agonistas" de la historia?	62
3. EN TORNO AL DISCURSO POPULAR DE LA REVOLUCION	70
3.1. Un 20 de noviembre como tantos otros	72
3.2. "¿La Revolución Mexicana? Esa liga no la conozco"	77
3.3. La Revolución en las aulas	80
3.4. Los jóvenes y la Revolución	83
4. LA REVOLUCION A TRAVES DE UN MUSEO	128
4.1. Los museos: ¿bodegas sagradas o espacios de comunicación interpersonal?	127
4.2. Del Palacio Legislativo al Museo Nacional de la Revolución	132
4.3. Los visitantes, ¿quién más?, juzgan su museo	141
5. HACIA LA HISTORIA POPULAR	158
5.1. Nuevos enfoques, nuevos temas	162
5.2. La historia oral y el rescate de nuevas fuentes	169
5.3. <u>Comunicar</u> , no <u>informar</u> , la historia	173
CONCLUSIONES	182
BIBLIOGRAFIA	191

## INTRODUCCION

Sin duda, el presente trabajo no aborda un tema nuevo; en efecto, existen muchos escritos, artículos, libros, ensayos, ponencias, conferencias, mesas redondas, que se han echado a cuestras la tarea de hablar acerca de la historia, sus objetivos, metas, logros, alcances y limitaciones. Sin embargo, siempre existe la necesidad de reflexionar en torno a este asunto, esencial para el conocimiento y la acción del hombre.

En general, el problema de la historia y su difusión está inmerso en uno más amplio: aquel que plantea cualquier proyecto de difusión cultural. Trátese de historia o de otra materia, no pocas veces la meta final --llegar al receptor y provocar en él una respuesta-- se frustra o se tergiversa a medio camino. Entre las principales causas de este tipo de fracasos, se encuentra una mala planeación del mensaje o el uso de canales inadecuados; en fin, aspectos que competen a la comunicación masiva y que podrían resumirse en la atención excesiva a lo que debe decirse en detrimento de cómo decirlo.

Es pertinente mencionar que la investigación tuvo como punto de partida dos aspectos principales: la reflexión teórica, a partir de la consulta de diversos autores, y la experiencia concreta de participar en proyectos de difusión, no siempre exitosos, de la historia.

A partir de estos dos elementos, se estructuró la hipótesis principal del trabajo: en nuestro país, si bien la difusión de la

historia es privilegiada por cuanto se refiere a la cantidad, existen factores que impiden su adecuada comunicación, de tal manera que en la mayoría de los casos el conocimiento del pasado, lejos de convertirse en una forma de interpretar y actuar sobre la realidad presente, se transforma en una mera acumulación de datos carentes de significado. La comprobación o refutación de esta premisa se basó en investigación documental (bibliográfica y hemerográfica), encuestas y observación directa.

Los resultados obtenidos se exponen de tal suerte que puedan ser compartidos por investigadores y estudiosos de las distintas disciplinas involucradas (comunicólogos, historiadores, sociólogos, etc.), así como por profesores y estudiantes de diversos niveles educativos y público en general. Tal vez por esto último, el lenguaje peque en ocasiones de irreverente.

El trabajo se ha dividido en cinco capítulos, estructurados de la siguiente manera: el primero, "Entre el lugar común y la historia verdadera", trata --como su nombre lo indica-- de exponer diversos intentos por definir a la historia. Se contraponen aquí desde aquéllos que no ofrecen salida al dilema en cuestión --definir la historia--, pues se amparan en palabras carentes de sentido, o al menos de sentido concreto, hasta los que intentan explicar cabalmente qué es la historia, más allá de la fórmula multicitada de que "es el estudio del pasado para comprender el presente y planear el futuro". A fin de lograr una visión más completa sobre el tema, se recurrió a la opinión de pensadores de diversas disciplinas, no sólo historiadores, y se buscó además confrontar diversas corrientes. Se ofrecen así puntos de vista encontrados

--algunas veces-- o coincidentes --en la mayoría--, que permiten acercarnos al asunto de qué es o qué debiera ser la historia. En la segunda parte de este capítulo, se hace un breve recorrido a través de la historia de la historia. Sería sin duda un contrasentido insistir en la importancia de esta disciplina y no echar mano de ella para conocer su trayectoria. Por último, se mencionan algunas de las aplicaciones de la historia, desde aquella que la convierte en un valioso elemento para propagar falsas ideologías, amparada en versiones idílicas del pasado para justificar aun el más caótico de los presentes, hasta aquellas que la transforman en un instrumento útil para el autoconocimiento de los hombres.

En el segundo capítulo, "La historia y el lenguaje", se exponen una serie de consideraciones en torno a la relación estrecha e indisoluble de la historia con el lenguaje. Para armar este capítulo, se aislaron algunos de los elementos que intervienen en la historia como proceso de comunicación --o información en la mayoría de los casos--. Así, se tratan por separado --aunque sólo en apariencia-- a los historiadores (grupo emisor), a la escritura de la historia (mensaje) y a los consumidores (los receptores, por lo menos en teoría). La tercera parte de este capítulo da especial importancia al discurso dogmático de la historia (que, a fin de cuentas, es el que más abunda).

Una vez planteados estos aspectos, teóricos en esencia, pero derivados en muchos casos de la experiencia concreta, se analiza un ejemplo específico del discurso de la historia. Se eligió el proceso de la Revolución Mexicana, por la importancia inegable del mismo, así como por permitir un acercamiento a la relación pasado-

presente tan pregonada y, en realidad, tan dejada de lado. Para lograrlo, se realizaron una serie de encuestas entre niños y jóvenes, cuyos resultados se exponen en las partes tres y cuatro del capítulo "En torno al discurso popular de la Revolución Mexicana". A través de los resultados, se comprueba cuál es el discurso que la gente ha asimilado o, mejor dicho, memorizado --por cierto, erróneamente en muchos casos--. Como se propone en el mencionado capítulo, los resultados no se sugieren como exhaustivos, sino sólo como una muestra significativa. Si bien es cierto que este método de investigación no es novedoso --pues abundan las encuestas que nos permiten saber que para los niños Benito Juárez es más desconocido que Superman--, uno de sus logros radica en que permite adentrarse en el discurso específico en torno al pasado: su utilidad, su relación con el presente, la caracterización o identificación con algunos personajes de la historia, etcétera.

En el capítulo cuarto, "La Revolución a través de un museo", se analiza un experimento concreto de difusión de la historia, perfectible, sin duda, pero no por ello menos valioso. Si una de las propuestas constantes a lo largo de este trabajo consiste en explorar nuevos canales de comunicación, era necesario exponer alguno en concreto. Se describió pues la forma en que fue creado el Museo Nacional de la Revolución, sus objetivos y sus logros. En la última parte se dio la palabra a los propios visitantes, pues ellos --mejor que nadie-- eran los más autorizados a hablar sobre el asunto.

Por último, el sexto capítulo, "Hacia la historia popular", pretende retomar muchos de los planteamientos derivados de las consideraciones teóricas, de los resultados prácticos de las encuestas y de la evaluación de los logros del museo. Para formular estas propuestas, se consideran aspectos tales como intentar nuevos enfoques y nuevos temas en la investigación; buscar nuevas metodologías --por ejemplo, la historia oral-- que permitan conocer diversas fuentes, o bien, explorar diversos mecanismos para comunicar la historia.

La intención al escribir estas páginas fue contribuir a la reflexión conjunta en torno a los problemas para que exista una auténtica comunicación de la historia. Si al final el lector coincide con quien esto escribe en que la historia puede y debe ser comunicada --y no solamente respetada, como una fría estatua de bronce o un lábaro a media asta-- se habrá cumplido el principal objetivo de este trabajo.



## 1. Entre el lugar común y la historia verdadera

Uno de los propósitos fundamentales de este trabajo consiste en analizar la relación entre la comunicación --o información, según sea el caso-- y la historia. De la primera sólo nos ocuparemos brevemente por ahora, si bien se convertirá en el asunto primordial conforme se avance en la lectura. Aunque parece evidente, es preciso mencionar que como comunicación o información masiva concebimos todo el conglomerado de mensajes que diariamente llegan a través de los medios masivos --prensa, radio, cine o televisión-- o los medios interpersonales --museos, escuelas, discursos políticos, pláticas cotidianas, etc--.

Es conveniente además señalar cuál fue el aspecto fundamental que nos llevó a analizar la relación de la historia con la comunicación. Se habla mucho de la necesidad de fomentar la comunicación popular, aquella que logre transmitir efectivamente un mensaje al receptor y, más importante aún, genere en éste una respuesta. Tal vez una de las fases que más debe atenderse en el proceso de hacer comunicación popular consiste en la elaboración del mensaje; véanse, si no, los desastrosos resultados de ambiciosos proyectos que, por muy populares que se autodenominen, no logran diferenciarse en mucho de la información despersonalizada que genera cualquier cosa menos una respuesta.

Para la elaboración de mensajes deben atenderse dos aspectos fundamentales del lenguaje: la forma y el contenido. La primera consiste en lo que queda del lenguaje si se abstrae de él todo lo

que tiene un carácter físico o fisiológico, así como todo lo que se relaciona con el significado desde un punto de vista psicológico, lógico o metafísico. (1) Este aspecto formal pertenece al campo de la lingüística y, de su adecuado conocimiento, dependerá el que un mensaje sea o no comprensible, signifique o no algo, en fin, que genere o no una respuesta. Sin embargo, esta es solo una fase del problema; la otra, igual de importante, es el contenido.

La comunicación popular no conoce límites en cuanto al contenido; para decirlo en pocas palabras, todas las ramas del saber y del hacer humanos son susceptibles de comunicarse. La rama que hemos elegido para este trabajo es la historia, aunque bien pudo haber sido cualquier otra ciencia social o natural y, en general, toda actividad humana. ¿Por qué precisamente la historia? La respuesta se dará a lo largo de este trabajo, aunque vale la pena adelantarla un poco: porque según lo que de ella --o de una de sus visiones-- se comunique puede convertirse en un mito que encadena o en una historia que libera.

Antes de pasar al asunto de la historia, es conveniente una última aclaración: quienes se dedican a estudiar la comunicación --como cualquier otro científico social-- tienen no sólo el derecho sino la obligación de reflexionar en torno a los contenidos susceptibles de conformar mensajes. Con esto no invaden territorios ajenos; más bien, se suman a los esfuerzos interdisciplinarios que, bien llevados, pueden resultar muy útiles para que los hombres superen y compartan el conocimiento que tienen de sí mismos. Comienzan, pues, algunas reflexiones en torno a la historia.

1 Cfr., J. Roca Pons, El lenguaje, Barcelona, Ed. Teide, 3ª ed., 1978, p. 54.

Pocos términos están tan ligados con nuestra vida cotidiana como el de "historia". Escurrizado y polifacético, se cuela en múltiples conversaciones, surge entre las páginas de libros o revistas, se emplea en escuelas, hogares, centros de trabajo, en fin, en múltiples lugares públicos o privados; es pronunciado en los solemnes sermones de los profesores, en los pulidos discursos de mas de un político o por las refinadas voces de locutores de radio y televisión. Hablamos de historia universal, patria, nacional, estatal y regional, así como de historia confidencial, verdadera, oculta, íntima, criminal, académica, comparada, desconocida, famosa, romántica o de amor. También ha pasado a formar parte de varios refranes populares, y no es raro, por lo tanto, oír que alguien o algo "tiene su historia", "hizo historia", "pasó a la historia", "hará historia", cambió de historia", "sale siempre con la misma historia", "es una historia de nunca acabar"... La historia se cuenta, se narra, se inventa, se repite, se transforma, se modifica, se enseña, se escucha, se goza, se sufre, se divulga, se calla, se interpreta, se analiza, etc..., etc. Por último, la historia se convierte en el ingrediente principal de no pocos estudios o ramas del saber o la actividad del hombre: historia del derecho, política, del arte, de la religión, económica, de la medicina, del deporte, del cine, de la televisión, de la arquitectura, de la pintura, de la publicidad, del movimiento obrero, del movimiento estudiantil, del feminismo, del socialismo, del capitalismo, del marxismo, del estructuralismo, del existencialismo, y una interminable cadena de etcéteras.

Con un uso tan generalizado pueden pasar dos cosas: o bien todo mundo sabe qué es la historia --y, por lo tanto, insistir en este asunto sería sólo pérdida de tiempo--; o bien, muchos pueden seguir caminos distintos que les lleven a nociones equivocadas sobre qué es la historia. Es preferible evitar este último riesgo y poner en claro algunos aspectos.

### 1.1. La historia, ciencia o pesadilla?

Cualquier persona habra oido hasta el cansancio la consabida definición que, más o menos a la letra, dice: "Historia es el estudio del pasado para comprender el presente y planear el futuro". Esta cita no podría ser adjudicada a autor alguno; tantas veces empleada y reelaborada, su copyright es obra del vox-populi. ¿Resuelve esto el problema a alguien interesado en comunicar la historia, y en hacerlo lo mejor posible? Es posible; sólo haría falta saber cómo se realiza ese estudio, cuál es el pasado que va a comunicar, dónde termina y cuándo se vuelve presente, qué mecanismos habrá que seguir para que el conocimiento de ese pasado sirva efectivamente para comprender el presente. La tarea se complica si tratamos de adecuar la definición a cualquier ejemplo cotidiano: ¿cómo puede ayudar a la comprensión del presente saber que Cuauhtémoc fue un emperador azteca al que le quemaron los pies y, más difícil todavía, cómo podría aplicarse este conocimiento a planear el futuro?

El camino, en apariencia sencillo, se llena de obstáculos. Al iniciar la búsqueda sobre qué es la historia, las opiniones parecen contradecirse unas a otras. Tema ampliamente socorrido en bibliotecas y librerías, se encuentran gran cantidad de títulos que lo abordan. Elegir algunos entre ellos resulta difícil, sobre todo si pensamos que el recorrido nos llevará desde los pensadores griegos hasta los historiadores de este siglo y que, por si esta complicación no fuera suficiente, el tema ha sido tratado no sólo por historiadores, sino por literatos, ensayistas, políticos, militares, poetas, revolucionarios, anarquistas, en fin, por plumas de la más variada especie. R. G. Collingwood, uno de tantos autores que se ha sumado a la tarea de reflexionar sobre la historia, advierte acerca de la dificultad de definirla y de los múltiples criterios que entran en juego: "Lo que la historia sea, de qué trata, cómo procede y para qué sirve, son cuestiones que [...] serían contestadas de diferente manera por diferentes personas".(2) Afirma, sin embargo, que pese a todo existen ciertos acuerdos en las contestaciones. Trataremos a continuación de reunir diferentes opiniones y buscar entre ellas los elementos comunes que permitan dejar en claro qué es la historia y, por lo tanto, qué es lo que se pretende comunicar.

Para definir a la historia es esencial considerar que se trata de un término ambivalente, referido tanto a su objeto de estudio como al estudio mismo. Así explica M. I. Finley esta ambivalencia: "La evidencia del pasado, el pasado como una fuente de paradigmas es una cosa; la historia como un estudio sistemático, como una

2 R.G. Collingwood, Idea de la historia, México, FCE, 11ª reimpr., 1984, p. 17.

disciplina, es otra". (3) Comienza así a aclararse el panorama: en el uso cotidiano del término, se ha mezclado la historia como devenir de un pueblo, y la historia como el estudio de ese devenir.

Por cierto, se ha intentado eliminar esta confusión al adoptar otros términos. Por ejemplo, E. González Rojo propone reservar el vocablo de "historia" al conjunto de hechos que constituyen la vida de los pueblos, en tanto que "historiografía o historia escrita" designaría la relación más o menos rigurosa y sistemática de tales hechos. (4)

Sin embargo, la propuesta anterior --y otras similares-- no parecen tener consenso, pues reconocidos historiadores llaman "historia" (y no historiografía) a su disciplina. Es más, autores como Le Goff y Nora se oponen al uso de términos distintos y advierten desde el principio que se trata "de una ciencia que no dispone más que de un término para su objeto y para sí misma, que oscila entre la historia vivida y la historia construida, sufrida y fabricada". (5) Una conclusión que se desprende de este asunto es que no resulta tan importante el significante con el que se le invoque (historia, historiografía o historia escrita), siempre y cuando su significado se relacione con su objetivo primordial: un mejor conocimiento de su objeto de estudio: el pasado... "¿El pasado?", se preguntarán indignados algunos historiadores; tal sería el caso de Marc Bloch quien, en Introducción a la historia, asevera:

" Moses J. Finley, Uso y abuso de la historia. Barcelona, Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 3ª ed., 1984, p. 12.  
 4 Cfr., Enrique González Rojo, Teoría científica de la historia, México, Ed. Diógenes, 2ª ed., 1979, p. 23.  
 5 Jacques Le Goff y Pierre Nora, Hacer la historia. Nuevos problemas, vol. 1, p. 8.

Se ha dicho alguna vez: "La Historia es la ciencia del pasado". Me parece una forma impropia de hablar. Porque, en primer lugar, es absurda la idea de que el pasado, considerado como tal, pueda ser objeto de la ciencia. Porque ¿cómo puede ser objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el de no ser nuestros antepasados? (6)

Sin embargo, aunque resulta impropio hablar de la historia como ciencia confinada al pasado, existe una tendencia a identificar a la una con el otro. El mismo Bloch explica esto con una anécdota:

A partir de 1830 ya no hay historia, nos decía un profesor del liceo que era muy viejo cuando yo era muy joven: "hay política". Hoy ya no se diría: "desde 1830" [...] ni eso "es política". Más bien, con un tono respetuoso: "sociología"; o, con menos consideración: "periodismo". Muchos, sin embargo, repetirían gustosos: "desde 1914 ó 1940 ya no hay historia". (7)

Para Bloch, al igual que para muchos otros historiadores, carece de fundamento la tendencia de relacionar el significado de la historia únicamente con el pasado; por el contrario, se asevera que aquella es "un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado". (8) Esta concepción de la historia como estudio tanto del pasado como del presente revolucionó la noción tradicional que se tenía de aquella y cobra cada vez mayor auge:

6 Marc Bloch, Introducción a la historia, México, FCE, 12ª ed., 1984, p. 22.

7 Ibidem, p. 33.

8 E. H. Carr, ¿Qué es la historia?, Barcelona, Editorial Seix-Barral, 1973, p. 40.

La provocación más grave infringida a la historia tradicional es, sin duda, la bosquejada por la nueva concepción de una historia contemporánea, en busca de sí misma a través de las nociones de historia inmediata, de historia del presente, que, negándose a reducir el presente a un proceso inactivo, pone en tela de juicio la definición bien consolidada de la historia como ciencia del pasado. (9)

Para Fernando Braudel, es tan importante la relación que la historia guarda con el presente, que aquella puede incluso considerarse como "un cierto estudio del presente". (10)

Tal vez una forma adecuada de terminar con confusiones es sumarse a la propuesta de Bloch, para quien "no hay más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos". (11) Es obvio que esta ciencia que permite la comunicación a través del tiempo no puede ser más que la historia.

Antes de pasar a otro asunto, debemos reconocer que existen aun muchos mitos y formas de pensar la historia. Para evitar que se nos juzgue de parciales, cedemos el turno a la opinión de algunos representantes de la disidencia, para los cuales historia y pasado muerto son casi sinónimos. Por ejemplo, según la apátrida pluma de Cioran: "la historia es nostálgica del espacio y horror del hogar, sueño vagebundo y necesidad de morir lejos..., pero la historia es precisamente lo que ya no vemos en torno nuestro". (12) Para Schopenhauer --según sus palabras rescatadas por Borges-- la historia no es más que "el relato insignificante del interminable,

9. Jacques Le Goff y Pierre Nora, *op. cit.*, p. 7-10.

10. Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 4ª ed., 1979, p. 115.

11. Marc Bloch, *op. cit.*, p. 40.

12. E.M. Cioran, *Adios a la filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 2ª ed., 1982, p. 22.



pesado y deshilvanado sueño de la humanidad". (13) Sin embargo, estas visiones pesimistas, que son las menos, no han repercutido al extremo de tergiversar el significado general de la historia.

Para seguir adelante con este intento por definir a la historia, hay que tomar en cuenta un nuevo aspecto: ¿que es ese estudio de los hombres en el tiempo? Juan Brom, por ejemplo, se pregunta: "¿Es la historia, entendida como actividad del espíritu humano, una expresión de la fantasía, una de las bellas artes, una ciencia, una técnica?" (14) Collingwood advierte que puede contestar preguntas similares a la anterior pues reúne dos condiciones: tener experiencia en el pensar histórico y haber reflexionado sobre tal experiencia. Con estas cartas de presentación, afirma rotundamente: "Me parece que todo historiador estará de acuerdo en que la historia es un tipo de investigación o inquisición [...] La ciencia averigua cosas, y en este sentido la historia es una ciencia". (15)

Ciencia nada fácil de aprehender, por cierto, ya que se trata de "todas las ciencias del hombre" (16) y se convierte así en una gran orquesta del saber humano. Frente a esto, no resta más que aceptar la gran responsabilidad que pesa sobre ella y sobre quienes acometen la tarea de estudiarla y comunicarla. Esta idea del apabullante peso que puede representar la historia hace más comprensibles las desoladas palabras de un personaje del *Ulises* de

13 Schopenhauer, en Jorge Luis Borges, *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar"* (1936-1939), Barcelona, Tusquets Editores, 1986, p. 66.

14 Juan Brom, *Para comprender la historia*, México, Ed. Nuestro Tiempo 468 ed., 1984, p. 16.

15 R.G. Collingwood, *op. cit.*, p. 18-19.

16 Fernand Braudel, *op. cit.*, p. 116.

James Joyce: "La historia --afirmó Stephen-- es una pesadilla de la que estoy tratando de despertar". (17)

1.2. De cómo el hombre bajó de los árboles,  
y de cómo empezó a contarle

Si la historia y su definición son algo polémico, la historia de la historia es una mezcla aún mayor de opiniones, donde lo mismo nos enteramos que la historia surge con el hombre (es más, que desciende junto con él de los árboles), o nos informan que debe su paternidad a los filósofos griegos, o bien que es una adquisición relativamente reciente. De nueva cuenta se hace presente la confusión en el término, referido al objeto de estudio o al estudio mismo. En Para comprender la historia, Georges Novack ofrece una salida a esta confusión:

La humanidad ha estado haciendo historia desde hace un millón de años o más, avanzando desde la condición primate hasta la era atómica [...] En cambio, la ciencia de la historia, capaz de señalar las leyes que gobiernan nuestras actividades colectivas a lo largo de las épocas, es una adquisición relativamente reciente. (18)

Sin embargo, hay todavía algo oscuro en la salida que ofrece Novack. ¿Qué debemos entender por "relativamente reciente"? Si tomamos en cuenta la antigüedad de nuestro planeta, el periodo "relativamente reciente" bien puede referirse a los dos últimos

17 James Joyce, Ulises, Buenos Aires, Santiago Rueda Editor, 6ª ed., 1972, p. 65.

18 Georges Novack, Para comprender la historia, Barcelona, Editorial Fontamara, 1984, p. 15.

milenarios, o también al presente siglo. En fin, no es recomendable perderse en especulaciones filosóficas sobre la duración del tiempo y será más útil reflexionar sobre algunos puntos relacionados con la historia de la historia. De esta forma, además, seremos consecuentes con las propuestas de esta disciplina, en el sentido de indagar en el pasado para comprender el presente. Intentaremos así un breve diálogo con los historiadores del pasado para comprender a los del presente; parafraseamos aquí, por cierto, a E.H. Carr, quien sostiene que el proceso de interacción entre el historiador y sus hechos, es un "diálogo entre la sociedad de hoy y la sociedad de ayer". (19)

Habremos de ver cómo la historia y el lenguaje se mantienen estrechamente unidos --aspecto que será abordado con más amplitud en el capítulo 2--; mientras tanto baste mencionar que sólo hasta que el hombre pudo comunicarse con sus semejantes existieron las bases que le permitirían aprehender y transmitir su historia. En Lenguaje e historia, Emilio Lledó se remonta a una lejana visión retrospectiva y ofrece una interesante síntesis, válida para apreciar la aparición y evolución del hombre y los milenios que transcurrieron para que comenzara a aprehender, mediante el lenguaje, su paso por este mundo y dejar así atrás, en un metódico despegue, a sus hermanos primates. Este autor habla de tres diferentes estadios en la relación hombre-mundo (o conciencia-naturaleza):

- 1) No distinción entre naturaleza y conciencia (todos los milenios transcurridos hasta la aparición del hombre).

19 E.H. Carr, op. cit., p. 73.

2) Distinción debida a la presencia humana (empieza a utilizar el mundo por medio de instrumentos; marca, por tanto, un nivel en el que, a través del pensamiento, se distancia y objetiva la realidad).

3) Distinción debida, sobre todo, al lenguaje que, como fruto de la reflexión, a lo largo de la historia del homo sapiens establece un campo intermedio, una versión del mundo. En esta versión, la distancia y objetividad establecida tienen que ser cubiertas con un dominio en el que pueda circular la inteligencia. Por medio del lenguaje, como mito, como arte, como filosofía, como ciencia, comienzan a surgir, ante el exclusivo estímulo de la naturaleza perdida o al menos distanciada, las primeras interpretaciones simbólicas, los primeros intentos de construir un mundo al lado del mundo y, con ello, un apoyo para vencer la indiferencia y enemistad de la naturaleza. (20)

No todos los autores están de acuerdo en que las "primeras interpretaciones simbólicas" puedan ser reconocidas como historia; Novack, por ejemplo, asevera que:

Los pueblos primitivos, desde el salvajismo hasta los estadios bárbaros más elevados, tienen tan poca preocupación por el pasado como por el futuro. Lo que experimentan y hacen forma parte de una historia universal objetiva. Pero permanecen inconscientes del lugar particular que ocupan o del papel que juegan en el avance de la humanidad. (21)

20 cf., Emilio Lledó, Lenguaje e historia, Barcelona, Ed. Ariel, 1978, p. 26-27.

21 Georges Novack, op. cit., p. 15.

Así pues, se realizaba historia pero de una manera inconsciente. Algo muy similar sucede, por cierto, en vísperas del siglo XXI: la poca preocupación por el pasado --que a decir de Novack caracterizaba a los pueblos primitivos-- no nos ha abandonado del todo (pero esta pequeña reflexión se sale del camino y será mejor dejar para más adelante el diálogo de las sociedades pasadas con las actuales).

Al transcurrir el tiempo, la historia --después de ser realizada de manera inconsciente-- se convirtió en una necesidad para los hombres, que cada vez tenían más inquietud por saber de dónde venían. Sin embargo, no llegó en calidad de ciencia pues "mucho antes de que nadie soñase con la historia, el mito ya ofrecía su respuesta". (22) El mito había nacido para una función específica: hacer inteligible al pasado y dotarlo de sentido. Los hombres comenzaron a tejer la trama de su pasado --sin preocuparse si era o no verídica, o si era o no creíble-- a fin de justificar su situación presente. Por cierto, el mito llegó para quedarse y ya veremos más adelante cómo en múltiples ocasiones se da preferencia a una versión idílica del pasado que a los intentos serios por explicarlo.

El mito comenzó a ceder su lugar a la historia escrita: aquella que --apoyada, hasta donde fuera posible, en la realidad-- le interesaba detallar paso a paso cuanto sucedía y dejar así un testimonio para las generaciones venideras. Los más antiguos textos históricos de que se tiene noticia son las listas de reyes, como las que los sacerdotes sumerios guardaban en sus templos. Según

---

22 M.I. Finley, op. cit., p. 14.

Josep Fontana estas primeras manifestaciones de historia escrita respondían a la necesidad de justificar el estado monárquico y operaban mediante un doble proceso: señalar el origen sagrado de los reyes, e identificar al pueblo con este tipo de organización social. (23) Otro autor, que se refiere también a la aparición de esta clase de historia escrita, la denomina como genealogías, que "narraban la vida de las diferentes generaciones que formaban el árbol genealógico de alguna familia aristocrática". (24) Aunque ha pasado ya mucho tiempo desde que la escritura de genealogías estaba en boga, aún no ha caído en desuso, como bien pueden afirmar los fanáticos de revistas como Hola.

El mito y la historia narrativa se enfrentaron con el primer intento serio de explicar el pasado. Es entonces cuando aparece en escena Herodoto (25), quien acometió la labor de convertir a la historia en ciencia, y de paso se vio obligado a reconocer la ingrata tarea del historiador: "Véome aquí obligado a decir lo que siento, pues aunque bien veo que en ello he de ofender o disgustar a muchísima gente, con todo, el amor a la verdad no me da lugar a que la calle y disimule". (26)

Nacido más de cuatro siglos antes de nuestra época, Herodoto sería conocido como el "padre de la historia", aunque no todos están convencidos de que se le adjudique tan honroso sobrenombre,

23 cfr., Josep Fontana, Historia. Análisis del pasado y proyecto social, Barcelona, Ed. Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1982, p. 16.

24 Enrique Gonzalez Rojo, op. cit., p. 24.

25 ¿O Heródoto? Viene aquí a colación la historia de una pequeña polémica no resuelta: la opinión de diversos especialistas y de no pocos diccionarios biográficos no pudo aclarar a quien esto escribe la correcta ortografía del nombre.

26 Herodoto, en Fritz Wagner, La ciencia de la historia, México, UNAM, 2ª ed., m 1980, p. 20.

pues les parece una paternidad muy "relativa y discutible". (27) En gran medida estos argumentos se apoyan en que desde que el hombre "hacía historia" desde que comenzó a dejar constancia de su paso por este mundo --si bien lo hacía de manera inconsciente--. Y volvemos aquí a la ambivalencia del término que conduce casi irremediabilmente a confusiones.

En fin, padre o no --pues el árbol genealógico es lo de menos y en realidad lo importante serán los futuros hijos, sobrinos, nietos, etcétera, de la historia-- la labor de este filósofo griego fue fundamental. A él se debe, por ejemplo, haber ampliado la concepción de la historia para que diese cabida a la totalidad de la actividad humana; también fue fundamental la curiosidad y el interés que mostró por los aspectos económicos y sociales. Sin embargo, tal vez una de sus contribuciones principales fue, según Fontana, "el hecho de que relacionara todos estos datos con el fin de buscar una explicación para determinados acontecimientos". (28)

Otra de las aportaciones de Herodoto a la historia fue haber acometido la empresa de elaborar una cronología histórica --si bien algunos le acusan de haber incurrido en inexactitudes--. Por último, como el primer historiador científico, se negó "a viciarse con la incorporación de acontecimientos míticos". (29)

La humanidad había iniciado su lento progreso a través de los sinuosos caminos de la historia, tarea que por razones obvias es inacabable. Ya no se podría vivir más sin buscar explicaciones al pasado --ya fuesen míticas o científicas--. Y así, comenzaron a

27 Cfr., Juan Brom, *op. cit.*, p. 21.

28 Josep Fontana, *op. cit.*, p. 22.

29 M.I. Finley, *op. cit.*, p. 22.

aparecer diversas teorías que proporcionaron tal explicación. Entre los griegos, se esbozaron las siguientes (30):

- 1) La teoría del gran dios: intentos más primitivos, que consisten en creaciones míticas de los pueblos preliterarios.
  
- 2) La teoría del gran hombre: los poderes inmensos atribuidos a los dioses se concentraron en alguna figura situada en la cabeza del Estado, la Iglesia o alguna otra institución.
  
- 3) La teoría de la gran mente: variante de la teoría del gran dios-hombre; supone que la historia es dirigida por una "fuerza ideal" a fin de lograr sus propósitos preconcebidos.
  
- 4) La teoría de los mejores: ciertas élites, razas superiores, naciones favorecidas o dominantes son las únicas que hacen historia.
  
- 5) La teoría de la naturaleza humana: la historia ha sido determinada por las cualidades de la naturaleza humana, buenas o malas.

Por cierto, algunas de las teorías anteriores, si no es que todas, aún se mantienen vigentes; recordemos el contenido de muchos discursos políticos, por ejemplo, donde los grandes hombres y las grandes mentes son motivo de monumentales elogios.

---

30 cfr., Georges Novack, op. cit., p. 20-23.



Si bien Herodoto y sus contemporáneos tuvieron algún éxito, también es cierto que nadie es profeta en su tierra: apenas había pasado más de un siglo, cuando personas de la talla de Aristoteles ya sentían un "evidente desprecio por la historia, a la cual situaban por debajo de la poesía". (31) Vale la pena aclarar que por poesía se entendía a la poesía épica, lírica y trágica, creaciones que retrataban las grandes figuras y acontecimientos del pasado. Este desprecio, según M.I. Finley, era generalizado:

Es evidente que todos los filósofos helenos, hasta el último de los neoplatónicos, concordaban en su indiferencia hacia la historia (como disciplina), al menos esto es lo que sugiere su silencio, un silencio que sólo rompe el más efímero de los susurros. (32)

Se daba así el primer retroceso en la historia como ciencia. El pasado no debía ser analizado, sólo era válido para ser narrado. Los "efímeros susurros" se extinguieron. "La corriente de pensar historicista que manejaba tan libremente Herodoto empieza a congelarse. A medida que avanza el tiempo ese proceso de congelación continúa y en tiempos de Tito Livio la historia alcanza el punto de solidificación." (33) La historia ya no era vista como un proceso que admitiera explicación; su alcance quedó limitado a la simple descripción de lo que hacían las gentes y las cosas. Más de un lector compartirá la idea de que esta forma de concebir la historia tuvo tal éxito que aún ahora se practica.

Sigamos a la humanidad en su marcha inexorable (aunque en términos de la historia como ciencia, esta marcha fue en reversa).

31 cf., M.I. Finley, op. cit., pp. 12-12.

32 Ibidem, p. 12.

33 R. G. Collingwood, op. cit., p. 50.

Así, en la Edad Media, nos encontramos con los cronistas medievales que "no tuvieron el cuidado de confrontar y criticar los testimonios y representan un retroceso en relación con los fundadores de la historia". (34) En esta época no se buscaban explicaciones, pues no eran necesarias. La influencia del cristianismo fue contundente; se suponía que ya todo estaba dictado de antemano. ¿Podrían acaso los insignificantes seres humanos contravenir los designios divinos? (Muy pocos se asombrarían de esta forma de pensar, pues aún hoy está a la vuelta de la esquina).

Al transcurrir el tiempo, el Renacimiento, la Ilustración y el liberalismo devolvieron al individuo su importancia; ya no sería más un juguete de los designios divinos, sino un individuo capaz de trazar su propio destino y, lógicamente, de explicarse su mundo. Sin embargo, los logros en las ciencias sociales se vieron opacados por los espectaculares avances en las ciencias naturales, cuyos efectos prácticos eran más inmediatos.

El camino parecía libre. Grandes pensadores, algunos más que otros, cimbraron el terreno de las ciencias sociales. Herder, Kant, Schiller, Fichte, Schelling, Hegel, Marx (35) (y muchos otros) contribuyeron a la reflexión del hombre sobre su paso por este mundo.

Pero la historia tiene sus paradojas o, como diría el refrán popular, "en la casa del herrero el azadón de madera". En lugar de seguir adelante con una concepción que permitiera no sólo conocer hechos, sino explicarlos, en la segunda mitad del siglo XIX hizo su

34 Philippe Joutard, Esas voces que nos llegan del pasado, México, FCE, 1986, p. 17.

35 cfr., R. G. Collingwood, "El umbral de la historia científica", en op. cit., p. 92-135.

arriba la corriente positivista, que Collingwood describe como sigue:

Arrojándose con entusiasmo en la primera parte del programa positivista, los historiadores se pusieron a comprobar todos los hechos que pudieron. El resultado fue un enorme aumento de conocimientos históricos detallados, basados hasta un grado sin precedentes en el examen exacto y crítico de las pruebas históricas [...] La conciencia histórica se identificó con una escrupulosidad infinita a propósito de cualquiera y de cada cosa concreta aislada. (36)

Por desgracia para quienes gustan de los juegos mnemotécnicos, esta idea de la historia como mera acumulación de datos pasó a la historia (aunque algunos parecen no haberse dado cuenta).

Se retomaron las propuestas de quienes pugnaban por la historia como una ciencia capaz de ofrecer explicaciones o se esbozaron algunas nuevas. Por supuesto, esto no surgió de la noche a la mañana, ni fue obra de mentes sobrehumanas. Los candentes acontecimientos que marcaron este siglo (guerras mundiales, entre otras cosas) hicieron que los hombres volvieran la vista al pasado en busca de una explicación al cada vez más caótico presente. También en este nuevo despegue de la historia ejerció influencia la revolución que se dio en las ciencias sociales. La historia no podía permanecer cómodamente arrellanada en su lecho del pasado. La sociología, la antropología y la lingüística, entre otras ciencias, sufrieron transformaciones radicales, de las cuales se contagió la concepción de la historia:

La historia, vieja compañera de la humanidad, se dejó seducir por los modos de interpretación que le sugerían ciencias vecinas como la etnología, la sociología, la lingüística, la crítica de las ideologías [...] comenzó a descubrir al hombre

detrás de las estructuras, empezó a unir lo que antes permaneciera disociado. (37)

Después de tantos tropiezos, finalmente la historia incursionó con paso firme en el terreno de las ciencias. En el presente siglo múltiples escuelas han hecho su aparición y, aunque con algunos desacuerdos entre sus propuestas, todas coinciden en que la historia no puede ser reducida a una mera narración, y que indagar en el pasado supone una labor de interpretación mediante la cual pueda darse el "diálogo de los hombres en el tiempo".

### 1.3. Sobre los usos y los abusos de la historia

Después de abordar algunos aspectos relacionados con la definición y el desarrollo de la historia, tenemos ya una idea más aproximada de lo que se pretende comunicar. Es necesario ahora reflexionar sobre las funciones que puede desempeñar tal comunicación, es decir, sobre la utilidad de la misma. Esto resulta necesario en vista de que existen aún algunos escépticos para los cuales comunicar la historia consiste sólo en transmitir un cúmulo de datos sin sentido, lo cual equivale a un ocioso esfuerzo por revivir a un gigante dormido (el pasado, por supuesto), es, en suma, algo de lo que puede prescindirse sin pena alguna.

Para ser coherentes con las propuestas de la historia, indagaremos en el pasado para saber cuál es su verdadera utilidad y qué abusos se han cometido en su nombre. En primer lugar,

37 Arturo R. Firpo, "Presentación" a Tiempo de catedrales. El arte y la sociedad. 780-1420. Barcelona, Argot, 1983, p. 3.

encontramos que la evolución --o involución, en ciertos casos-- de la historia ha influido en la opinión que se tiene sobre su utilidad. Así, durante muchos siglos, desde el XVI hasta mediados del XIX, la historia "gozaba de general aceptación como parte esencial de la educación digna de un caballero" (38), principalmente porque se le consideraba:

- 1) Fuente de formación moral, que demostraba cómo la virtud triunfaba sobre el vicio;
- 2) Fuente de solaz, que proporcionaba relatos más cautivantes, intrigantes y significativos que las novelas de amor o de aventuras, e
- 3) Invaluable fuente de enseñanza para el poder político. (39)

De los tres usos anteriores, probablemente ninguno tuvo tanto consenso como el primero, que la consideraba "fuente de formación moral", maestra de la vida. Juan Bodino viaja a través del tiempo, para exclamar con entusiasmo:

Aunque la historia cuenta con muchos apologistas que la han adornado con elogios verdaderos y que le corresponden, no hay entre ellos ninguno más justo ni mejor que el que la ha llamado una maestra de la vida. Pero esta expresión incluye la utilidad de todas las virtudes y disciplinas; insinúa que toda la vida de los hombres debería ajustarse a las leyes sagradas de la historia. (40)

38 Lawrence Stone, El pasado y el presente, México FCE, 1984, p. 15.

39 cf., Ibidem, pp.15-16.

40 Juan Bodino, en Fritz Wagner, La ciencia de la historia, México, UNAM, 2ª ed., 1980, p. 96.

Desde esa época, existía cierta tendencia a juzgar que la historia era útil porque sí, porque era historia, por muy tautológica que sea esta aseveración. Se trataba nada menos que de la "maestra de la vida", así es que sus "enseñanzas" debían aceptarse sin discusión alguna. Esta forma de pensar aún persiste, algo que se puede comprobar fácilmente si nos detenemos a ver, por ejemplo, cómo se lleva a cabo la enseñanza tradicional de la historia: se vacían en el individuo una serie de datos, fechas, nombres, que supuestamente tienen valor por sí mismos. Para algunos, además de su valor intrínseco, el conocimiento de los datos pasados sirve para "satisfacer nuestra curiosidad":

A él [al historiador] le interesa la supervivencia en el mundo de la contingencia humana; los sucesos pasados, que de otro modo se hundirían en la corriente del tiempo, reviven gracias a él y fluyen y se relacionan con nuestra vida actual al satisfacer nuestra curiosidad o enriquecer nuestros conocimientos desinteresadamente. (41)

Sin embargo, más allá de estos usos "desinteresados" (sin duda muy valiosos para los aficionados al juego de Maratón), existen otras aplicaciones de mayor relevancia. Salta a la vista, en primera instancia, que para la mayoría de los autores la historia es útil para comprender el presente; es más, la consideran no sólo útil, sino indispensable: "la ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción". (42)

41 Hans Kohn, Consideraciones sobre historia moderna. México, Libreros Mexicanos Unidos, 1965, pp. 21-22.

42 Marc Bloch, Introducción a la historia. México, FCE, 12ª ed., 1984, p. 35.

Esta idea de la historia como elemento imprescindible para comprender el presente no es nueva. Desde tiempo atrás se admite su utilidad, por ejemplo, para ejercer adecuadamente el poder, a partir de una comprensión cabal de lo sucedido en otras épocas; por ejemplo, Maquiavelo recomendaba comprenderla y no sólo conocerla:

Mas para ordenar las repúblicas mantener los estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, administrar la guerra, practicar la justicia, engrandecer el imperio, no se encuentran soberanos, ni repúblicas, ni capitanes, ni ciudadanos que acudan a ejemplos de la antigüedad; lo que en mi opinión procede no tanto de la debilidad producida por los vicios de nuestra actual educación... como de no tener perfecto conocimiento de la historia o de no comprender, al leerlas, su verdadero sentimiento ni el espíritu de sus enseñanzas. (43)

Aunque las reflexiones sobre la utilidad de la historia tienen muchos puntos en común, para algunos autores el pasado es importante porque por sí solo ofrece enseñanzas, porque "nunca ha pasado totalmente"; tal es el caso de Von Ranke, quien dijera: "En la historia se contiene una enseñanza inagotable: todo momento importante tiene, infaliblemente, relación con nosotros; se podría decir que nunca ha pasado totalmente, que repercute permanentemente." (44) Para otros autores, en cambio, no es el pasado lo que importa, sino el conocimiento de ese pasado. Al respecto, Marc Bloch sostiene: "El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento de ese pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar". (45)

43 Maquiavelo, en Fritz Wagner, op. cit., p. 79.

44 Leopold von Ranke, en ibidem, p. 239.

45 Marc Bloch, op. cit., p. 49.

Mientras los datos se recopilen unos tras otros, sin ser analizados, disminuirá su importancia. La historia, dice un autor, no debe importarnos desde una perspectiva cronológica de los acontecimientos, sino desde el punto de vista de una situación que el ser humano moldea y adapta de acuerdo con su evolución social, intelectual y espiritual. (46) Sólo si se ha dado este paso, la historia será verdaderamente útil.

Cabe insistir en que si bien el pasado como "simple dato" no modifica el presente, toda la enorme masa de "datos" que conforman la historia --los conozcamos o no-- influyen sobre el presente (de la misma forma en que lo que ahora vivimos influirá en el futuro). Pero el hombre no puede considerarse un juguete del destino que se limita a ver pasivamente cómo el pasado influye sobre el presente; al analizar ese pasado, al conocerlo y comprenderlo, puede utilizarlo como fuente de enseñanza. Pierre Bertrand expone con claridad este asunto:

Para justificar la historia [...] se esgrime la ley de la relación inversa entre repetición y recuerdo. Tanto en el nivel de la sociedad como en el de la persona, ¿no sería mejor recordar que ser juguetes del pasado? Para no cometer los mismos errores [...] ¿no sería mejor mirarlos bien de frente? ¿No se corre el riesgo, si no, de que se reproduzcan traicioneramente? La historia y la memoria se preocupan precisamente por reconocer el pasado a fin de poder "aceptarlo o rechazarlo" con todo conocimiento de causa, impidiendo así que se repita sin que lo sepamos. (47)

La historia será útil en la medida en que permita analizar una y otra vez el estudio del pasado: según Josep Fontana para

46 Juan G. Atienza, La mística de los templarios, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1983, p. 13.

47 Pierre Bertrand, El olvido, revolución o muerte de la historia, México, Siglo XXI, 1977, p. 178.



"producir conocimientos que pongan en crisis las versiones ritualizadas del pasado" (48). Mucho se ha hablado de la historia como un arma revolucionaria; si reflexionamos un poco en las palabras anteriores, fácilmente se comprende dónde radica su potencial transformador.

Otro de los usos de la historia --que para algunos parecerá tal vez un poco romántico-- es conceder al hombre el don de la inmortalidad, pues: "El hombre se transforma y huye de la escena; sus opiniones huyen y se transforman con él: solamente la Historia permanece sin cesar sobre el escenario, ciudadana inmortal de todas las naciones y de todos los tiempos..." (49) La historia es inmortal, luego entonces el hombre puede ser inmortal.

En el marco de la comunicación, la historia reviste una particular importancia, pues facilita que los hombres de otras épocas se conozcan entre sí y, de paso, contribuir al autoconocimiento humano. Collingwood explica esta situación: "Conocerse a sí mismo significa conocer lo que se puede hacer [...] la única pista para saber lo que puede hacer el hombre es averiguar lo que ha hecho". (50) La historia, pues, no sirve sólo para enseñar lo que el hombre ha hecho, sino para saber qué es lo que puede hacer.

Demos nuevamente la voz a la disidencia. No todos están convencidos de que sirva de algo "desenterrar" el pasado; hay quienes, como Goethe, piensan que "escribir historia es una forma

48 Carlos Pereyra, "Historia, ¿para qué?", en Historia, ¿para qué?, México, Siglo XXI, 1980.

49 Friedrich Schiller, en Fritz Wagner, op. cit., p. 123.

50 R. G. Collingwood, op. cit., p. 319.

de deshacerse del pasado". (51) Algunos otros, como Cioran, opinan que "nuestro pasado deja de pertenecernos tan pronto se convierte en historia, en algo que no interesa ya a nadie". (52)

Según Josep Fontana, al menospreciar la importancia de la historia, no sólo el presente resulta afectado: también el futuro se encuentra involucrado:

Hoy está claro que las proyecciones equivocadas del futuro se basaban en una mala comprensión de la realidad presente [...]. De esa verdad, amargamente aprendida, surge toda una literatura crítica --con frecuencia parcial y casi siempre sin soluciones de recambio adecuadas-- que nos está ayudando a abrir los ojos. Lo que esta literatura no suele advertir es que el error de las previsiones "optimistas" no sólo dependía de haber sobreestimado las posibilidades del presente, sino también --y yo diría sobre todo-- de una mala comprensión del pasado, que proyectamos erróneamente hacia el futuro. (53)

Progreso e historia tienen nexos indisolubles, pues "el progreso no es un mero hecho para que lo descubra el pensar histórico: es sólo a través del pensar histórico como se logra". (54) La historia adquiere mayores compromisos de los que generalmente se le adjudican: "Los problemas no se resuelven si se los soslaya, y en un mundo en crisis, no hay forma de no mancharse las manos [...] y el compromiso integral del historiador no puede sino enredarse en el progreso de la humanidad". (55)

Curiosamente, no siempre se reconoce este potencial revolucionario de la historia; es más, no falta quien la tache de reaccionaria, de estar siempre anclada en el pasado. Nada más

51 Goethe, en Fritz Wagner, op. cit., p. 173.

52 E. M. Cioran, Del inconveniente de haber nacido, Madrid, Taurus Ediciones, 1ª reimpr., 1982, pp. 12-13.

53 Josep Fontana, op. cit., p. 255-256.

54 R. G. Collingwood, op. cit., p. 319.

55 Alberto J. Pla, La historia y su método, Barcelona, Editorial Fontamara, 1980, p. 70.

rebatible: la historia, cuando es auténtica historia, puede convertirse en aquélla que Luis González llama "la historia crítica, la desenterradora de tumbas, maltratos, horrores, rudezas, barbaries, la que da a los caudillos revolucionarios argumentos para su acción transformadora". (56)

Es conveniente detenerse en algo ya implícito en las páginas anteriores: la historia no es una confrontación de datos, ni de conocimientos abstractos. Es, fundamentalmente, una ciencia de hombres, que confronta a los hombres que hemos sido con los que somos y los que deseamos ser. A este respecto, Marc Bloch dice:

El objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho, los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres. (57)

La relación entre hombres e historia es más estrecha de lo que en ocasiones queremos aceptar: "si bien es verdad que el hombre hace la historia, es ésta la que, a su vez, hace al hombre". (58) Fernando Braudel ofrece más pistas sobre este asunto:

Jamás se da en la realidad viva un individuo encerrado en sí mismo; todas las aventuras individuales se basan en una realidad más compleja: una realidad "entrecruzada", como dice la sociología. El problema no reside en negar lo individual bajo pretexto de que es objeto de contingencias, de sobrepasarlo, en distinguirlo de las fuerzas diferentes de él,

56 Luis González, "De la múltiple utilización de la historia", en Historia, ¿para qué?, op. cit., p. 72.

57 Marc Bloch, op. cit., p. 24-25.

58 T. H. Luckmann, "Personlich Identitat in der Modernen Gesellschaft", en Emilio Lledó, Lenguaje e historia, op. cit., 1978, p. 22.

en reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a la función de los héroes quintaesenciados: no creemos en el culto de todos estos semidioses, o, dicho con mayor sencillez, nos oponemos a la orgullosa frase unilateral de Treitschke: "los hombres hacen la historia". No, la historia también hace a los hombres y modela su destino: la historia anonima, profunda y con frecuencia silenciosa". (59)

No siempre se estudia el pasado con fines científicos, lo cual equivale a decir que no todo lo que se presenta como historia lo sea efectivamente. Ya hemos visto cómo se concebía a la historia como una "maestra de la vida", como una guía moral que mostraba a los hombres el buen camino. El pasado, dice M.I. Finley, "ha desarrollado la función socio-psicológica de dotar a la comunidad de cohesión y cometido, de fortificar su tono moral y de apuntalar el patriotismo, el pasado puede, y así ha sido, en efecto, ser manipulado para fines románticos". (60) Tal vez, más que románticos, los fines podrían ser calificados como ideológicos: con la historia se busca recrear un pasado embalsador que puede, si la gente sigue el camino correcto, repetirse en el presente.

Cuando en el segundo apartado de este capítulo se habló sobre la historia de la historia, ya se había abordado en parte este asunto: la historia, igual que el mito, buscaba explicar el presente. Muy pronto, se le añadió otra función: no sólo explicar el presente, sino justificarlo. Según Josep Fontana, este uso es ya antiguo:

Desde sus comienzos, en sus manifestaciones más primarias y elementales, la historia ha tenido siempre una función social --generalmente la de legitimar el orden establecido--, aunque

59 Fernand Braudel, op. cit., p. 26-27.  
60 M.I. Finley, op. cit., p. 20-29.

haya tendido a enmascararla, presentándose con la apariencia de una narración objetiva de acontecimientos concretos. (61)

En su calidad de heredera del mito, la historia asumió entre sus funciones la de concebir una representación del mundo, de acuerdo con las instituciones, imperios, grupos o creencias dominantes. La identidad histórica se convierte así en un "elemento determinante en la construcción de ideologías". (62) Y, por cierto, es un elemento altamente eficaz, pues "pocas modalidades del saber desempeñan un papel tan definitivo en la reproducción o transformación del sistema establecido de relaciones sociales". (63)

El uso ideológico de la historia ha dado lugar en ocasiones a que ésta reciba críticas furibundas; por ejemplo, la que con estas palabras le lanza Elías Canetti:

La historia vela por la eternización de todas las religiones, las naciones y las clases. Pues, de entre ellas, incluso las más pacíficas le han extraído alguna vez la sangre a alguien y la historia lo vocea con lealtad al cielo. Mucho se ha intentado hacer contra ella, pero no hay quien escape. Es la serpiente gigante que tiene atenazado al mundo. Como una especie de antiquísimo vampiro, le chupa la sangre al cerebro de cada nuevo ser [...] Tengo la impresión de que antes la historia era mejor, o por lo menos más inofensiva: antes, cuando en ocasiones aún se perdía. (64)

Por último, quedan por mencionar algunos usos más específicos de la historia. Por ejemplo, para un autor estadounidense la

61 Joseph Fontana, op. cit., p. 15.

62 Eugenia Meyer, "Pertenencia e identidad. La enseñanza extraescolar. Un desafío para el historiador", en Santiago. Revista de la Universidad de Oriente, diciembre de 1983, Nº 52, Santiago de Cuba, p. 197.

63 Carlos Pereyra, op. cit., p. 22.

64 Elías Canetti, La provincia del hombre. Carnet de notas, 1942-1972, Madrid, Taurus Ediciones, 1982, p. 16.

historia puede ofrecer consuelo a los pesimistas y moderar a los optimistas, recurso que podría resultar muy útil para los tiempos de crisis que se viven actualmente; véanse, si no, sus optimistas palabras: "la perspectiva histórica es útil para rechazar a un tiempo la utopía del entusiasmo y la de la desesperación; nos ayudará a considerar que el presente no es exageradamente malo y a no esperar demasiado del futuro". (65)

La sugerencia de M. I. Finley puede resultar muy valiosa para quienes deseen incursionar en el camino de la política: "La historia es una disciplina que siempre ha constituido un gran filón para los acuñadores de frases". (66)

Dar salida a la vanidad colectiva es otro uso que propone Ernesto Sábato:

Si un señor escribe de sí mismo: "He aquí un hombre cuyo nacimiento ha sido saludado con admiración por todos los habitantes del planeta, que jamás ha sido vencido, que ha luchado siempre con legendaria valentía y que ha demostrado para la eternidad el inigualable poder de su brazo y la firmeza de su alma" es claro que sería tomado por un enloquecido vanidoso a quien debe volverse la espalda con desprecio. Pero si esas palabras componen el himno de una nación, no sólo no son despreciados sino que deben ser escuchadas con el sombrero en la mano por los propios beneficiados. (67)

Ya hemos visto algo de lo que podemos hacer con la historia; ¿qué nos sucedería sin ella? En lugar de exponer el asunto desde un aspecto teórico, optamos por transcribir algunas líneas de El oficio de vivir, de Cesare Pavese:

65 Hans Kohn, op. cit., p. 29.

66 M.I. Finley, op. cit., p. 11.

67 Ernesto Sábato, Hombres y engranajes. Heterodoxia, Madrid, Emecé Editores/Alianza Editorial, 1973, p. 186.

¿Qué ve en la vida la vieja Mentina en Cabianga? ¿Qué sabe de la masa enorme de pensamientos, de hechos del mundo? Jamás ha cambiado para ella el sentido, el ritmo que tenían para ti los días remotos de tu infancia. Y ahora que vuelves a verla, a los setenta años, dispuesta a morir y que ni siquiera piensa que pueda cambiar su vida estática, inmóvil, ¿qué tiene menos que tú? ¿Qué significa, frente a esto, toda la múltiple experiencia? Por 70 años vivió como tú viviste en tu infancia. Hay aquí algo que estremece. Esto quiere decir ignorar la historia. (68)

Si hacemos un balance de todas las opiniones reunidas en las páginas anteriores, no resta más que aceptar que la historia es un elemento fundamental en la vida del ser humano. Los abusos que en su nombre se cometen no bastan para invalidar la importancia de sus usos. Para sacar un mejor provecho de estos últimos, será conveniente analizar la relación que guarda con el lenguaje que, como veremos en el próximo capítulo, es estrecha e indisoluble.

## 2. La historia y el lenguaje

Tras haber examinado algunos aspectos relacionados con el concepto, desarrollo y utilidad de la historia, haremos ahora algunas consideraciones respecto a los estrechos vínculos de aquélla con el lenguaje, para lo cual aislaremos los elementos que intervienen en el proceso de la historia como lenguaje. Al examinar la relación lenguaje-historia, abordaremos un aspecto muy importante en este trabajo: las aplicaciones de la historia que van más allá del campo científico; nos referimos concretamente a su uso ideológico.

Si retomamos la información contenida en las páginas anteriores, encontramos que las relaciones de la historia con el lenguaje son indisolubles y se presentan en más de un sentido. En efecto, desde que el hombre comenzó a hacer historia o inclusive desde que formuló los primeros mitos (la prehistoria de la historia), tuvo que recurrir inevitablemente al lenguaje. Ya fuese la mera narración de hechos o la interpretación de los mismos, siempre se trataba de representaciones colectivas que cobraban forma mediante el lenguaje. Este le sirvió al hombre para aprehender la realidad que le circundaba, así como para dar forma a su explicación acerca del pasado.

Otra de las razones por las cuales hablamos de una estrecha relación entre lenguaje e historia consiste en que las fuentes de las cuales se nutre el historiador son, en su inmensa mayoría, lingüísticas: documentos, actas notariales, genealogías, tradición oral, testimonios, crónicas de la época. todas tienen al lenguaje



como materia prima. Es más, en un sentido amplio, todas las demás fuentes de que dispone el historiador (mapas, construcciones, objetos, monumentos, iglesias, etcétera) están impregnadas de contenidos simbólicos que pueden ser traducidas a términos lingüísticos.

Una vez que el historiador ha recopilado y analizado las fuentes seleccionadas, debe difundir sus resultados mediante el lenguaje. Ya hemos visto cómo la historia es útil sólo en la medida en que, al ser comunicada, permite a otros conocer su realidad pasada a fin de comprender la presente. Así, sin ánimo de convertir a los historiadores en lingüistas, debemos reconocer que su labor está inevitablemente emparentada con el lenguaje, tal vez más de lo que muchos de ellos suponen.

La historia, como ciencia de los hombres en el tiempo, es pues un proceso de comunicación, aunque como veremos más adelante sus objetivos ideales no siempre llegan a buen término o se tergiversan en algún lugar del camino. De manera muy esquemática, mencionaremos como los elementos principales de un proceso de comunicación al emisor, el mensaje y el receptor, aunque en la vida real un proceso de comunicación está integrado por muchos más elementos. A este respecto, uno de los modelos más completos de comunicación abarca, además de los tres elementos antes mencionados, el código, el canal, los medios y recursos, el referente y el marco de referencia. (1) Por cierto, estos nombres pueden variar de un autor a otro, o de una corriente de estudio a otra, lo cual responde en ocasiones a las traducciones de libros sobre teoría de la comunica-

1 Cfr., Daniel Prieto, Discurso autoritario y comunicación alternativa, México, Edicol, 1980, pp. 19-23.

ción. Sin embargo, para los fines del análisis que nos proponemos hacer ahora, bastará con concentrarse en los tres elementos básicos antes mencionados: emisor, mensaje y receptor, si bien los demás surgieran en el transcurso del análisis.

Por lo tanto, dividiremos a la historia como proceso de comunicación en los siguientes elementos: emisores (historiadores, aunque como tal concebimos a cualquier científico social que emprenda el estudio del pasado); mensaje (la historia, ya sea escrita o hablada), y receptores o consumidores (público que recibe esa historia). Trataremos de ver cómo opera cada uno de ellos y qué desviaciones se presentan en algunas situaciones específicas que impiden que la comunicación cumpla con sus metas ideales.

### 2.1. Los historiadores ¿huérfanos apátridas o seres comunes y corrientes?

Comenzaremos por las condiciones que debe reunir una persona para ser considerada como historiador. En Idea de la historia, Collingwood apunta que, en cierta forma, "todos somos historiadores", pues todos hemos recibido alguna vez clases de historia; pero añade que esta condición no basta, ya que el conocimiento recibido es, primero, superficial y, segundo, atrasado, pues se basa en lo que señalan los libros de texto elaborados con material atrasado. (2) Ya veremos más adelante como este canal de información --los libros de texto-- no es el único de que dispone

2 Cfr., R. G. Collingwood, Idea de la historia, México, FCE, 113 reimpr., 1984, pp. 17-18.

la historia; pero por ahora proseguimos con la idea original, a saber: los requisitos que debe reunir un emisor de la historia.

Tenemos, pues, una pista inicial: ser historiador no consiste solamente en recopilar y memorizar "datos" del pasado. Quien aspira a ser considerado historiador no puede conformarse con transformarse en un banco de datos provenientes del pasado, sin que se lleve a cabo un ulterior trabajo de interpretación.

La responsabilidad que asumen quienes ejercen esta profesión es grande, pues deben interpretar el pasado para luego comunicar a otros sus aportes. Sin embargo, si bien es loable este compromiso, no creemos que llegue a los extremos de algunos autores que colocan a los historiadores en la cima de humanidad; van como ejemplo las vehementes palabras de Hans Kohn:

El historiador no es solamente un erudito y hasta cierto punto un artista; debe ser un maestro también. En nuestra época democrática, la historia es materia que interesa a todo el mundo y la enseñanza correcta de esta disciplina es fundamental para la moral y el discernimiento político de los pueblos [...] Nadie puede influir tanto en el estudiante, futuro miembro de la sociedad, como el maestro de historia y ciencias políticas. (3)

A nuestro entusiasta autor, podríamos rebatirle que no pocos alumnos coinciden en que nadie les inspira tanto aburrimiento e indiferencia como el maestro de historia. En fin, por el momento no es la pedagogía nuestro punto central, aunque sí debemos asentar que la idea de la historia como maestra de la vida no debiera ser tomada tan al pie de la letra, al grado de pensar que los

3 Hans Kohn, Consideraciones sobre historia moderna, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1965, p. 29.

profesores de tal disciplina puedan por sí solos transformar al mundo.

Ahora bien, así como los historiadores han despertado arrebatados elogios, también nos encontramos con que inspiran críticas furibundas; véanse, si no, las incisivas palabras de Elías Canetti:

Desde hace tiempo, no mucho, los historiadores tienen puestas sus miras sobre todo en el papel. De abejas que eran se han convertido en termitas y sólo digieren celulosa. Prescinden de todos los colores de su época de abejas: ciegos, en ocultos canales, pues odian la luz, la emprenden con su viejo papel. No leen, se lo comen, y lo que luego sacan se lo comen otras termitas. En su ceguera, los historiadores se han convertido, naturalmente, en videntes. No hay pasado, por repulsivo y odioso que haya sido, que no tenga algún historiador que imagine algún futuro que venga después de este pasado. Sus sermones, creen ellos, están hechos de viejas realidades: sus profecías, mucho antes de que se cumplan, están ya probadas. (4)

No podemos negar que muchos comparten la idea anterior: los historiadores son los eternos ratones de biblioteca, amantes fanáticos de las citas eruditas y los apuntes minuciosos, seres de prodigiosa memoria y concededores de infinidad de sorprendentes detalles inútiles, anquilosados siempre en un pasado que nunca habrá de volver. Su mirada está siempre vuelta hacia atrás e ignoran hasta el suelo que pisan. Por último, estos seres tan inasibles ofrecen al mundo escritos crípticos que solo sirven para complacer a otras "termitas" como ellos.

Tenemos pues dos perfiles de los historiadores: faros benévolos de la humanidad u ociosas termitas del papel. Pero dejemos de lado estas caracterizaciones, debidas más a la pasión que a la

4 Elías Canetti, La provincia del hombre, Carnet de notas, 1942-1972, Madrid, Taurus Ediciones, 1982, p. 38.

razón, y veamos algunos aspectos menos polémicos de las cualidades y funciones de un historiador.

Durante mucho tiempo, la historia fue vista como una narración objetiva, completamente imparcial, del pasado. Un historiador, decía en el siglo XVII Pierre Bayle, debía ser "imposible", atender sólo "a los intereses de la verdad", por ella debía sacrificar resentimientos, bellos recuerdos y hasta "el amor a la patria". Debía olvidarse de su pertenencia a un país determinado, de su adoctrinamiento en determinada fe, de aquéllos a quienes debía agradecimiento. "Un historiador --continuaba Bayle--, en cuanto tal, carece [...] de padre, de madre y de ascendientes. Si se le pregunta de dónde viene, debe contestar: no soy francés ni alemán, inglés ni español; soy ciudadano del mundo". Para estos hombres no había más fidelidades que "el servicio de la verdad", su "única reina" a la que han hecho juramento de obediencia. (5)

Según los pinta la anterior descripción, los historiadores eran concebidos como seres huérfanos y apátridas, capaces de cubrir con un velo todo su pasado, olvidarse de las cargas sociales e ideológicas que los habían alimentado desde su nacimiento, y ejercer su labor instalados en los terrenos más neutrales.

Esta exigencia por la objetividad parece haber perdido fuerza. Al respecto, E. H. Carr apunta que el historiador es un ser humano individual y que, lo mismo que los demás, es un fenómeno social. Por lo tanto, es producto, a la vez que portavoz "consciente o inconsciente", de la sociedad de la cual emerge; (6) siempre se

5 Cfr. Pierre Bayle, en Fritz Wagner, La ciencia de la historia, México, UNAM, 2ª ed., 1980, p. 111.  
6 E. H. Carr, ¿Qué es la historia?, Barcelona, Seix-Barral, 5ª ed., 1973, p. 47.

enfrentará al hecho histórico bajo estas condiciones. En la medida en que los historiadores no se olviden de esta situación, podrán realizar mejor su labor y evitar innecesarios complejos de culpa al percatarse de que no pueden ser tan objetivos como tal vez pretendieran serlo. Si bien son ellos quienes deciden la importancia que se debe atribuir a los hechos históricos, esto no depende de forma exclusiva de su buena voluntad:

puesto que nuestro historiador es un producto social que ha sido formado en el espíritu de una teoría de la que es a la vez su exponente. La selección de los hechos está en función del contexto histórico del historiador, de la teoría que él aplica que, al mismo tiempo, es un hecho social. (7)

Por otra parte, el requisito de la objetividad se vuelve aún más difícil de aceptar si consideramos que cuando el historiador comienza a ejercer su labor, la selección de temas y de hechos está también ya condicionada. Lo que se conserva y lo que se elimina de las fuentes es un proceso que le antecede y sobre el cual no siempre tiene injerencia (aunque, como veremos en el capítulo 5, el rescate de nuevas fuentes se convierte en una obligación cada vez más urgente para el historiador). A su vez quienes influyeron en tal selección de fuentes se encontraban también determinados por un contexto social. No hay fuentes que escapen a este condicionamiento social.

Todo documento, testimonio o vestigio del pasado tiene detrás de sí la carga de quien lo elaboró, lo rescató o lo conservó; por lo tanto no puede ser visto como imparcial y objetivo:

---

7 Adam Schaff, Historia y verdad, México, Ed. Grijalbo, 1974.

Porque todo material, cualquiera que sea su carácter y su fecha, ya sea contemporánea de los hechos o posterior, no refleja sino incompletamente la realidad histórica, los refracta más bien a través de las preocupaciones y los intereses colectivos de quien lo estableció. (8)

Nadie puede escapar a esta situación; ni siquiera los escritos provenientes de antiguos colegas --por muy historiadores fieles a la verdad que hayan querido ser-- pueden concebirse como neutrales. "El historiador --dice Chesneau-- no es más neutral que el legislador, el escriba, el archivero, el memorialista, el orador, el epistológrafo". (9)

Aunque es evidente, vale la pena resaltar que todo el peso que el contexto social tiene sobre la historia --desde la recopilación de fuentes hasta la labor de interpretación por parte de los historiadores-- no podría darse sin la presencia del lenguaje.

Pero volvamos con los historiadores. El panorama descrito líneas arriba no significa que quien se dedique a la interpretación del pasado se limite a dejarse llevar por los condicionamientos y exigencias sociales. Sin embargo, en la medida en que se percate de que su labor no depende exclusivamente de su propia honestidad, inventiva y buen juicio, será capaz de realizar mejor su tarea, de conocer e interpretar mejor su pasado, consciente de que hay un presente del que no puede sustraerse.

Otro aspecto esencial en su labor como historiador debe ser un interés constante por analizar más a fondo las fuentes en cuanto concierne a sus contenidos manifiesto y latente, que no vea sólo lo

8 Jean Chesneau, ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores, México, Siglo XXI, 5ª ed., 1983, p. 74.

9 Ibidem.

que está, sino qué hay detrás de los documentos y otras fuentes. Su labor científica no puede limitarse a recopilar con honestidad las fuentes y seleccionar hechos para luego darlos a conocer.

Ahora bien, ¿cómo interpreta el historiador los hechos seleccionados?, ¿qué preparación debe reunir a fin de comprenderlos con profundidad? Desde la antigua Roma, Luciano solicita un discípulo que reúna las siguientes características:

Pronto a entender y expresarse; agudo de vista y capaz de dirigir la administración pública; con inteligencia militar unida a la ciencia civil; perito por práctica en estrategia; un hombre, por vida mía, que haya estado alguna vez en los campamentos, que haya visto los ejercicios y la instrucción de las tropas, que conozca los armamentos y máquinas, que sepa lo que son flancos, frentes, batallones y escuadrones, maniobras y evoluciones; y, en una palabra, no queremos un discípulo que jamás haya salido de su casa, y que todo lo sepa por ajeno testimonio. (10)

En este perfil del historiador que ofrece Luciano se encuentra un valioso elemento que debe rescatarse: la necesidad de "salir de la casa", de involucrarse con el presente que ayudará a interpretar el pasado. Sin embargo, se solicita también una característica difícil --si no es que imposible--: los historiadores como seres omniscientes. Suponiendo que Luciano haya encontrado varios discípulos con dominio y experiencia en las lides del combate, ¿qué habría sucedido si, además de historiador militar, sus historiadores hubiesen tenido que dedicarse a otros tipos de historia? ¿Sería también indispensable que dominasen a la perfección los asuntos religiosos, económicos, del derecho, etcétera?

Así pues, teníamos a un hombre prodigioso que debía saberlo todo con detalle. En los historiadores actuales, por ejemplo,

10 Luciano, en Fritz Wagner, op. cit., p. 47.



alguien dedicado al movimiento obrero debería conocer hasta en el último detalle los componentes de las máquinas, los reglamentos laborales, los procesos de producción... Pero ¿qué pasaría entonces con alguien que se propusiera analizar no una rama de la historia, sino la historia de una región o de un país? Aprender el nombre y los detalles de todos los elementos que entrarían en juego le llevarían tal vez toda la vida y no podría cumplir nunca con la tarea propuesta. Actualmente, si bien se le pide al historiador que conozca lo mejor que pueda su objeto de estudio, no se debe caer en las exageraciones.

Esto trae a colación el aislamiento que durante muchos años ha tenido la historia: maestra de la vida, no necesitaba de otras ciencias para hacer su labor. Actualmente, en cambio, los historiadores recurren cada vez con mayor entusiasmo a los estudios interdisciplinarios. De esta forma, todos salen ganando.

Llegamos así a otro punto importante en nuestra caracterización de un historiador. Durante mucho tiempo la historia ha sido vista como "la maestra de la vida", cuyo lugar está --a decir de Bodino-- "por encima de las demás ciencias, en la más alta jerarquía. No necesita la ayuda de nadie". (11) Quienes se consagraban a una ciencia tan omnipotente eran una especie de sabios, superiores al común de los mortales. Sin embargo, hace mucho que abandonamos la era de los enciclopedistas. Por lo tanto, el historiador, al igual que los demás científicos sociales, debería optar siempre por realizar estudios interdisciplinarios. Quienes se beneficiarían con esto serían los consumidores de la historia.

---

11 Bodino, en ibidem, p. 96

Y a propósito de los consumidores, entramos al asunto de la presentación final de sus descubrimientos. De hecho, y como hemos repetido ya varias veces, si el historiador no comunica los resultados de sus investigaciones, su labor perdería parte de su sentido. Ya veremos más adelante las consecuencias de prestar poca importancia a esta fase, última y fundamental, en la tarea del historiador. Mientras tanto, Luciano viaja nuevamente a través de los siglos para recomendar a los historiadores:

Digo, pues, que el buen escritor de historia ha de tener dos condiciones esenciales, a saber: grande inteligencia política y vigorosa elocución. La primera no se aprende, es un don natural; la segunda puede adquirirse con mucho ejercicio, asiduo trabajo y gran deseo de imitar a los escritores de la antigüedad. (12)

El arte del historiador, señala Bodino, consiste en "disponer convenientemente la materia" (13), y su trabajo será "disponer los hechos bellamente, y en darlos a la luz con la mayor brillantez posible". (14) ¿Se han seguido estos consejos u otros similares? Al respecto, Chesneaux denuncia furibundo:

El lenguaje del historiador de oficio es un lenguaje cifrado. Aunque no llegue a las exageraciones oscuras del vocabulario de los semiologistas o de los psicólogos, es de hecho accesible únicamente a los historiadores. Está atiborrado de alusiones, de referencias implícitas, de citas camufladas, que sólo el experto detectará. (15)

Salvo honrosas excepciones, debemos admitir que para algunos historiadores es más importante ganar la admiración de sus colegas que ser entendidos por las mayorías. En "La operación histórica",

12 Luciano, en *ibidem*, p. 47

13 *Ibidem*, en p. 49

14 *Ibidem*.

15 Jean Chesneaux, *op. cit.*, p. 81.

Michel de Certeau analiza una de las razones de esta conducta. En muchos casos los verdaderos lectores del autor no son el público destinatario, "la cota de una obra la dan tanto sus compradores como sus iguales y sus colegas que la puntúan según criterios científicos". Estos resultan a veces más decisivos para el autor que pretende hacer obra historiográfico. Los historiadores forman un compacto grupo que juzgará la obra; si no la admiten, ésta caerá en el criterio de la vulgarización. (16)

En contra de estas condiciones, la investigación y la divulgación debieran ir juntas. "Lo investigado debe ser difundido. Renunciar totalmente a la comunicación de lo encontrado es condenar la investigación a la esterilidad". (17)

De alguna manera hemos abordado ya los otros dos elementos de la historia como lenguaje: el mensaje y los receptores. Pero esta intromisión es ineludible, puesto que --como se decía al principio de este capítulo-- todos los elementos están interrelacionados entre sí. Un historiador, al hacer historia, debe pensar también en las posibilidades de comunicarla. Sólo entonces cumpliría cabalmente con la parte que le corresponde en este proceso de la historia como lenguaje. Aislaremos ahora el segundo elemento de este análisis: la propia historia, el mensaje.

16 Michel De Certeau, "La operación histórica", en Le Goff y Nora, Hacer la historia. Nuevos problemas, Barcelona, Ed. Laia, 1980, p. 25.

17 Juan Brom, Para comprender la historia, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1984, p. 31.

## 2.2. ¿Cómo se escribe la historia?

¿Cuáles son los mecanismos que el historiador pone en práctica para llevar a cabo su tarea? ¿Qué tienen en común o qué separa a los múltiples discursos que, desde hace mucho tiempo, se han conformado para explicar el pasado del hombre y su relación con el presente? Veamos algunos aspectos relacionados con el discurso de la historia.

Como punto de partida, debemos aceptar que el lenguaje no puede excluirse del proceso de hacer la historia. De la misma forma en que el hombre aprehende su realidad presente por medio del lenguaje, el pasado debe también convertirse en significados. En Lenguaje e historia, Emilio Lledó señala:

La historia del hombre es la historia de sus realizaciones que, por cierto, no se miden en función de los hechos, sino en función de los sentidos de esos hechos. Por eso la historia auténtica es historia de sentidos, historia semántica, no historia de hechos. (18)

Al hacer historia debe examinarse una enorme sucesión de signos (llámense documentos, testimonios, vestigios, etcétera) que a su vez son reelaborados en otros signos. Michel de Certeaux hace ver la importancia de estos signos, cuando son conservados a través del lenguaje escrito:

En Occidente, desde hace cuatro siglos, "hacer historia" nos lleva siempre a la escritura. Poco a poco todos los mitos de antaño han sido reemplazados por una práctica significativa. En cuanto práctica (y no como discurso, que es su resultado)

18 Emilio Lledó, Lenguaje e historia, Barcelona, Ed. Ariel, 1978, p. 24-25.

es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado [...] de transformar la tradición recibida en un texto producido; en resumen, de convertirse en página en blanco, que ella misma pueda llenar. (19)

Ahora bien, el primer paso en la operación histórica consiste en identificar y en seleccionar los signos que han sido conservados, es decir, los hechos históricos. Surge aquí un problema: cada sociedad deja tras de sí los vestigios o evidencias de su pasado, y la cantidad de éstos puede variar desde sólo unos cuantos indicios hasta montañas de documentos y testimonios. ¿Cómo puede el historiador saber cuáles son pertinentes para su labor científica y cuáles habrá de descartar? Ernesto Sábato plantea la situación a la que se enfrentan los historiadores cuando suponen que su obligación es "atenerse humildemente a los hechos", sin capacidad para identificar y seleccionar cuáles reúnen la categoría de históricos:

Imagino que ninguno de estos historiadores va a pretender atenerse a todos, ya que en ese caso habría que anotar no sólo la cantidad exacta de ganado vacuno existente en Ninive en el momento de su destrucción, sino también, y con sumo cuidado, la posición de las patas y el estado de sus sistemas nerviosos. (20)

Por lo tanto, si los hechos históricos no abarcan toda la enorme masa de acontecimientos pasados, una de las primeras tareas de interpretación del historiador es detenerse a ver cuáles merecen la categoría de tales. En Historia y verdad, Adam Schaff explica que dos aspectos con base en los cuales se elige a un hecho como histórico consisten, básicamente, en sus nexos de causa y efecto y

19 Michel de Certeaux, La escritura de la historia, México, UIA, 1980, p. 20.

20 Ernesto Sábato, Hombres y engranajes. Heterodoxia, Madrid, Emecé Editores/Alianza Editorial, 1973, p. 108.

en su acción en el contexto de totalidades mayores. Los criterios de selección principales son la importancia, la significación del acontecimiento o de sus productos. El sujeto que se encarga de este proceso debe realizar dos operaciones esenciales: la valoración y la selección. (21)

Por valoración entendemos la diferente carga significativa que reviste un hecho para poder ser o no considerado histórico: ¿fue trascendental para un grupo de personas?, ¿tuvo alguna consecuencia posterior? Sin embargo, esta tarea de valoración está ya condicionada de antemano, puesto que el historiador es un individuo que --como hemos visto-- está inmerso en una determinada situación social, en función de la cual algunos hechos que se consideran importantes en una época, pueden no serlo en otra.

La selección de los hechos también atraviesa por un proceso previo. Lucien Febvre explica tres distintas fases del mismo. En primer lugar, "existe el azar que aquí destruyó o allá salvaguardó los vestigios del pasado". Después, porque existe el hombre que cuando los documentos abundan, "abrevia, simplifica, hace hincapié en esto, relega aquello a segundo término". Y, por último, porque:

el historiador crea sus materiales o los recrea, si se quiere; el historiador no va rondando al azar a través del pasado, como un trapero en busca de despojos, sino que parte con un proyecto preciso en la mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar. (22)

Por lo tanto, la subjetividad arranca desde las fuentes de las cuales se nutre el historiador, ya sean documentos, notas,

21 Cfr. Adam Schaff, op. cit., p. 252.

22 Lucien Febvre, Combates por la historia, Barcelona, Ed. Ariel, 1974, p. 22.

testimonios, etcétera. No obstante, algunos pensaban --y aún hoy hay quienes defienden la idea-- que los documentos y, en general, las fuentes eran sagradas y que ellos sólo se limitaban a contemplarlas instalados desde los terrenos de la imparcialidad científica. E. H. Carr describe esta situación:

El historiador devoto llegaba ante ellos [los documentos] con la frente humillada, y hablaba de ellos en tono reverente. Si los documentos lo dicen, será verdad. Mas, ¿qué nos dicen, a fin de cuentas, tales documentos: los decretos, los tratados, las cuentas de arriendos, los libros azules, la correspondencia oficial, las cartas y los diarios privados? No hay documento que pueda decirnos acerca de un particular más de lo que opinaba de él su autor, lo que opinaba que había acontecido, lo que en su opinión tenía que ocurrir u ocurriría, o acaso tan sólo lo que quería que los demás creyesen que él pensaba, incluso solamente lo que él mismo creyó pensar. (23)

Así visto, las fuentes de la historia no pueden concebirse como algo fidedigno o imparcial que hable por sí solo y que no requiera interpretación. En primer lugar, porque no se ha conservado todo lo que da cuenta del pasado; después, porque no todo lo conservado puede ser considerado como hecho histórico, y, por último, porque detrás de cada documento o testimonio, ya sea oral o escrito, existe el elemento subjetivo de quien lo elaboró o conservó. Por lo tanto, el investigador no podrá limitar su tarea a la recopilación de hechos históricos, sin que exista una labor de interpretación que, entre otras cosas, dé respuesta a estas interrogantes: ¿qué hay más allá del contenido explícito de cada fuente rescatada?, ¿qué falta y por qué?, ¿qué relación tiene el presente que está viviendo con el pasado que desea interpretar? Si bien la tarea se complicará en gran medida, vale la pena el esfuerzo. A la larga, el

historiador podrá contribuir a disminuir esa enorme carga ideológica que le antecede; no siempre deberá conformarse con el material que se le "ofrece" aun desde antes de que él naciera. En relación con esto, en Combates por la historia, Lucien Febvre señala: "La historia se edifica, sin exclusion, con todo lo que el genio de los hombres pueda inventar y combinar, para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido". (24)

¿Qué debe hacerse para "suplir el silencio de los textos y los estragos del olvido"? Ante todo, debemos considerar que los historiadores, en cuanto seres sociales, no pueden desvincularse de su presente, que funciona como una ventana a través de la cual perciben e interpretan el pasado. No hay manera de sustraerse a esta influencia. Lo mejor, a fin de cuentas, es sacarle partido: si la finalidad de la historia es comprender, lejos de parecer un obstáculo, esto puede funcionar a su favor.

De hecho, la necesidad de reescribir constantemente la historia obedece, en parte, a que el presente, siempre cambiante, modifica nuestra concepción del pasado. Este no es una masa estática o inmutable o, al menos, no lo es para la verdadera historia. "El hombre no conserva en su memoria el pasado de la misma forma en que los hielos del Norte conservan congelados los mamuts milenarios". (25)

Por otra parte, algunos historiadores nunca perderán de vista la influencia del presente en sus interpretaciones; es más, precisamente buscan justificarlo. Según Fontana, los hechos históricos del pasado son convertidos en una "sucesión ordenada de aconteci-

24 Lucien Febvre, op. cit., p. 21.

25 Ibidem, p. 32.



mientos" que se encadenan hasta dar como "resultado natural" la realidad presente. Los obstáculos que se hayan opuesto a tal sucesión ordenada son presentados como elementos regresivos, en tanto que sus alternativas son calificadas como utópicas. (26)

En los vaivenes del quehacer histórico, lo que antes fue alabado después será proscrito; lo que sucumbió en una época a la censura y al silencio después será inscrito con letras de oro en las páginas de la historia. "La humanidad cambia constantemente y, con ella, las creaciones del pasado y los personajes históricos: el presente engendra el pasado." (27)

Otro factor importante en la interpretación histórica consiste en la experiencia del historiador, en la visión que tenga de cuanto lo rodea. Esta visión, por cierto, difícilmente puede considerarse como exhaustiva, pues, como bien señala Marc Bloch: "en el inmenso tejido de los acontecimientos, de los gestos y de las palabras de que está compuesto el destino de un grupo humano, el individuo no percibe jamás sino un pequeño rincón, estrechamente limitado por sus sentidos y por su facultad de atención". (28) Los confines de este "pequeño rincón" pueden ampliarse, sobre todo si se abandona el argumento de que a un historiador sólo le importa el pasado y que por lo tanto no debe preocuparse por conocer su realidad actual.

Otro elemento importante para comprender cómo se estructura el mensaje de la historia consiste en reflexionar si es posible saber

26 Josep Fontana, Historia. Análisis del pasado y proyecto social, Barcelona, Ed. Crítica Grupo Grijalbo, 1982, p. 9.

27 Ernesto Sábato, Uno y el universo, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1969, p. 34.

28 Marc Bloch, Introducción a la historia, México. Fondo de Cultura Económica, 12ª ed., 1984, p. 43.

cómo ocurrieron realmente las cosas: ¿qué garantía existe de que la información que se ha acumulado durante generaciones sea absolutamente fidedigna? Ya hemos visto cómo esta postura puede resultar utópica; entonces, ¿la historia no puede construirse, pues carece de fundamentos reales? A este respecto, resulta muy ilustrativo el siguiente planteamiento de Sábato:

Apenas han transcurrido dos siglos y ya nos es imposible saber si la manzana realmente cayó sobre la cabeza de Newton. Pero ¿qué quiere decir la palabra realmente? Hay una cabeza física y una cabeza histórica de Newton. Ignoramos si sobre la cabeza física de este sabio cayó una manzana física; pero indudablemente sobre su cabeza histórica cayó una manzana histórica. (29)

¿Acaso la historia se apoya en cabezas históricas y se alimenta de manzanas históricas? ¿es objeto sólo de la invención y la reelaboración? Esto nos lleva al asunto inicial de este capítulo: la indiscluble relación de la historia con el lenguaje. El lenguaje permite captar la realidad, aprehenderla; pero desde el momento en que la realidad se convierte en lenguaje, sufre un cambio en su esencia. Nunca podremos conocer las cosas como realmente son, sino como las hemos aprehendido mediante el lenguaje. Otro tanto sucede con la historia que, finalmente, no es más que parte del conocimiento de nuestra realidad. El historiador no tiene opción: "el uso del lenguaje le veda la neutralidad" (30); y sin lenguaje, sencillamente, no hay historia.

29 Ernesto Sábato, op. cit., p. 99.

30 E. H. Carr, op. cit.

### 2.3. El dogma y sus perniciosos efectos

Antes de pasar a los consumidores --tercer elemento en esta revisión de la historia como proceso de comunicación--, es preciso detenerse aún más en el mensaje. Ya hemos hablado de algunos de los factores que intervienen en la elaboración del discurso histórico, cómo los historiadores se acercan a las fuentes de la historia --o, al menos, a las fuentes que han sido conservadas--, cómo con su ingenio deben suplir las que no fueron conservadas y, por último, los factores que intervienen en la fase de interpretación de la historia. Hasta aquí parece haber consenso, pues difícilmente se encuentra ahora un historiador que --por lo menos teóricamente-- suponga que su labor se reduzca a enumerar los hechos sin explicar las causas y las consecuencias de los mismos.

Esquemáticamente, la historia como ciencia operaría según resumido en el párrafo anterior. Sin embargo, debemos reconocer que, dada su naturaleza y alcances, el discurso de la historia es también un elemento ideal para otros usos que van más allá de la mera cuestión científica. En efecto, la historia sirve también como materia prima a través de la cual se refuerzan valores y conductas convenientes a un sistema social. El manejo que se hace del pasado reviste fuertes cargas ideológicas que determinan su control. Veremos algunos de los mecanismos que convierten a la historia en un discurso dogmático, donde no importa una comprensión cabal del presente, sino la justificación de éste.

En el discurso histórico que busca justificar el presente, y no explicarlo, opera de manera fundamental el momento en el que se emite. Son muchos los casos, en distintas culturas y países, donde de acuerdo con la moda oficial imperante un hecho histórico antes proscrito pasa a ser alabado, un personaje antes repudiado se convierte en héroe nacional. Esto obedece a que "todo discurso histórico interviene (se inscribe) en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna". (31)

Una vez que el discurso ha probado su "utilidad" permanecerá inamovible hasta que no cambien las situaciones que lo colocaron en ese pedestal sagrado. Venos así como muchas revoluciones, por ejemplo, han dado lugar a que se desentierren algunos episodios de la historia o, por el contrario, a que se les borre del mapa. Lo que se buscara con un discurso dogmático de la historia es lograr su concordancia --asi sea forzada-- con el momento actual; en una forma un tanto metafórica, esto podría describirse como:

Encontrar --o fabricar-- los hilos que mueven al ser humano como una marioneta. Y cuando todo está atado --y bien atado--, mover esos hilos haciendo que los muñecos sigan la senda estricta que se les ha marcado previamente. ¡Pobre del muñeco que se salga del camino previsto! Se le relegará al olvido o se fabricará para él una razón gratuita para justificar su rebeldía. (32)

La historia dogmática recibe varios nombres; Luis González la ha bautizado como "historia de bronce" y, según él, opera de esta forma:

31 Carlos Pereyra, "Historia, ¿para qué?", en Carlos Pereyra y otros, Historia, ¿para qué?, Mexico, Siglo XXI, 1980, p. 13.  
32 Juan G. Atienza, La mística secreta de los templarios, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1979, pp. 10-11.

Recoge los acontecimientos que suelen celebrarse en fiestas patrias, en el culto religioso y en el seno de instituciones; se ocupa de hombres de estatura extraordinaria (gobernantes, santos, sabios y caudillos); presenta los hechos desligados de causas, como simples monumentos dignos de imitación. (33)

La historia dogmática se encarga así de propagar y hacer respetar mitos, permanentes e incuestionables, que se convierten en dogmas. Una de las causas para que la historia asuma este carácter radica en el planteamiento de que enseñar a pensar históricamente es "algo peligroso para los que piensan que si las masas conocen su pasado, pueden algún día dominar el futuro". (34) Para evitar que la gente adquiriera esta temible fuerza:

Aquéllos que aspiran al liderazgo fabricarán en torno suyo una muralla de símbolos impenetrables y de signos milagrosos [...] y el pueblo, condicionado desde esa misma noche a reaccionar ante los signos, acata y obedece ciegamente. Y admira y hasta adora, sin llegar a darse cuenta de que el conocimiento es, en realidad, un hito al que el hombre puede aspirar en razón de su propia naturaleza. (35)

El uso dogmático que se puede dar a la historia muchas veces es el responsable de que se califique a ésta de ser únicamente una propagadora de mitos. Citemos como ejemplo de estas críticas las palabras de Cioran, para el cual en la historia:

todo gira alrededor de lo irreal y no comprobable que forman las bases de los dogmas tanto religiosos como políticos. La historia no sería tolerable más que escapando a unos y a otros. Es cierto que entonces cesaría, para mayor bien de

33 Luis González, "De la utilización de la historia", en Carlos Pereyra y otros, *op. cit.*, p. 64.

34 Alberto Prieto, *Historia de masas sin masas*, Madrid, Akal Bolsillo, 1981, p. 98.

35 Juan G. Atienza, *Claves ocultas de la historia*, Barcelona, Ediciones Obelisco, 2ª ed., 1987, p. 32.

todos, tanto de los que la padecen como de los que la hacen. (36)

La historia dogmática se propaga por numerosos conductos. Comienza a hacer presa de los individuos desde su más tierna infancia, a través de la escuela o de la educación extraescolar, y no les abandonará por el resto de sus vidas. Cada fecha célebre, los aniversarios del nacimiento o muerte de "personajes" famosos, las fechas de alguna batalla, la inauguración de nuevas calles, parques o glorietas, la toma o entrega de cargos públicos, la inflación o los aumentos de sueldo. Todo, prácticamente todo cuanto sucede en la vida pública de un país, es susceptible de encadenarse a un discurso histórico que, lamentablemente, en muchas ocasiones --si no es que en la mayoría-- es dogmático.

Esto es más o menos lo que conforma el discurso de la historia, un discurso que, en cuanto a cantidad, no puede externar queja alguna. ¿Pero qué sucede con la calidad? ¿Qué pasa con los planteamientos iniciales de la historia como ciencia de los hombres, que les permite conocerse y reconocerse unos a otros? Veamos ahora algunas de las características de los receptores --o consumidores-- de la historia que, a fin de cuentas, somos todos nosotros.

2.4. Los consumidores: ¿"protagonistas"  
o "primeros agonistas" de la historia?

Toda la búsqueda e interpretación en torno al pasado del hombre, por muy brillante y concienzuda que sea, carecería de sentido si no se comunica a otros. Haremos ahora un examen de las condiciones en que culmina el proceso de la historia como mensaje.

Hace ya mucho tiempo, Polibio se sorprendía de que alguien no sintiera interés por la historia:

Pues a la verdad, ¿habrá hombre tan estúpido y negligente que no apetezca saber cómo y por qué género de gobierno los romanos llegaron en cincuenta y tres años no cumplidos a sojuzgar casi toda la tierra, actuación hasta entonces sin ejemplo? ¿O habrá alguno tan entregado a los espectáculos o a cualquier otro género de estudio que no prefiera instruirse en materias tan interesantes como éstas? (37)

Para muchos, la historia, si bien es respetada y alabada, no despierta entusiasmo o curiosidad. Más de uno habrá apagado la televisión cuando le anuncian algún programa especial sobre "epopeyas históricas nacionales", habrá cambiado la página de un periódico o revista donde se trataba algún tema sobre historia, o bien habrá preferido pagar varios miles de pesos por un comentado best-seller que desembolsar unos cuantos devaluados cientos de pesos por hacerse propietario de un libro acerca de historia --al menos, cuando se escribieron estas páginas, esta cifra era real--. En torno a esta situación, surgen una serie de consideraciones. Es innegable que en nuestro país existen múltiples opciones para acer-

carce a la historia. Generalmente los gobiernos en turno (en particular el post-revolucionario, pues en el XIX el debate histórico era uno de los campos de batalla) han apoyado generosamente la producción de mensajes que tienen como objetivo difundir la historia, si bien también es innegable que en ciertas épocas existen héroes o episodios que gozan de más favores que otros. Sin embargo, este respaldo oficial a la historia no es siempre desinteresado y exige ciertas condiciones.

Como ya hemos visto en páginas anteriores, la historia representa un arma poderosa que no pocos intereses tratan de controlar. De allí que en muchos casos la difusión de la historia se ocupe principalmente de la historia oficialista; se transitará con sumo cuidado al interpretar el pasado y comprender el presente; todo deberá estar perfectamente calculado a fin de vetar la salida de conocimientos "inadecuados". La historia será así una repetición constante de lo que sirva para justificar el presente. Las mismas cosas serán dichas una y otra vez en desfiles conmemorativos, programas especiales, boletines de prensa, entrevistas con funcionarios y muchos mecanismos más. Tal vez se les disfrace un poco, pero en esencia repetirán mensajes parecidos al siguiente: "somos un pueblo poderoso y respetado en todos los confines, que gracias a la sangre derramada por sus héroes ha salido adelante y se ganará la gloria de las generaciones venideras". Cuando la historia se revista de esta especie de narcismo, es lógico que sólo despierte un somnoliento interés:

Quando el pueblo recibe una historia de heroes marmolizados, deshumanizados y distantes, cuando todo son fechas cívicas, acontecimientos grandiosos, sucesos trascendentes, difícil-



mente puede relacionarlos con su vida, su pasado, y menos aún puede sentirse participe de ese proceso histórico que por derecho propio le corresponde. (38)

Pero no se engañe el lector y suponga que la historia --o por lo menos algo que se conoce como tal-- consiste sólo en esta clase de retóricos mensajes de autoalabanza. Inclusive entre la amplia gama de producciones financiadas por el sector público, existen otras opciones, que permiten acercarse a una historia más humana y menos de bronce. Cuando detrás de un mensaje existe un emisor comprometido con los fines que persigue la historia como ciencia, se abren valiosos caminos que permiten que el hombre se conozca a sí mismo y se reconozca en los demás.

Sin embargo, estos valiosos objetivos muchas veces no se cumplen por la sencilla razón de que los mensajes no pueden llegar a sus destinatarios. Para entender un poco más este asunto, es conveniente no olvidar que todo mensaje, para ser comunicado, debe pasar por las siguientes tres fases: producción, circulación y consumo. En cuanto a producción, cedemos el turno a Lucien Febvre, quien se muestra indignado y sarcástico contra los historiadores que no comunican:

Da gusto oír exclamar a los historiadores al respecto: "¡Se nos ignora!, ¡se nos tiene al margen!", mientras los editores atiborran a un público ávido de que se les engañe con "vidas novelescas", "indiscreciones de la historia", "interioridades y revelaciones" adulteradas. Verdaderamente. Pero, en principio, vuestras críticas contra todo ese farrago no parecen tener fundamento [...] Y para que vuestros reproches tengan efectividad, debéis hacer historia vosotros mismos, verdadera

38 Eugenia Meyer, "Pertenencia e identidad. La enseñanza extraescolar: un desafío para el historiador", en Santiago. Revista de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, diciembre de 1983, núm. 52, p. 190.

historia, no encerrados en las bibliotecas y con veinte especialistas, sino ante el público, en público. (39)

Retomemos el concepto de "verdadera historia". No puede calificarse como tal a miles de cuidadosas fichas bibliográficas que permanecerán encerradas en el cajón de un historiador y que, a lo sumo, serán consultadas por algunas decenas de especialistas. Sin duda, su valor científico podrá ser enorme, pero no pasará de ser un inapreciable tesoro bibliográfico. Es necesario dar salida a esos materiales, aprovechar cualquier conducto para comunicarlos a otros. Por supuesto, esto no es tan fácil como se escribe; pero si existe al menos la inquietud, se habrá dado el primer paso.

Sin duda, habrá quien piense que la situación se pinta paradisiaca, y no lo es. Efectivamente, no lo es. Salvo muy escasas --aunque no por ello honrosas-- excepciones, pocos historiadores se habrán visto asediados por multitud de editores o productores de radio o televisión que se disputen sus trabajos y les ofrezcan tentadores contratos millonarios. Sin embargo, las oportunidades, aunque no abundan, si existen, y hay que estar preparados para aprovecharlas. En nuestro país, al menos, la historia goza de un amplio apoyo oficial, que se ve intensificado con algunos aniversarios clave. Un historiador, por muy a la izquierda que se trate de ubicar, no debería pensar que sus escrúpulos le impiden hacer uso de fondos que provengan de arcas oficiales. Ya hace mucho tiempo pasó a la historia el concepto de McLuhan "el medio es el mensaje"; el mensaje puede funcionar independientemente del medio de que se disponga.

---

39 Lucien Febvre, op. cit., p. 124.

Dicho sea de paso, en nuestro país la mayoría de historiadores han sido asimilados por instituciones dependientes del sector oficial o que reciben subsidios del mismo. Así pues, no suena nada descabellada la idea de aprovechar al máximo posible los canales oficiales para comunicar a otros, a muchos otros, los resultados de las investigaciones.

También en canales privados existen opciones para difundir la historia, si bien a veces deben llenarse ciertos requisitos que trascienden los objetivos de la historia. En efecto, los criterios editoriales exigen a veces que a través de la historia se satisfagan ciertos lineamientos, que se le barnice con las características de best-seller. Así, vemos cómo alcanzan inusitados tirajes las obras que tratan de biografías íntimas, o que develan insospechados secretos de personajes famosos o que ponen al descubierto los vicios privados de los públicos virtuosos.

Invadidos por falsos escrúpulos, algunos historiadores pretenden caer en la trampa de la amenidad y entonces caen en otra trampa, que bien describe Luis González:

Los mil y pico de científicos que escriben acerca del pasado de México se intercambian sus saberes al través de impresos y sobre todo en reuniones académicas, pero se mantienen ignorados e ignorantes del público lego. Quizá algunos creen en lo aristocrático de su ciencia, en la necesaria abstención de esparcir perlas más allá de los exquisitos y tal vez algunos conocimientos históricos no son aptos para las mayorías. Los más coinciden en que el saber sobre el pasado interesa a cualquier persona y que debe ser comunicado a todo mundo, pero casi nadie se preocupa por el uso de los lenguajes acostumbrados por el hombre corriente de ahora. (40)

40 Luis González y González, "Usos y abusos de la historiografía mexicana actual", en Panorama actual de la historiografía mexicana, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1981.

La situación antes descrita es una realidad evidente: muchos historiadores no se preocupan por transmitir en términos comprensibles los resultados de sus investigaciones. Se conforman con producir periódicamente voluminosos mamotretos que sólo serán conocidos y entendidos --en el mejor de los casos-- por sus colegas. Quienes se dediquen a la historia deberían perseguir un contacto más cercano con mayor número de receptores, sin pensar que por ello sus investigaciones perderán calidad:

comunicar no significa en modo alguno escribir o redactar inmensos ladrillos de información sin depuración alguna, generalmente imposibles de ser leídos a menos que se precie uno de ser otro especialista o sabio colega. Hay infinidad de volúmenes escritos para las minorías, libros que jamás fueron accesibles para las mayorías, que con respetuosa distancia se podrán hojear, pero no leer. (41)

Es paradójico reconocer cómo existe aún una fuerte tendencia por hacer de la historia un conocimiento dogmático por una parte, y elitista por la otra. El término de protagonista recupera su sentido etimológico y los protagonistas de la historia se vuelven los "primeros agonistas" de la misma.

Ante esta situación, la idea de la historia integral cobra cada vez más fuerza: se investigan procesos antes ignorados; la historia de las masas adquiere un sitio privilegiado en los terrenos de la investigación histórica..., sin embargo, tal parece que muchos de los que acometen el estudio de las mayorías ignoradas, no se preocupan por destinar su estudio a las mismas:

41 Eugenia Meyer, "Comunicación y liberación: tareas de la historia. Historia oral: historia viva, historia de masas", Testimonios y documentos, El Día, México, 24 de mayo de 1980.

Si la comunicación del conocimiento histórico ha estado generalmente restringida a algunos grupos privilegiados (en cuanto a escolaridad y nivel cultural), resulta que los verdaderos hacedores de la historia se encuentran injustamente despojados de ella. Y aquello que por derecho propio les corresponde, su historia, se les "devuelve" elaborada o disfrazada de tal suerte que, en aras de la cultura o del academicismo el servicio de intereses específicos, les resulta desconocido. (42)

Al adquirir la historia un carácter cada vez más científico, se han descuidado las formas populares de transmisión que siempre tuvo: poesía épica, baladas, leyendas, corridos, etcétera. Aunque no se ha perdido el respeto por la historia, vivimos cada vez más en lo inmediato, ha disminuido la preocupación por rescatar y preservar una memoria colectiva. Es necesario actuar en conjunto para eliminar esta situación, como asevera Lucien Febvre:

La historia ocupa demasiado lugar en la vida de nuestros espíritus como para que uno no se preocupe por sus vicisitudes. Y como para contentarse tan sólo con alzar los hombros al hablar de ataques que pueden ser injustos en la forma, o malintencionados --y que lo son con frecuencia--, pero que traducen, todos, algo que es preciso remediar y rápido: un desencanto, una desilusión total, el sentimiento amargo de que hacer historia, leer historia es, en adelante, perder el tiempo. (43)

Con el fin de que la historia cumpla mejor con los objetivos propuestos, y no los pierda a mitad del camino por falta de una comunicación efectiva, sería conveniente que los historiadores se ocuparan más por conocer el lenguaje y los distintos medios de difusión, que buscaran el apoyo de especialistas en estas áreas. Sin duda, existen avances al respecto, pero aún queda mucho camino por recorrer.

42 Ibidem.

43 Lucien Febvre, op. cit., pp. 46-47.

¿Qué queda por decir de los consumidores de la historia? Notará el lector que, por insistir en el asunto de la comunicación --fallida o no-- de la historia, los receptores parecieron quedar en el olvido. Pero esto fue sólo en apariencia, pues precisamente tal insistencia se dio en todos los legítimos destinatarios de la historia que, como consecuencia de actitudes erróneas, quedan cada vez más en el olvido. Sin duda, es necesario seguir haciendo historia, abordar temas nuevos y emplear diversos enfoques; pero es aún más necesario que esta nueva historia preste mayor atención a los receptores. El interés hacia la historia existe --o por lo menos existe entre la mayoría--; el problema es que no se ha sabido aumentar tal interés. Para no seguir más con elucubraciones teóricas, pasaremos ahora a examinar algo concreto acerca de la historia, su consumo y asimilación en nuestro país.

### 3. Discurso popular de la Revolución Mexicana

En los capítulos anteriores, hemos hablado en forma más bien abstracta de la historia, su utilidad, sus relaciones con el lenguaje y los factores que permiten o impiden que sea comunicada. Pasaremos ahora al análisis concreto de un fenómeno de producción, difusión, consumo y asimilación de la historia en nuestra sociedad actual: la Revolución Mexicana. Hemos elegido este proceso por los motivos siguientes:

a) Su trascendencia en la sociedad mexicana contemporánea; sus efectos sociales, económicos y políticos marcaron un nuevo rumbo para el país.

b) Es un proceso donde la relación pasado-presente es más evidente que en otros.

c) En cuanto al consumo masivo de la historia, es uno de los periodos más populares en la historia mexicana, privilegio que tal vez sólo comparte con la Conquista y la Independencia (esto no significa que el resto de procesos históricos carezcan de importancia, aun cuando no hayan recibido tal difusión).

ch) En torno a la idea de la Revolución se ha estructurado un discurso oficial con el cual están familiarizados muchos mexicanos, pues es ampliamente propagado a través de los medios de información masiva.

d) Es un tema ampliamente socorrido en la mayoría de los discursos políticos; esto puede deberse, entre otras causas, a que sirvió para bautizar al partido en el poder.

e) Es un tema que ha sido abordado por muchos historiadores, tanto en México como en otros países. Además, al ser relativamente contemporáneo ha merecido la atención de científicos de otras disciplinas: sociólogos, economistas, politólogos, etc.

f) En virtud de la gran difusión que se ha dado a este proceso, existe un discurso popular en torno al mismo, que en algunos puntos coincide con el discurso oficial y en otros se aleja de él.

Posiblemente, habrá quien no comparta los anteriores puntos de vista, lo cual sería muy válido; a fin de cuentas, la historia es siempre algo polémico. Por otra parte, los supuestos anteriores se plantearon como simples hipótesis que, al final de este capítulo, podrán ser comprobadas o invalidadas.



### 3.1. Un 20 de noviembre como tantos otros

Cuando se escribían estas páginas, habían pasado escasos meses de haberse cumplido el 77 aniversario del estallido de la Revolución Mexicana. Ese 20 de noviembre, como en muchos anteriores, hubo un desfile conmemorativo, verbenas populares, exposiciones, conferencias, mesas redondas, declaraciones de los políticos sobresalientes del país; en resumen, el pueblo se vistió de fiesta y, para beneplácito de los amantes del sol y las playas, el día cayó en viernes y muchos burócratas, obreros y estudiantes gozaron de un tradicional "puente". Los comerciantes, siempre al acecho de cualquier oportunidad de mejorar sus ventas, lanzaron sus ofertas "revolucionarias". En las escuelas hubo concursos y actos cívicos en torno a la gesta revolucionaria. La prensa, la radio y la televisión dieron gran realce al asunto y pudimos leer amplios reportajes acerca de Madero, Zapata, Villa o Carranza; volver a recrearnos con las películas documentales de aquella época o disfrutar de las actuaciones de las glorias de la pantalla disfrazadas de Adelitas o de intrépidos generales. También fue posible escuchar entrevistas con historiadores que entreaban en interminables polémicas acerca de si la Revolución fue sólo una o fueron varias, si aún continúa o si ya es un cadáver histórico, si logró sus objetivos o quedó interrumpida a medio camino.

La descripción anterior corresponde al año de 1987, aunque bien pudo tratarse de otro cualquiera. Ya hemos visto cómo la historiografía oficial se vale de ciertos momentos clave para

reforzar la visión sobre el pasado en aras de justificar el presente.

Ahora bien, esto sucedió en los días cercanos al 20 de noviembre. Sin embargo, durante el resto del año, aunque con menor intensidad, siempre está latente la necesidad de difundir procesos históricos --la Revolución entre ellos--. En nuestro país, la historia parece ocupar un sitio de honor; según la opinión de Luis González y González, "cada nación distribuye su pasado-presente en cuatro grupos (supervivencias, residuos, recuerdos e historia), pero en pocas naciones los cuatro grupos son tan copiosos como en la República Mexicana". (1) Estas palabras pueden fácilmente respaldarse si echamos una rápida ojeada a la gran difusión que se da a la historia nacional (o por lo menos a una de sus versiones); si reconocemos que en México existe un amplio apoyo oficial a institutos y universidades encargados de diversas investigaciones acerca de la historia; si nos percatamos de tantos héroes, auténticos o prefabricados, que son materia de veneración pública. Así es que, al menos en cuanto a cantidad, nuestro país sí se ocupa de la historia. El mismo Luis González señala:

el gobierno nacional se ha preocupado por infundir en la gente el origen y la desenvoltura de la nación mexicana, por mantener en la memoria popular el recuerdo del paraíso prehispánico, del purgatorio de la Colonia, los mártires de la Independencia, los santos del liberalismo y, de un tiempo para acá, los caudillos de la Revolución Mexicana, a través de pinturas murales en edificios públicos, bronce en avenidas y jardines, toponímicos, fiestas patrias, desfiles y discursos. (2)

1 Luis González y González, "Usos y abusos de la historiografía mexicana actual", en Panorama actual de la historiografía mexicana, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1983, p. 5.

2 Ibidem, p. 6.

Según apuntábamos en un capítulo anterior, la historia no es un proceso acabado, sino que debe rehacerse constantemente; el presente determinará siempre nuevas interpretaciones, nuevos temas --o versiones novedosas de los mismos-- ven la luz. Sin embargo, los resultados de las investigaciones recientes no siempre llegan a ser del dominio público: 1) porque la versión oficial funciona aún para legitimar el presente, y no requiere actualizarse; 2) porque muchas veces están escritas en un lenguaje apto sólo para colegas, y 3) porque no disponen de canales de difusión masiva.

Si en otras épocas los historiadores jugaban el papel de conciencia crítica de la sociedad --al analizarla y cuestionarla constantemente--, diversos factores se han conjugado para restarles fuerza. No hace mucho, el historiador Elías Trabulse expresó un drástico comentario, que posiblemente pueda inquietar a más de un historiador por vocación:

La desacralización del poder no ha estado en manos de historiadores. Ha estado en manos de literatos o de los historiadores metidos a periodistas. Ellos han abierto la crítica social, que nosotros no hemos hecho. A los historiadores se nos ha escapado dicha crítica. (3)

A diferencia de otras generaciones de historiadores, las actuales han sido asimiladas, en una gran mayoría, por organismos de investigación o de educación superior; muchos han sucumbido a las mieles del poder y han olvidado el carácter combativo que

3 Federico Campbell, "Los historiadores ya no son los críticos del sistema: Elías Trabulse", en Proceso, núm. 580, México, 14 de diciembre de 1987, pp. 52-53.

debiera tener la historia, como instrumento que permite la comunicación de los hombres a través del tiempo.

Otra característica de nuestra historia actual es su enorme inclinación por atender casi exclusivamente lo que sucedió en la capital del país. El esquematizado discurso oficial de la historia nacional ha privilegiado los sucesos --políticos, sobre todo-- de la Metrópoli. La capital es el escenario donde se mueven la mayor parte de héroes; sólo en pocas ocasiones se atienden otros puntos del país, pero casi siempre por su relación con acontecimientos de la Ciudad de México. El centralismo político, económico y cultural ha invadido la historia. No es de extrañar, pues, que Luis González afirme que "80 de cada 100 investigadores viven en la capital de la República", (4) o que "en México se ha abusado haciendo historia nacional y el 90% o más de los trabajos de esta materia versan sobre el conjunto del país y no de otros países o de las partes disímbolas". (5)

Por cierto, esta característica centralista de la historia comienza a ser ampliamente cuestionada, pues su paso avasallador ha hecho que pierdan fuerza los procesos particulares --llámense locales, regionales o estatales--. Cada vez hay más historiadores que se dedican a la así llamada microhistoria o a la historia regional, con lo cual se pretende que los mexicanos de diversos lugares puedan identificarse con procesos que les son cercanos y, una vez logrado este paso, vincularlo en el marco de cuanto ocurre

4 Javier Molina, "Vovelle: La historia, hoy, con las demandas sociales", en La Jornada, México, 18 de febrero de 1987, p. 27.

5 Patricia Rosales, "No hay que satanizar a la crónica narrativa: Luis González y González. Hemos abusado al hacer historia nacional". en "La Cultura al Día", Excélsior, México, 5 de marzo de 1987, p. 1.

en el país en general. Sin embargo, estos esfuerzos resultan aún insuficientes y constantemente se busca intensificarlos.

Todas las generalizaciones incurren en lamentables errores; así pues, es justo reconocer que hay historiadores que no encuadran en el panorama arriba descrito y que se preocupan por hacer historia en el sentido amplio y verdadero del término.

No obstante, las excepciones no son suficientes para contrarrestar el panorama que presentan en general la historia y su difusión, y en particular la que se refiere a la Revolución Mexicana. Esta es concebida como el proceso que marca un cambio trascendental en diversos aspectos de nuestra vida; se le invoca constantemente; sus héroes son ensalzados y sus villanos son juzgados. Sin embargo existen aún muchas polémicas en torno a ella --y seguramente nunca cesarán--. La principal es en torno a si concluyó o aún continúa: un día cualquiera escuchamos de labios de algún político que "la Revolución hizo de nuestro México un México mejor" y al día siguiente oiremos que "la Revolución no culminará hasta que haya justicia para todos". En fin, fue precisamente este carácter polémico, que facilita la comprensión del pasado-presente en la historia, uno de los factores que influyeron para realizar la encuesta --pequeña, pero significativa-- que se presentará a continuación. Pero antes de pasar a ella, ofreceremos una significativa anécdota.

### 3.2. "¿La Revolución Mexicana?... Esa liga no la conozco

Hace poco más de un año, el 20 de noviembre de 1986, el tradicional desfile deportivo con el que se conmemora el aniversario de la Revolución Mexicana fue animado con la presencia de luminarias que han llevado el nombre de nuestro país allende las fronteras. Las páginas deportivas de algunos periódicos cambiaron su tónica habitual y se ocuparon de ofrecer opiniones en torno a la Revolución. La ignorancia que algunos deportistas pusieron de manifiesto dio lugar a escandalizadas notas de las que entresacamos algunas líneas (6):

Fernando Valenzuela (gloria del beisbol):

"¿La Revolución Mexicana?... Esa liga no la conozco. Solamente conozco la Nacional y la Americana".

Teodoro Higuera (también gloria del beisbol):

"La Revolución fue algo muy grande para nuestro país [...] porque nos dio la Independencia".

Luis Flores (futbolista con calidad de exportación):

"Es importante porque cambió toda la cuestión del país. También porque Pancho Villa, Zapata y los otros fueron muy valientes y se enfrentaron a los españoles".

6 "¿La Revolución Mexicana?, no conozco esa liga: Valenzuela", y "La lucha de 1910 nos dio la Independencia: Flores", Uno más uno, México, 21 de noviembre de 1986, p. 28.

Algunos de los entrevistados prefirieron no entrar de lleno en el tema y optaron por tratar otros asuntos:

Julio Cesar Chávez:

"¿La Revolución?, pues, es muy bonito desfilar con los mejores deportistas que ha dado México, convivir con la gente, me gustó mucho el desfile y la Revolución también".

Aurelio López:

"¿La Revolución? Es bueno que la Revolución se celebre con un desfile deportivo, ¿por qué?, pues, este, el deporte es como la cosa más limpia y pura de los seres humanos.

¿Cómo puede ser posible?, pensarían escandalizados algunos lectores, ¿cómo pueden confundir datos o comparar la Revolución con un desfile? Pero ¿caso son nuestros deportistas los responsables de su ignorancia o de su ligereza?; es más, ¿caso son los únicos? Al respecto, vale la pena citar un comentario de Luis González de Alba:

El fracaso de nuestro sistema educativo, ejemplificado con estudiantes universitarios para quienes el primer presidente de México fue Maximiliano, se inició cuando el gobierno lo convirtió en un enseñador de pequeños datos e inútiles blancos, que no hacen daño a nadie, salvo a los tres malos de la historia, ni integran una imagen global con algún sentido. (7)

7 Luis González de Alba, "El cloro de la educación", La Jornada, México, 21 de abril de 1986, p. 27.

Cuando hablamos de educación no nos referimos únicamente a la que se imparte en las aulas que, si bien es importante, no es el único canal por medio del cual la historia llega al individuo; es también esencial considerar la educación extraescolar. Esta es aquélla que se transmite a través de todos los medios masivos, como la prensa, libros, cine, radio y televisión, e interpersonales: pláticas con la familia o con otros grupos sociales más o menos reducidos, museos, exposiciones, etc. La combinación de una y otros --escuela y medios masivos e interpersonales-- conforman la imagen que el individuo tiene de la historia, y con la cual pretendimos un acercamiento como a continuación se describe.

Se realizaron dos tipos de encuestas cuyo tema central fue la Revolución Mexicana: la primera fue con niños y la segunda con jóvenes. Es preciso aclarar que no se trata, por supuesto, de ofrecer datos irrefutables, sobre todo por lo reducido de las muestras elegidas. Más bien, se pretende compartir las experiencias obtenidas al tratar el asunto de la historia de una forma más cercana: directamente con algunos de sus consumidores. Si uno de los objetivos generales de todo este trabajo es, precisamente, proponer algunos medios para mejorar la comunicación de la historia, sería ilógico no analizar --así fuera someramente-- uno de sus elementos básicos: los receptores. En algunos casos, los resultados fueron previsibles; sin embargo, hubo también agradables sorpresas, pues, pese al bombardeo oficial a que muchos de los encuestados han estado sometidos, existía el ánimo polemizador y desmitificador.

**ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA**



Si bien la forma final de cada uno de los dos cuestionarios se obtuvo después de una serie de experimentos, al procesar la información surgieron muchas otras posibles preguntas o forma de plantearlas. Pero ya no era posible dar marcha atrás --por limitaciones de tiempo, sobre todo--: no obstante, los resultados fueron de sumo interés y rebasaron buena parte de las expectativas.

### 3.3. La Revolución en las aulas

Se realizaron 70 encuestas entre niños que cursaban desde tercero hasta sexto grado de educación primaria. Para aplicarlas, se solicitó la colaboración de maestros y padres de familia. Todos los niños encuestados pertenecían a escuelas oficiales; las primarias estaban localizadas en diversas colonias proletarias de la ciudad de México. Intencionalmente se omitió aplicar encuestas en escuelas particulares, pues lo que importaba era lograr una aproximación de los resultados de la educación extraescolar (sobre todo televisión y radio) combinada con la enseñanza oficial de la historia. Sería sin duda interesante realizar algo similar en escuelas particulares y así poder establecer diferencias entre una y otra; sin embargo, esto habría rebasado los objetivos que se propone este trabajo.

Por cierto, de las 70 encuestas aplicadas originalmente, sólo se emplearon 55, pues con 13 sucedió algo significativo que vale la pena narrar. En una de las escuelas --por razones éticas no se menciona el nombre-- se solicitó la colaboración de la directora para aplicar encuestas entre alumnos de diversos grados; por

supuesto, se le explicaron las finalidades del cuestionario y el carácter confidencial de los datos. Si bien estuvo de acuerdo en cooperar, aparentemente no captó bien los propósitos de la encuesta y, como resultado, las 15 tenían respuestas idénticas hasta en el menor detalle. Al analizar detenidamente las hojas de los cuestionarios, se observaba que cuando las respuestas ofrecidas originalmente por los niños no coincidían con las que la directora les "sugirió" fueron borradas y tachadas. Ante esta situación, se descartaron todas y, en lugar de reemplazarlas, se prefirió describir lo ocurrido.

Las preguntas fueron, salvo la última, de opción múltiple. Es en la enseñanza primaria donde el individuo comienza a familiarizarse con los nombres y las fechas que habrán de torturarlo en más de un examen; uno de los propósitos era comprobar si efectivamente se establece un mecanismo de estímulo-respuesta que invariablemente haga pensar en 1910 como el año en que se inició la Revolución; Madero como uno de sus precursores; la injusticia social durante el porfirismo como la causa principal, etcétera. Las preguntas y las respuestas opcionales fueron las siguientes:

(1) ¿Cuándo empezó la Revolución?

1910  
1810  
1867  
1938  
1968  
1986

(Todos los años, salvo el último, están relacionados con algún episodio significativo de nuestra historia)

## (2) ¿Quiénes iniciaron la Revolución Mexicana?

Miguel Hidalgo  
 Benito Juárez  
 Emiliano Zapata  
 Francisco I. Madero  
 Porfirio Díaz  
 Francisco Villa  
 Lázaro Cárdenas  
 Fidel Velázquez  
 Venustiano Carranza

(Intencionalmente se empleó el plural en la pregunta, pues así se podría seleccionar más de una respuesta, algo que, por cierto, sucedió.)

## (3) ¿Por qué se inició la Revolución Mexicana?

Para terminar con la conquista española  
 Para expropiar el petróleo  
 Para terminar con la injusticia social durante el porfirismo  
 Para separar los bienes de la Iglesia y el Estado

(Todas las posibles respuestas correspondían a momentos críticos de la historia del país que dieron lugar a algún cambio importante).

## (4) ¿Quiénes tomaron parte en la Revolución Mexicana?

Gustavo Díaz Ordaz  
 El pueblo de México  
 Adolfo López Mateos  
 Los Niños Héroes  
 Josefa Ortiz de Domínguez  
 Francisco Villa  
 Alvaro Obregón  
 Ricardo Flores Magón  
 José María Morelos y Pavón

(5) ¿Sabes a qué se han dedicado las siguientes personas?

Venustiano Carranza  
Hugo Sánchez  
Emiliano Zapata  
Fernando Valenzuela  
Porfirio Díaz

(Esta pregunta fue la que arrojó resultados más interesantes, pues al no ser de opción múltiple permitiría conocer algo del vocabulario que manejan los niños en edad escolar al referirse a la historia. Además, se incluyeron en la lista dos personajes que, en términos formales, no tienen relación con la historia del país.

Las características de los niños encuestados fueron las siguientes:

SEXO:		%
Mujeres	35	63.64
Hombres	20	36.36
<b>Total</b>	<b>55</b>	<b><u>100.00</u></b>

EDADES:		
8 años	3	5.46%
9 años	1	1.82%
10 años	7	12.73%
11 años	11	20.00%
12 años	17	30.90%
13 años	9	16.36%
14 años	4	7.27%
15 años	3	5.46%
<b>Total</b>	<b>55</b>	<b><u>100.00%</u></b>

AÑO ESCOLAR:		
3º	4	7.27%
4º	2	3.64%
5º	8	14.54%
6º	41	74.55%
<b>Total</b>	<b>55</b>	<b><u>100.00%</u></b>

(1) ¿Cuándo empezó la Revolución?

1810	27	49.09%
1847	1	1.82%
1910	25	45.45%
1938	1	1.82%
1968	0	-- --
1986	1	1.82%
<u>Total</u>	<u>55</u>	<u>100.00%</u>

Al parecer, la similitud entre los años de inicio de la Independencia y la Revolución, donde sólo un dígito difiere, ha tenido consecuencias. Aunque cerca de las tres cuartas partes de los niños cursan sexto grado (y, por lo tanto, habrán "estudiado" la Revolución por lo menos tres veces), la mayoría eligió 1810.

(2) ¿Quiénes iniciaron la Revolución Mexicana?

Como consecuencia del plural "quiénes" con que empezaba la pregunta, todos los niños ofrecieron hasta tres respuestas:

	<u>Número de alumnos que lo eligieron</u>	<u>Porcentaje con respecto al total</u>
Emiliano Zapata	28	50.90%
Francisco I. Madero	27	49.09%
Francisco Villa	24	43.63%
Miguel Hidalgo	24	43.63%
Venustiano Carranza	14	25.45%
Porfirio Díaz	6	10.90%
Lázaro Cárdenas	4	7.27%
Benito Juárez	4	7.27%
Fidel Velázquez	1	1.81%

En esta respuesta, salvo la destacada presencia de Miguel Hidalgo, sin duda un ilustre "iniciador" --aunque no de la Revolución-- no hubo mayores sorpresas, si bien la temprana

presencia de Venustiano Carranza no será bien vista por algunos, y poner a Don Porfirio como iniciador de la Revolución es una mala jugarreta a la historia.

(3) ¿Por qué se inició la Revolución?

	<u>Número de alumnos que lo eligieron</u>	<u>%</u>
Para terminar con la conquista española	16	29.09%
Para expropiar el petróleo	4	7.27%
Para terminar con la injusticia social durante el porfirismo	33	60.00%
Para separar los bienes de la Iglesia y el Estado	2	3.64%
<u>Total</u>	<u>55</u>	<u>100.00%</u>

Se sabe que la Revolución surgió para combatir algo negativo, la injusticia social durante el porfirismo. Sin embargo, entre las posibles respuestas se encontraba otro episodio con fuertes connotaciones de negativo: la Conquista. Tal vez fue ése el motivo que confundió a algunos de los alumnos. En cambio, las otras dos opciones ocuparon un lugar menos privilegiado.

(4) ¿Quiénes participaron en la Revolución Mexicana?

En todos los casos, se ofreció más de una respuesta y, en orden decreciente, los elegidos fueron:

	<u>Niños que lo eligieron</u>	<u>% con respecto al total</u>
Francisco Villa	39	70.90%
El pueblo de México	37	67.27%
Alvaro Obregón	22	40.00%
Los Niños Héroes	19	34.54%
José Ma. Morelos y Pavón	19	34.54%
Josefa Ortiz de Domínguez	15	27.27%
Adolfo López Mateos	4	7.27%
Ricardo Flores Magón	2	3.63%
Gustavo Díaz Ordaz	2	3.63%

La alta popularidad de Pancho Villa tampoco ofrece sorpresas; a fin de cuentas, es uno de nuestros héroes con calidad de exportación. Esta respuesta estuvo seguida muy de cerca por "el pueblo de México" y es significativo que, si bien los alumnos se encontraban fuertemente condicionados por preguntas de opción múltiple, un 67.27% eligió al héroe anónimo de nuestra historia. En cuanto a los Niños Héroes, es posible que los niños encuestados se identifiquen con estos personajes. El empate que con ellos obtuvo Morelos se debe posiblemente al lugar distinguido que ocupa en nuestras páginas y ¿por qué no habría de figurar al lado de personajes como Villa y Obregón? Por cierto, al formular esta pregunta originalmente se pensó incluir a Zapata entre los posibles; pero así la respuesta habría sido tal vez demasiado obvia. Un último comentario en torno a esta pregunta, es haber incluido en el elenco a una mujer y, aunque correspondía a otra época, despertó el feminismo de 8 hombres y 7 mujeres.

La última sección del cuestionario no fue de opción múltiple y aportó interesantes resultados, que permiten, entre otras cosas, analizar las connotaciones que traen consigo algunos personajes de la historia. Cada una de las distintas respuestas se integró con otras similares, lo cual permitió un conteo aproximado. A continuación se presentan los distintos grupos de respuestas:

VENUSTIANO CARRANZA

"Presidente"	15
"Presidente de México"	2
"A gobernar"	2
"Político"	2
"A ser presidente"	1
"Era un presidente provisional"	1
"Al presidencialismo"	1
"Diputado"	1

Total 25

"Revolucionario"	9
"A la Revolución Mexicana"	2
"A continuar la Revolución"	1
"A la Revolución para el bien"	1
"Presidente de la Revolución"	1
"Se dedica a la Revolución"	1

Total 15

"A luchar contra la injusticia"	3
"Se ha dedicado a pelear"	1
"A luchar por el pueblo de México"	1
"A la libertad de México"	1
"A la liberación de México"	1

Total 7

"A la Constitución"	1
"Reformó la Constitución"	1
"A la Constitución del '17"	1

Total 3

"Está muerto" 3

No contestaron 2

De acuerdo con los datos anteriores, la caracterización de Venustiano Carranza fue la siguiente:

	<u>Núm. de alumnos</u>	<u>%</u>
Lo identifican con presidente	25	45.64%
Lo identifican con la Revolución	15	27.27%
Lo identifican con luchador y defensor de la libertad	7	12.73%
Lo identifican con la Constitución	3	5.45%
"Está muerto"	3	5.45%
No contestaron	2	3.64%



La figura de Venustiano Carranza evoca, antes que nada, la idea de poder. Aparentemente, el sujeto con barbas y expresión adusta, según ha sido inmortalizado en las fotografías, evoca de inmediato la silla presidencial. Su caracterización sigue con su papel de revolucionario, aunque sólo un 27.27% lo concibe como tal. El 12.73% identifica a Carranza como un luchador y defensor de la libertad y, sorprendentemente, sólo el 5.45% lo relaciona con la Constitución. El mismo porcentaje ofreció una respuesta práctica e irrefutable: "está muerto" y sólo el 3.64% no pudo o no quiso contestar.

#### HUGO SANCHEZ

Haber incluido este nombre obedeció a la intención de hacer que los alumnos opinaran en torno a alguien cercano (al menos en tiempo) y popular (tan popular que los 55 ofrecieron respuestas correctas). En muchos casos se dieron respuestas idénticas: "futbolista" (19 alumnos), "a jugar futbol" (12), "al futbol" (11), aunque también hubo algunos que abundaron más en el asunto. Todas las contestaciones guardan relación entre sí:

"Futbolista"	19
"A jugar futbol"	12
"Al futbol"	11
"Deportista"	2
"A patear el balón"	1
"Es jugador de España"	1
"A entrenar mucho"	1
"A golear a equipos contrarios"	1
"Deportista de futbol"	1
"Al partido de futbol"	1
"Jugador profesional"	1
"Futbolista de un equipo"	1
"Futbolista profesional"	1
"Al futbol mexicano"	1
"Deportista"	1

De acuerdo con los resultados anteriores, la caracterización de Hugo Sánchez fue la siguiente:

Respuestas idénticas:

"Futbolista"	34.54%
"A jugar futbol"	21.81%
"Al futbol"	20.00%

Respuestas con alguna variante:

23.65%

Total 100.00%

El 100% de respuestas correctas no representó sorpresa alguna.

EMILIANO ZAPATA

"Luchó por la patria"	1
"Es peleador por la patria"	2
"Guerrero"	1
"Peleó"	2
"Guerrillero"	1
"Caudillo"	9
"A pelear"	1
"A defender a los pobres"	1
"A defender a los campesinos"	1

Total 19

"Revolucionario"	8
"A la Revolución"	6
"A la Revolución organizada"	1
"A la Revolución Mexicana"	1
"General de la Revolución Mex."	1
"Revolucionario"	1
"A pelear en la Revolución"	1

Total 19

"Presidente" 1

"Está muerto" 1

"Murió" 2

Total 3

No contestaron 22

De acuerdo con los resultados anteriores, la caracterización de Zapata fue la siguiente:

	No. de alumnos	%
"Luchador por la patria"	19	34.54%
"Revolucionario"	19	34.54%
"No supo"	12	21.82%
"Está muerto"	3	5.45%
"Presidente"	2	3.64%
<u>Total</u>	<u>55</u>	<u>100.00%</u>

Emiliano Zapata está caracterizado más que nada como un "luchador por la patria", "un caudillo". Su nombre se asocia en la misma proporción (34.54%) con el de Revolución. Un alto porcentaje (21.83%) no supo o no quiso contestar; y el 5.45% ofreció la práctica respuesta "está muerto". Finalmente, el 3.64% le confirió la presidencia. Vemos aquí confirmada la figura de Zapata como un héroe popular, cuyo nombre además de estar estrechamente ligado con el concepto de Revolución, tiene connotaciones de lucha y defensa de los marginados.

#### FERNANDO VALENZUELA

Su inclusión obedece a los motivos antes explicados para Hugo Sánchez. Al igual que en este caso, todas las respuestas se agruparon en una sola categoría y hubo un elevado índice de respuestas idénticas.

	No. de alumnos	%
"Beisbolista"	21	38.18%
"A Jugar beisbol"	7	12.73%
"Al beisbol"	6	10.91%
"Beisbol"	3	5.45%
"A lanzar pelotas"	3	5.45%
"Jugador"	2	3.64%
"A picher en el beisbol"	2	3.64%
"A pegarle a la bola con el bat"	1	1.82%

"A ser un buen ponchador"	1	1.82%
"Al beisbol de ligas americanas"	1	1.82%
"Beisbolista que juega en EU"	1	1.82%
"Beisbolista-picher"	1	1.82%
"A jugar y jugar bien"	1	1.82%
"Deportista de beisbol"	1	1.82%
"A los juegos de beisbol"	1	1.82%
"Jugador de beisbol"	1	1.82%
"Beisbolista de un equipo famoso"	1	1.82%
"Deportista"	1	1.82%
<u>Total</u>	<u>55</u>	<u>100.00%</u>

En esta respuesta, como en la de Hugo Sánchez, tampoco hubo abstenciones u opiniones rebatibles. Es más, no sólo se dice a qué se dedica, sino que se le juzga --positivamente, por supuesto-- como se puede apreciar en "a ser un buen ponchador".

Porfirio Díaz

"Presidente"	23
"Político"	2
"A gobernar"	1
"Presidente socialista"	1
"Presidente de México"	1
"Presidente provisional"	1

<u>Total</u>	<u>29</u>
--------------	-----------

"Dictador"	3
"A la dictadura"	2
"Presidente (mal)"	1
"A la injusticia"	1
"A hacer sufrir al pueblo"	1
"Para hacer sufrir a los mexicanos"	1

<u>Total</u>	<u>9</u>
--------------	----------

"Peleo"	1
"Guerrillero"	1
"A pelear"	1
"A los problemas de México"	1

<u>Total</u>	<u>4</u>
--------------	----------

"Revolucionario"	1
"A la Revolución"	1

<u>Total</u>	<u>2</u>
--------------	----------

"Está muerto"	1
"Murio"	2
<u>Total</u>	<u>3</u>
"A la imprenta"	1
No contestaron	7

De acuerdo con los resultados anteriores, Porfirio Díaz quedó caracterizado como sigue:

	No. de alumnos	%
Presidente	29	52.73%
Dictador, tirano	9	16.36%
No saben	7	12.73%
Peleador	4	7.26%
Está muerto	3	5.45%
A la Revolución	2	3.64%
A la imprenta	1	1.82%
<u>Total</u>	<u>55</u>	<u>100.00%</u>

Al igual que Carranza, a Porfirio Díaz se le asocia con la figura de presidente (52.73%), aunque una de las respuestas lo califica como "presidente provisional" (sic). El siguiente grupo recupera los lineamientos de la historia oficial --que entre otras cosas gusta de los juegos maquiavélicos-- y lo juzga como "dictador", dedicado "a la injusticia", "presidente (malo)". Un 12.73% no supo o no quiso contestar.

No es nuestra intención juzgar si el grupo de los 70 niños --reducidos a 55-- sabe o no historia; para encontrar respuesta a tan complicada pregunta, haría falta una hazaña colectiva, que no pretendiera criticar sino mejorar las cosas. Sólo interesaba conocer una reducida faceta de los resultados de la enseñanza oficial de la historia. Los "conocimientos" que los niños adquieren

en las aulas es sólo una base, que con el tiempo y con la influencia de la educación extraescolar será ampliada o transformada o, quizás, eliminada. Pudimos ver cómo la memoria falla o pone trampas (1810 en lugar de 1910); cómo los personajes ocupan un sitio abstracto en las mentes infantiles, e incluso pueden ser impunemente cambiados de siglo, lo importante es que aparezcan; cómo algunos "héroes" contemporáneos sí son de carne y hueso y se puede opinar libremente sobre ellos, sin recurrir a frases estereotipadas o sin conferirles dotes sobrehumanas.

Si el contacto que estos niños tengan con la historia en el futuro sigue la misma vertiente, lógico es pensar que cada vez se identificarán más con ese pasado que se antoja tan inasible y que propiciará cualquier cosa menos una actitud de reflexión y autoconocimiento.

#### 3.4. Los jóvenes y la Revolución

El segundo grupo de encuestas tenía como objetivo fundamental percibir cómo se transforma el discurso popular de la Revolución una vez que el sujeto ha pasado por la enseñanza primaria y su noción de la historia se modifica paulatinamente. El cuestionario final contemplaba dos preguntas susceptibles de contestarse de memoria, sobre todo la primera:

- (1) "¿Cuándo comenzó la Revolución Mexicana?"
- (2) "¿Por qué comenzó la Revolución Mexicana?"

La tercera pregunta ya exigía un poco de criterio o toma de partido:

(3) Mencione tres personajes importantes de la Revolución Mexicana.

¿Por qué los elige?

Las preguntas 4 y 5 buscaban entablar polémica, algo que en efecto se logró:

(4) "¿Considera usted que la Revolución Mexicana ya se ha terminado o aún continúa"?

(5) "¿Cree que es importante estudiar la Revolución Mexicana?"

"Sí, ¿por qué?"

"No, ¿por qué?"

La última pregunta estuvo orientada básicamente a recabar información sobre los canales a través de los cuales los entrevistados recuerdan haber tenido contacto con la historia.

Se aplicaron 70 encuestas con jóvenes de colonias proletarias ubicadas al oriente y al norte de la ciudad. A cada uno se le explicaron las finalidades del cuestionario; sin embargo, hubo entre algunos cierto escepticismo porque se pensaba que las preguntas tenían finalidades de proselitismo o espionaje político. Cinco personas, tras haber aceptado participar, se negaron a devolver el cuestionario, argumentado que "lo habían perdido", "estaba muy difícil", "pedirían ayuda para contestarlo" o "hacía mucho que habían salido de la primaria". No se reemplazaron tales cuestionarios y se prefirió describir la situación, que por sí sola resulta significativa.

Las edades de quienes devolvieron el cuestionario fluctuaban entre los 16 y los 30 años, según la siguiente tabla:

Años	Total
16	8
17	4
18	3
19	2
20	7
21	9
22	4
23	4
24	5
25	4
26	5
27	2
28	3
29	1
30	4

El procedimiento para seleccionar a los encuestados fue aleatorio. No se entrevistó a más de una sola persona por casa y, como máximo, hubo tres en una misma calle. Las ocupaciones aparecen tal y como ellos las describieron:

Hubo en total 25 estudiantes, de los siguientes niveles:

Secundaria	5
Preparatoria (UNAM)	4
CCH:	5
Colegio de Bachilleres	6
Estudios superiores (derecho, economía, sociología e ingeniería)	5

El resto de las ocupaciones fueron:

Vendedor(a)	7
Secretaria	4
Profesora	3
Obrera	3
Desempleada	3
Albañil	4
Analista	2
No reveló	2
Ama de casa	2
Músico	2
Coord.de área técnica	1
Ingeniero agrónomo	1
Traductora	1
Educadora	1
Profesionista	1



Auxiliar admvo. 1  
 Maestro de ed. física 1  
 Carnicero 1

A continuación se ofrece un resumen de los resultados obtenidos:

(1) "¿Cuándo comenzó la Revolución?"

Respuestas (textuales)	No. de personas	%
"1910"	34	52.30%
"20 de nov. de 1910"	14	21.54%
No respondieron	6	9.23%
"1810"	2	3.08%

Hubo además 9 (13.85%) respuestas específicas:

"1937"  
 "Comenzó con el porfirismo, el pueblo ya no estaba conforme con la dictadura de Porfirio Díaz"  
 "1910, encabezada por el general Venustiano Carranza"  
 "Cuando don Porfirio Díaz no respetó el Plan de San Luis, 1910, 20 de noviembre".  
 "15 de septiembre de 1910"  
 "Hacia 1910, en noviembre comenzó a tomar forma"  
 "En 1910 empezó a tomar origen"  
 "Hace un chingo de años"  
 "Para mí, cuando la Guerra de Tres Años (1845)"

Como fácilmente se aprecia, un alto porcentaje ofreció la respuesta mecánica de 1910 (52.30%), y un número menor --aunque considerable-- señaló la fecha completa (21.53%). Dos personas (3.07%) coincidieron en señalar el año de 1810, y una tercera (1.54%) hizo una mezcla que dio como resultado 15 de septiembre de 1910. Una persona (1.54%) proporcionó una fecha errónea (1937). Siete personas (12.31%) ofrecieron la respuesta con algún comentario, incluida una de tono aparentemente jocoso ("hace un chingo de años").

Apreciamos cómo el discurso de la historia se construye en gran parte por medio de frases o fechas aprendidas de memoria. Otro aspecto que resalta es cómo, en el caso de la Revolución, los

antecedentes pierden importancia frente a la fecha "clave": 20 de noviembre de 1910. Esto no es más que uno de los recursos del discurso oficial de la historia, que pretende ser lo más esquemático posible, donde los procesos aparecen de la nada. Por otra parte, surgió entre los jóvenes --pocos, por cierto-- la misma confusión que se dio con los niños, al cambiar el año de 1910 por 1810.

¿Por qué comenzó la Revolución Mexicana?

Las respuestas obtenidas fueron agrupadas según la causa principal del estallido de la Revolución, y se obtuvieron los siguientes grupos:

Crisis, desigualdad, injusticia social

39 personas respondieron que se debía a factores como:

- "la crisis" (7)
- "desigualdad social" (4)
- "lucha por un gobierno más justo" (3)
- "Protesta por las injusticias" (4)
- "Opresión" (3)
- "Diferencias sociales" (1)
- "inconformidad de la clase alta contra la clase baja" (1)
- "riqueza mal repartida" (1)
- "injusticia de la burguesía" (1)
- "descontento de campesinos obreros" (1)
- "diferencia de bienes que acarreó inconformidad, etc." (1)

El total de personas que se colocó en este grupo asciende al 60%, cifra relevante pues comprueba cómo el pasado se determina en gran medida según la óptica del presente. En la situación actual del país, términos como crisis y descontento social son familiares para muchos; entre las causas que determinaron la Revolución

Mexicana, estas últimas despiertan grandes cargas significativas y, por lo tanto, son más susceptibles de ser retenidas.

Cambio de poder (sin mencionar nombre alguno)

El segundo grupo se conformó de siete respuestas (10.7%) donde el tema recurrente era un gobierno obsoleto e injusto que debía remplazarse; por ejemplo,

"Porque no estaban de acuerdo con los que gobernaban"  
 "Cambio de poder"  
 "Se piensa que fue por el mal gobierno de ese ciclo"  
 "Descontento social ante el gobierno"

Aquí ya no es más --como en el primer grupo-- la crisis en abstracto, sin alguien o algo que se responsabilice de ella: el poder, el gobierno.

A causa de las tierras

Seis personas (9.23%) se inclinaron por señalar la cuestión agraria como la fundamental; por ejemplo:

"problemas agrarios"  
 "a causa de las tierras"  
 "opresión de los hacendados"  
 "la tierra no estaba repartida equitativamente"

El porcentaje es relativamente bajo, lo cual puede obedecer a que los entrevistados habitan en un medio urbano. Es casi seguro que, si un cuestionario similar fuera aplicado entre campesinos, mayor número de personas considerarían al problema agrario como el responsable. Nuevamente se confirma como la historia no puede ser vista si no es a través del presente.

Derrocar a Porfirio Díaz

Cuatro respuestas (6.15%) se refieren a la prolongada dictadura como la causa:

"Porfirio Díaz había estado 20 (sic) años en el poder"  
 "derrocar a Porfirio Díaz"  
 "porque el pueblo estaba en contra de la dictadura"  
 "Don Porfirio Díaz apoyaba a los ricos y despreciaba a los pobres"

El hecho de que solamente cuatro personas citaran a Don Porfirio (o a la dictadura, que es lo mismo) representa una cierta fisura en la historia oficial, donde en aras del reduccionismo se plantea la Revolución como un movimiento encabezado por el valiente Francisco I. Madero en contra del tirano dictador. Por cierto, sólo una persona (1.53%) mencionó a Madero y su lema ("Porque Francisco I. Madero pedía el 'sufragio efectivo'.")

Siete de las respuestas (10.79%) se diversifican; por ejemplo:

"Preferencia a los extranjeros"  
 "Educación social"  
 "Inconformidad de la clase media porque, aunque tenía capacidad, no gobernaba"

Una persona (1.53%) simple y sencillamente aseveró: "No lo sé, jamás me interesará saberlo".

Los personajes de la Revolución

Esta pregunta posiblemente pueda ser impugnada, puesto que encaja perfectamente en los lineamientos de la historia oficial, donde se privilegia la acción de "superhombres" que opacan y hasta desaparecen al pueblo. Sin embargo, lo que se pretendía era acercarse al discurso popular de la historia, el cual por fuerza está aún contaminado --y es muy probable que siga así por mucho

tiempo-- por las versiones esquematizadas, por las nociones de "los héroes de bronce". Veamos cuáles fueron los favoritos.

A cada entrevistado se le pidieron los nombres de tres personajes, así como las razones por las que los elegía. En orden descendente, se eligió a:

	No. de personas	% con respecto al total
Emiliano Zapata	50	76.92%
Francisco Villa	44	67.69%
Francisco I. Madero	30	46.15%
Venustiano Carranza	22	33.85%
Porfirio Díaz	10	15.38%
Alvaro Obregón	6	9.23%
Miguel Hidalgo	4	6.15%
Hermanos Flores Magón	3	4.62%
Victoriano Huerta	1	1.54%
Aquiles Serdán	1	1.54%
Gustavo A. Madero	1	1.54%
Hermanos Obregón ( <u>sic</u> )	1	1.54%
Lázaro Cárdenas	1	1.54%
Plutarco Elías Calles	1	1.54%
Francisco Angeles	1	1.54%
Los Niños Héroes	1	1.54%
Ignacio Zaragoza	1	1.54%
José Ma. Morelos y Pavón	1	1.54%
Benito Juárez	1	1.54%
Vicente Guerrero	1	1.54%

Los cuatro grandes favoritos (Zapata, Villa, Madero y Carranza) superan con enorme ventaja a sus contrincantes, y todos ellos corresponden efectivamente al periodo de la Revolución. Entre los demás personajes seleccionados se encuentran algunos que no pertenecen, en términos formales, a esta etapa: Hidalgo, los Niños Héroes, Ignacio Zaragoza, Morelos, Juárez y Vicente Guerrero. Se mencionan también como personajes a los Hermanos Obregón, pero tal vez se trata de alguna confusión con los Serdán o con los Flores Magón. Las razones por las cuales se eligió a los personajes

permiten identificar algunos de los atributos que les confiere el discurso popular de la Revolución:

### EMILIANO ZAPATA

De las cincuenta personas que lo eligieron, sólo 5 (10%) no dieron los motivos para ello. Las otras 45 respuestas pueden agruparse de la siguiente manera:

#### Caudillo campesino (12 personas, 26.67% con respecto al total)

- "Fue caudillo campesino"
- "Caudillo que luchó porque la tierra se repartiera equitativamente entre campesinos"
- "Defendió propiedades campesinas"
- "Luchó por las reivindicaciones agrarias"
- "Quería igualdad entre los campesinos"
- "Defensor del campesino"
- "Buscaba mejores condiciones para los campesinos"
- "Porque fue el héroe que luchaba por la tierra"
- "Por su templanza campesina y su lucha por la tierra"
- "Repartición de tierras"
- "Porque luchó por los derechos de los campesinos"
- "Pedían buenas cosas (tierra)"

#### Por sus ideales (9 personas, 20% con respecto al total)

- "Aunque pobre, tenía grandes ideales"
- "Por sus ideas: Tierra y libertad"
- "Por sus ideas"
- "Por sus ideales"
- "Luchaba por un ideal"
- "De los pocos que tuvo un verdadero ideal"
- "Por sus ideas de justicia"
- "El caudillo del sur con sus ideas claras a favor de los campesinos"

#### Por ser el héroe (7 personas, 15.55%)

- "Principal personaje de la Revolución Mexicana"
- "Fue el héroe de la Revolución"
- "Por ser el caudillo del sur"
- "Por ser el jefe heroico del ejército del sur"
- "Por héroe revolucionario"
- "Por ser el más sobresaliente"
- "Porque es el más conocido"

Por su relación con el pueblo (4 personas, 8.89%)

- "Porque quería beneficiar al pueblo"
- "Porque luchó y defendió los intereses de las clases desposeídas"
- "Porque fue el que realmente luchó por la Revolución en bien del pueblo"
- "Quería la libertad de su pueblo"

Porque movía masas (4 personas, 8.89%)

- "Levantó a las masas, ¿en dónde?"
- "Movía masas"
- "Por sus movimientos armados que atraían gente"
- "Porque estaba al mando de las masas"

Por sureño (2 personas, 4.44%)

- "Porque es originario de mi estado"
- "Porque es del sur"

Diversos motivos (7 personas, 15.55%)

- "Por diputado"
- "Por dirigente"
- "Lo mataron cobardemente"
- "Me lo recomendaron"
- "Porque es del que me acuerdo" (tres personas)

Para más de la cuarta parte de quienes lo eligieron, la figura de Zapata está ligada con el asunto agrario, ha pasado a la historia como el caudillo de los campesinos y luchador de la tierra. Sigue después el grupo que lo identifica con "ideales", en su mayoría abstractos. Esto es muy común en la caracterización de los héroes históricos, que reciben atributos de seres que luchan por sus ideales, aunque no siempre se especifica en qué consistían los mismos o qué hacían para verlos cumplidos. El 15.55% ofreció una respuesta tautológica: ¿por qué se escoge a alguien como el principal personaje? -- "Porque es el principal personaje".

La historia se transforma muchas veces en una información que sólo genera respuestas pasivas: no hay que analizar o criticar;

sólo es necesario aceptar... y después, memorizar. En similares porcentajes (8.89%) Zapata fue seleccionado por su relación con el pueblo (no solo con los campesinos) y por su capacidad para mover y levantar a las masas. Por identificación regional, fue el favorito del 4.44%, en tanto que el resto de las respuestas se diversificaron; entre ellas, hubo tres idénticas que no requieren de mayores comentarios: "Porque es del que me acuerdo".

#### FRANCISCO VILLA

En estrecha competencia con Emiliano Zapata, fue uno de los favoritos para 44 personas, de las cuales 6 (7.34%) no explicaron los motivos de su selección; por cierto, este personaje supera el 5% de quienes no supieron o no quisieron dar sus razones para elegir a Zapata. Las 38 respuestas que se obtuvieron sobre Villa se clasifican como sigue:

#### Luchó por la patria (6 personas, 15.79%)

"Luchó por la patria mexicana"  
 "Porque luchó por su pueblo"  
 "Porque luchó por la liberación de su pueblo"  
 "Porque fue el que realmente luchó por la Revolución"  
 "Porque siguió la lucha de Emiliano Zapata"  
 "Porque luchó siguiendo una causa justa"

#### Por sus hazañas en el campo de batalla (6 personas, 15.79%)

"Por sus proezas"  
 "Por sus movimientos armados"  
 "Por sus hazañas"  
 "Por inteligente para el combate"  
 "Tenía excelentes técnicas de ataque"  
 "Representa la lucha directa en el campo de batalla"



Por sus ideales (6 personas, 15.79%)

"Luchó por los ideales del país"  
 "Fue fiel a sus ideales"  
 "Porque luchaba por un ideal"  
 "Tenía una idea clara de lo que era una mejora social"  
 "Por defender ideales sociales"  
 "Luchó por sus principios"

Por su relación con el pueblo (6 personas, 15.79%)

"Por dirigente del pueblo"  
 "Por su liderazgo carismático con el pueblo"  
 "Porque movía masas"  
 "Por ser del pueblo"  
 "Porque levantó al pueblo"  
 "Porque luchó por su pueblo"

Por norteño (6 personas, 15.79%)

"Por ser jefe del ejército del norte"  
 "Caudillo del norte"  
 "Por ser del norte"  
 "Porque dirigió en el norte"  
 "Porque era norteño, como yo"  
 "Porque nació en el norte"

Por ser el principal (5 personas, 13.16%)

"Principal personaje"  
 "Principal personaje de la Revolución Mexicana"  
 "Uno de los principales caudillos"  
 "Es el más nombrado"  
 "Es el más sobresaliente"

Por su relación con campesinos (2 personas, 5.26%)

"Líder de campesinos"  
 "Porque también defendió las propiedades de los campesinos"

"Porque es del que me acuerdo" (1 persona, 2.63%)

A diferencia de Emiliano Zapata, donde su caracterización con caudillo campesino y con hombre de ideales predomina sobre otros, la figura de Francisco Villa ofrece más variantes. Similares porcentajes (15.79%) alcanzaron quienes lo conciben como luchador

por la patria (donde la palabra "lucha" tiene un sentido más bien metafórico), destacado luchador en el campo de batalla (aquí lucha se refiere a verdaderas peleas), hombre de ideales o principios, hombre del pueblo y para el pueblo y norteño (tal parece que el sobrenombre de Centaurio del Norte surtió el efecto esperado). Cinco personas (13.16%) ofrecen una respuesta tautológica: "lo elijo como principal, porque es el principal". Sólo dos personas (5.26%) lo relacionaron directamente con los campesinos, y una persona (2.63%) confesó: "Porque es del que me acuerdo".

#### FRANCISCO I. MADERO

De las treinta personas que lo eligieron, 4 (13.33%) no dieron los motivos. Las 26 restantes se agrupan de esta forma:

#### Por iniciar la Revolución (6 personas, 23.08%)

"Representa el inicio"  
 "Representa el momento inicial"  
 "Por ser el iniciador de la Revolución"  
 "Fue el primer valiente"  
 "Fue el que encabezó la Revolución Mexicana"  
 "Fue uno de los iniciadores"

#### Por presidente (6 personas, 23.08%)

"De los pocos presidentes que perseguía la superación de México"  
 "Porque quería la presidencia"  
 "Por ser el presidente"  
 "Presidente importante en ese periodo"  
 "Porque era candidato a la presidencia"  
 "Presidente"

Por oponerse al reeleccionismo (4 personas, 15.38%)

"Porque estaba en contra de que Porfirio Díaz fuera reelecto"  
 "Exigia el cumplimiento de la no reelección"  
 "Exigia el cumplimiento de la no reelección del Plan de San Luis"  
 "Fue uno de los principales opositores a la reelección de Porfirio Díaz"

Por ser de los principales (4 personas, 15.38%)

"Por ser de los más conocidos"  
 "Por ser el más nombrado"  
 "Porque es el principal"  
 "Principal personaje"

Diversos motivos (6 personas, 23.08%)

"Por dirigente"  
 "Defendió a los obreros"  
 "Está consciente de la situación terrateniente"  
 "Buscaba una mejora para el país, pero no de fondo"  
 "Por su misticismo"  
 "El oportunista que cosechó"

Para los entrevistados, Madero no es un hombre de ideales. Su nombre ha quedado identificado en igual porcentaje con el inicio de la Revolución y con su figura presidencial (aunque su estancia en la silla fuera más bien breve). Su oposición al reeleccionismo figura como el siguiente motivo (15.38%) empatado con una elección mecánica ("es uno de los principales"). El resto de las respuestas se diversifica: alguien sugiere que "defendió a los obreros"; otro apunta que "buscaba una mejora del país", pero de inmediato añade: "no de fondo"; hay quien lo esboza como "consciente de la situación terrateniente" (es significativo que no se mencionen las palabras "tierra" o "campesinos", de connotación más popular); alguien recuerda sus prácticas esotéricas y lo eligió "por su misticismo" y, finalmente, un entrevistado le confiere atributos negativos: "el oportunista que cosechó" (esta situación no se presentó ni en

Zapata ni en Villa). En resumen, la figura de Madero no se identifica con el pueblo de forma tan contundente como en los otros dos personajes.

#### VENUSTIANO CARRANZA

De las 22 personas que lo eligieron, 9 (40.91%) no dan motivos de su elección. Comparado con los anteriores 3 personajes, el porcentaje es francamente elevado. Las 13 respuestas se agrupan en:

##### Por jefe máximo (2 personas, 15.38%)

"Por su papel como jefe máximo, o primer jefe"  
 "Por ser el jefe supremo de las fuerzas constitucionales"

##### Por presidente (2 personas, 15.38%)

"Porque era candidato a la presidencia"  
 "Porque fue presidente"

##### Lo relacionan con la Constitución (2 personas, 15.38%)

"Por la Constitución"  
 "Por ser un constituyente"

##### Lo relacionan con política (2 personas, 15.38%)

"Por su capacidad política"  
 "Por su poder político"

##### Diversos motivos (5 personas, 38.46%)

"Evitó que Huerta usurpara"  
 "Persiguió causas aparentemente justas"  
 "Por oportunista"  
 "Por ser de los más famosos"  
 "Porque es del que me acuerdo"

Venustiano Carranza tampoco es considerado como un hombre de ideas. Los primeros cuatro grupos de respuestas tienen una

connotación de poder, ya sea como jefe máximo, presidente, ser identificado con la constitución o su capacidad política.

Las demás respuestas no se relacionan entre sí. Es significativo que en dos de las respuestas, una le confiera atributos negativos ("por oportunista") y otra ponga en duda su misión histórica ("persiguió causas aparentemente justas"). Tal parece que según desciende la fama de los personajes elegidos, su figura pierde identificación popular y comienza a ser cuestionada.

#### PORFIRIO DIAZ

De las 10 personas sólo 1 (10%) no ofrece explicaciones para su elección. Las 9 restantes consisten en:

##### Por presidente (4 personas, 44.44%)

"Porque fue presidente dictador"  
 "Por su cargo de presidente"  
 "Presidente de la Revolución Mexicana"  
 "Porque estaba en el poder"

##### Por su mal gobierno (3 personas, 33.33%)

"Porque era el mal gobierno"  
 "Porque fue el causante de todo"  
 "Por ser el principal responsable de la desigualdad económica"

##### "Por sus méritos" (2 personas, 22.22%)

"No todo lo que hizo fue negativo para la nación"  
 "Llevó al país a una economía alta"

Cerca de la mitad de las respuestas lo identifican con su papel de presidente o dictador y, como era de esperarse, la tercera parte abundó en los defectos de uno de los "malos" de nuestra historia. Hay, por último, 2 personas que tratan de ser menos parciales y buscar alguna virtud en tan "siniestro" personaje.

ALVARO OBREGON

De las seis personas que lo eligieron, 2 (33.33%) no especifican el motivo. Las otras 4 respondieron:

"Por su valentía"  
 "Fue uno de ellos"  
 "Lider de obreros"  
 "Por ser caudillo revolucionario"

No hay coincidencias entre las respuestas. Si bien los atributos de valiente y de caudillo revolucionario se asemejan, Obregón no es un personaje con identificación popular. Tal parece que quienes lo eligen no están muy seguros de las razones. Lo sienten ajeno y no es más que un nombre relacionado con la Revolución, cuyo papel no está del todo claro.

MIGUEL HIDALGO

De las 4 personas, 2 (50%) no ofrecen explicaciones y las otras lo eligieron por:

"Abolió la esclavitud"  
 "Por ser el más conocido"

HERMANOS FLORES MAGON

Las 3 respuestas ofrecidas coinciden:

"Hicieron el esfuerzo de sembrar la Revolución"  
 "Porque tenían ideas revolucionarias más fieles"  
 "Fortalecer el movimiento precursor a través del Partido Liberal"

Aunque pareciera que tres respuestas no son suficientes para sacar una conclusión, resalta que quienes los hayan seleccionado coinciden en sus razonamientos. La figura de los Flores Magón

ciertamente no es popular, pero al menos está sustentada en conocimientos precisos de su acción revolucionaria.

Cada uno de los demás personajes sólo fueron elegidos por un entrevistado, cuyas respuestas fueron:

Victoriano Huerta: "Contribuyó al cambio"

Aquiles Serdán: "Interpretó"

Gustavo A. Madero: "Revolucionario"

Hermanos Obregón: "Hombres con un valor inaudito y real"

Felipe Angeles: "Fue fiel a sus ideas"

Los Niños Héroes: "Porque defendieron el Castillo de Chapultepec"

Ignacio Zaragoza: "Fue un militar valeroso"

Benito Juárez: "Presidente"

Por último, para cuatro personajes no se ofrecieron mayores explicaciones:

Lázaro Cárdenas

Plutarco Elías Calles

José María Morelos

Vicente Guerrero

En este último bloque, podemos apreciar que no existe una idea clara de la acción o el pensamiento de los personajes elegidos, que hay confusiones (por ejemplo, al ubicar a los Niños Héroes o a Ignacio Zaragoza en la Revolución), o bien que existe una especie de discurso dogmático y sin fundamentos.

Hemos pasado así revista a una muestra, pequeña pero significativa, que nos acerca a la noción de personajes, en este caso, de la Revolución. Como se esperaba, existe una colección de cuatro, o a lo sumo cinco nombres, que se repiten constantemente y en quienes recae la responsabilidad de cuanto ocurrió en la Revolución. ¿Qué son los nombres de la historia?:

Son sólo nombres poderosos, los otros mueren. En los nombres, pues, se puede medir la capacidad de supervivencia [...] Pero ¿cómo sobrevive el nombre? La peculiar voracidad del nombre: el nombre es un canibal. Sus víctimas se preparan de distintas maneras. Hay nombres que tienen hambre. Hay nombres que obligan a sus portadores a devorar todo lo que cae bajo sus manos, nombres insaciables. Hay nombres que tienen temporadas de ayuno. Hay nombres que están en hibernación. Hay nombres que tienen que estar mucho tiempo escondidos para, de repente, salir a la luz con un hambre feroz, nombres altamente peligrosos. (8)

En una serie de encuestas publicadas bajo el título ¿Cómo somos los mexicanos? (9) se menciona que los personajes de la historia nacional más admirados son, en orden descendente, Benito Juárez (28.5% de los encuestados), Hidalgo (22.1%), Cárdenas (10.3%), Villa (7.6%), seguidos por Morelos, Zapata, Madero, Cuauhtémoc y Carranza, para los que no especifican el porcentaje. (10) Estos resultados coinciden casi exactamente con los de nuestra encuesta, con excepción del orden de Villa y Zapata (recuérdese que en ésta Zapata superó al primero). Esto no es sorprendente en lo absoluto, y no lo es porque todos los mexicanos han estado sujetos a diversos mecanismos, a través de la escuela

8 Elías Canetti, La provincia del hombre. Carnet de notas 1942-1972, Madrid, Taurus Ediciones, 1982, p. 187.

9 Alberto Hernández Medina y Luis Navarro Rodríguez (coordinadores), ¿Cómo somos los mexicanos?, México, Centro de Estudios Educativos, CREA, México, 1987.

10 Ibidem, p. 106.



tradicional y de la educación extraescolar, que han reforzado y hecho memorizar una decena de nombres.

Con las respuestas obtenidas, además de saber quiénes eran los favoritos, fue posible conocer si existe un discurso popular en torno a su figura. Así vimos como el nombre de Zapata se asocia con la cuestión agraria o con la noción de defensor de sus ideales, atributo que también confiere a Villa. Resalta el hecho de que en muy pocas respuestas se especifique cuáles eran sus ideales o que hacían para lograrlos. Difícilmente se les ubica cronológicamente, si bien hubo algunas respuestas donde a Zapata se le eligió por sureño y a Villa por norteño. De cualquier forma, se percibe una especie de simpatía hacia ambos y nadie les confiere atributos negativos. Con Madero la situación comienza a cambiar: no se le identifica como un hombre con ideales, sino como alguien importante en una época específica (como iniciador de la Revolución, como presidente o como opositor al reeleccionismo). No se percibe simpatía hacia su persona, sino una suerte de reconocimiento público por algunos de los papeles que desempeñó. Carranza no sale muy bien librado, pues se le identifica con el poder y por su capacidad de gobernar. Con Porfirio Díaz fue evidente la influencia de la historia maniquea, aunque hubo un mínimo afán por calificarlo a partir de otros atributos distintos a los ya conocidos. Los demás personajes, al parecer, fueron puestos sólo para llenar los espacios del cuestionario, aunque, por cierto, de las 195 posibles respuestas (3 para cada uno de los entrevistados), hubo 14 abstenciones.

(3) ¿Vive o ha muerto la Revolución Mexicana?

Como se mencionaba en páginas anteriores, esta pregunta arrojó resultados interesantes. Textualmente se planteó a los entrevistados lo siguiente: "¿Considera usted que la Revolución Mexicana ya ha terminado o continúa"? De las 65 personas, sólo 4 se abstuvieron de contestar. Las 61 restantes respondieron y, en la mayoría de los casos, argumentaron su opinión. Sus comentarios se agruparon así:

	No. de respuestas	% con respecto al total
Continúa	31	47.69%
Ya terminó	17	26.15%
Nunca existió	7	10.77%
Quedó interrumpida	4	6.16%
No se puede definir	2	3.07%
Abstenciones	4	6.16%
<u>Total</u>	<u>65</u>	<u>100.00%</u>

Como puede apreciarse, los entrevistados no se limitaron a las dos posibilidades que se les plantearon, sino que 13 de ellos (20%) dieron otras opciones. A continuación se ahondará más en cada uno de los tipos de respuestas.

La Revolución continúa

De las 31 respuestas que pertenecen a este grupo, 13 consistieron sólo en respuestas similares a las siguientes: "Continúa", "Aún continúa", "Yo creo que continúa", sin ofrecer mayores explicaciones. En cambio, 18 personas argumentaron sus juicios.

Para algunos la Revolución prosigue, aunque de una manera más sutil; por ejemplo:

"Aún continúa, bajita la mano"  
 "Sigue, pero es una revolución callada, hostil y sin valor"  
 "Aún continúa, pero muy calladamente"

Otras respuestas estuvieron relacionadas con la palabra "crisis", la cual indudablemente tiene fuertes connotaciones en el México actual:

"Terminó en armas pero continúa con toda nuestra crisis"  
 "¿Qué, ya terminó?, pero si la crisis continúa, ¿no?"

La palabra "revolución" fue identificada en algunos casos con el concepto de "cambios" --ya fuera económicos, políticos o sociales--; en vista de que hacen falta tales cambios, la Revolución continúa:

"Nunca terminó, porque todavía hay gente que quiere hacer cambios en forma de gobierno, económico y social".  
 "Aún continúa, por los cambios y reformas constantes"  
 "Dado que la Revolución implica 'cambios' y éstos aún no están presentes, considero que aún no ha terminado"

Para otros, la Revolución continúa porque aún no se han conseguido los objetivos que se proponían con este movimiento:

"Continuará toda la vida mientras el pueblo esté con problemas económicos"  
 "Mientras haya caciquismo y opresión continuará y en México hay ambas cosas"  
 "La Revolución continuará mientras existan las diferencias sociales"

Finalmente, hubo un grupo de respuestas muy significativas, pues los individuos retomaron el papel que les corresponde como protagonistas de la historia:

"Yo creo que continúa y que así debe ser porque no debemos quedarnos conformes y luchar por superarnos y cada vez mejorar el sistema gubernamental"

"Creo que no ha terminado, porque debemos luchar por obtener un gobierno mejor"

"Considero que todos y cada uno somos parte de esta revolución"

#### La Revolución ya terminó

De un total de 17 respuestas, en 10 se ofrecieron argumentos y 7 se limitaron a la expresión: "Ya terminó". Paradojicamente, la mayoría de quienes consideraron que este proceso histórico ha concluido apoyaron su respuesta en la idea de que hay inconformidad, crisis y se requieren cambios (razonamientos que coinciden con los del grupo anterior):

"Ya se terminó, porque todos estamos inconformes con el gobierno y no hacemos nada"

"No, ya se ha terminado, porque lo que hay son puras tonterías, el pueblo no hace nada ni por superarse, ni por su país, y al final el gobierno viene haciendo lo que se le da la gana"

"Sí, terminó, porque ya no hay el mismo interés de superación del mexicano"

"Considero que ya terminó, porque otra vez estamos inconformes"

"Sí, porque los mexicanos actuales no luchan por cambiar o superar los problemas políticos que tenemos"

"Yo considero que ya terminó, porque no se puede decir que entre 'los gobiernos revolucionarios' que hemos tenido sigan luchando por los primeros ideales"

"Ya terminó, porque la crisis sigue pesando"

"Yo creo que ya terminó, porque la Revolución significa cambio radical y aquí ya no hay"

Por último, 2 respuestas se basaron en argumentos distintos:

"Terminó y seguirá en otra etapa"

"Que ya concluyó como etapa histórica"

La Revolución nunca existió

La opinión de siete entrevistados fue drástica:

- "La Revolución no ha terminado pues ni siquiera existió"  
 "Yo considero que la Revolución no ha existido porque siempre se ha luchado por un país mejor en todos los aspectos"  
 "En realidad, nunca he sabido si ha comenzado o no"  
 "La Revolución no se ha dado"  
 "Ni siquiera empezó, fue una falacia casual"  
 "¿Es qué hubo?"  
 "Nunca empezó"  
 "Para mí, nunca ha existido tal Revolución, porque todo sigue siendo igual o hasta peor. No se consiguió nada. Quedó interrumpida. Con esta llamada revolución lo que sí se consiguió fueron muchos muertos"

La Revolución quedó interrumpida

La idea de algunos historiadores, en el sentido de que la Revolución fue interrumpida, fue retomada por cuatro entrevistados:

- "Quedó interrumpida"  
 El movimiento armado terminó y la Revolución quedó inconclusa, sin embargo esto ha sido muy aprovechado por las clases dominantes de nuestro país"  
 "Fue traicionada"  
 "Para mí, en un principio, sí hubo revolución (1910), pero después se negoció"

"No se puede definir"

Dos personas optaron por evadir la respuesta:

- "Para algunos ya se acabó, pero para otros todavía no"  
 "Diferencia de ideas"

Con esta pregunta se encadenó el pasado con el presente. La historia oficial puede bombardear a las personas con fechas, nombres o lugares, puede generar simpatías o aversiones hacia

ciertos personajes. Pero la creación de un discurso uniforme o dogmático, se complica si el presente está involucrado. Los entrevistados tuvieron que juzgar el "pasado" (la Revolución) a la luz de su presente (¿vive o ha muerto?). La inconformidad que se refleja en la mayoría de las respuestas comprueba cómo es peligroso que la gente piense históricamente.

(4) ¿Es importante estudiar la Revolución Mexicana?

Esta pregunta tuvo como propósito ahondar en el asunto de la utilidad de la historia, vista por sus consumidores potenciales. Se pidió a los entrevistados que contestaran afirmativa o negativamente, argumentando su opinión. En resumen los resultados fueron:

Si es importante	59	90.76%
No es importante	3	4.62%
Abstenciones	3	4.62%
<u>Total</u>		100.00%

Recordemos que al inicio de este capítulo, se hablaba de que México es uno de los países que más respeto tiene por su pasado, donde la historia es objeto de una especie de veneración. Nuestra muestra lo ha comprobado: 59 personas (90.76%) manifestaron su interés por estudiar la Revolución. ¿Qué llevó a un porcentaje tan elevado a contestar afirmativamente? A continuación se sintetizan los argumentos de los propios entrevistados:

Nuestra historia es importante porque es nuestra historia

Desde la infancia, el individuo comienza a ser adiestrado en la adoración de algunos héroes y en la memorización de fechas y lugares. ¿Por qué?, pues, "porque es nuestra historia", "porque somos mexicanos".

Esta aceptación pasiva del conocimiento histórico se reflejó en la mayoría de las respuestas, por ejemplo:

"Porque es bueno recordar"  
 "La historia debe rescatarse"  
 "Por ser parte de nuestra historia"  
 "Tiene que ver con nuestros antepasados"  
 "Es importante"  
 "Porque es la historia"  
 "Como mexicano, debo saber la historia de nuestro país"  
 "Porque es cultura general"  
 "Es necesario que conozcamos el pasado"  
 "Porque soy mexicano"

Lo importante de la historia son sus héroes

La veneración por la historia también se advirtió en otro tipo de respuestas, donde lo más importante del pasado son los héroes. He aquí algunos de los comentarios:

"Saber cómo eran los caudillos"  
 "Para valorar la vida de aquellos hombres que pelearon porque nuestras generaciones tuvieran mejores oportunidades"  
 "Para conocer a los personajes que participaron en ella"  
 "Así sabemos por qué lucharon los revolucionarios"

Para comprender el presente y planear el futuro

Sin embargo, hubo también respuestas donde se manifiesta la importancia de la historia para comprender el presente:

"Para darnos cuenta de las injusticias actuales"  
 "Es importante saber qué es nuestro país"

"Porque así nos damos cuenta de muchas cosas"  
 "Es parte de nuestros problemas actuales que no fueron totalmente  
 solucionados en aquel tiempo"

Y algunos no se quedaron en el presente, sino que concibieron  
 en la historia un instrumento para actuar en el futuro:

"Porque nos daría nuevas perspectivas"  
 "Para averiguar las causas de los problemas que se dan y resolver  
 los que se seguirán dando"

La noción de historia como medio de liberación se reflejó en  
 otro de los grupos:

"Por la libertad"  
 "Porque es la liberación de nuestro país"  
 "Porque da mayor libertad a los pobres"

Las causas de la reducida disidencia son divergentes, a saber:

"Porque no es importante conocer historia simplemente, tenemos que  
 entenderla"  
 "Porque todo es tan falso como ahora"  
 "Porque no me interesa saberlo"

Según lo que reflejan todas las opiniones anteriores, en  
 nuestro país hay un público ávido de conocer su historia, cuestio-  
 narla y sacar lecciones de ella. Seguramente los historiadores  
 están conscientes de esta situación, pero no está por demás  
 insistirles en el asunto.

##### (5) La transmisión de la historia

Esta pregunta, como se explicó antes, tenía como fin básico  
 hacer una mínima evaluación de los medios a través de los cuales



las personas han tenido contacto con la historia. Obviamente, nadie podría recordar en escasos minutos todas las lecturas, programas, pláticas, películas, etcétera, acerca de la Revolución. Sin embargo, hubo algunos datos que podrían ser útiles para planear nuevas formas de difundir la historia. Sólo 2 de los 65 entrevistados se abstuvieron de contestar. Quienes sí lo hicieron generalmente apuntaron diversos medios. Los resultados fueron:

Escuela: Todos los entrevistados cursaron o cursan escuelas oficiales; la mayoría seleccionó más de un nivel:

Primaria	35
Secundaria	38
Bachillerato	22
Universidad	4
Escuela técnica	4
No especificaron	4
<u>Total</u>	107 respuestas

Libros: Las referencias en muchos casos fueron vagas, los títulos aparecen tal y como los dieron los entrevistados (el autor se menciona sólo si constaba en la respuesta original). Al parecer la mayoría de los libros debieron ser lecturas obligadas en algún nivel educativo. Como se suponía, el tiempo y el espacio para responder fueron insuficientes y llevaron a confusiones, por ejemplo, en el entrevistado que dijo haberse enterado de la Revolución por medio de México a través de los siglos.

## Libros:

<u>Historia de México</u> (no especifican autor)	12
Enciclopedias (no especifican cuáles)	3
<u>Los de abajo</u> , Mariano Azuela	2
<u>Revolución Mexicana</u> (no especifican autor)	4
<u>La patria y el mexicano</u> (no especifican autor)	3
<u>Memorias de Pancho Villa</u> , Martín Luis Guzmán	2
<u>Historia mínima de México</u>	2
<u>La Revolución interrumpida</u> , Adolfo Gilly	2
<u>Historia de la Revolución Mexicana</u> , Silva Herzog	2
<u>México en su historia</u>	1
<u>La verdadera historia de la Revolución Mexicana</u> (no especifican autor)	1
<u>Dinámica de la vida social</u>	1
<u>Panorama histórico</u> , Martín Quirarte	1
<u>Biografía del poder</u>	1
<u>México negro</u>	1
<u>Historia gráfica de la Revolución</u>	1
<u>México a través de los siglos</u> [sic]	1
TOTAL	40

## Periódicos y revistas:

También en este caso las respuestas reflejaron presiones de tiempo y espacio. Sin embargo, es interesante ver cómo cualquier medio (aunque su línea básica de información sea deportes o nota roja) podría servir para comunicar la historia

<u>Impacto</u>	4
<u>Excelsior</u>	4
<u>Alarma</u>	2
<u>Siempre</u>	2
<u>El Imparcial</u> (en la Hemeroteca)	1
<u>El Universal</u>	1
<u>Proceso</u>	1
<u>Vaqueros</u> [?]	1
<u>Novedades</u>	1
<u>Ovaciones</u>	1
<u>Encuentro</u>	1

#### Radio y televisión

En estas respuestas se hace evidente un factor que los historiadores y los comunicadores de la historia debieran tomar más en cuenta: muchas personas ven la televisión como un medio de esparcimiento; así, si en la programación se le ofrece un programa de formato ligero (como una telenovela, por ejemplo) es más posible que se haga llegar el mensaje. A continuación se presentan los resultados obtenidos:

Películas documentales (no especifican cuáles)	7
"Biografías del poder"	7
"Senda de gloria"	5
Novelas históricas (no especifican cuáles)	3
"Contrapunto"	2
"El carruaje"	1
"La tormenta"	1

"México y su historia"	1
"Videocosmos"	1
"Documentales del canal 13"	1
"Una hora en la cultura", FM Globo	1

#### Cine

Cinco personas eligieron este medio, aunque nadie se refirió a alguna película en especial.

#### Otros

"Pláticas con personas que vivieron en esa época"	10
"Aniversario de la Revolución"	1
"Conferencias"	1
"Folletos de la SEF"	1
"Zapata y Villa como caudillos [?]"	1
"Asambleas"	1
"Visita a museos"	1

El rubro de "otros" ofreció valiosas referencias en el asunto de comunicar la historia. Resalta sobre todo la importancia de la comunicación interpersonal, ya sea por medio de la transmisión oral, los testimonios de los protagonistas, la asistencia a conferencias o asambleas y las visitas a museos.

Después de una breve evaluación de la situación de los historiadores y receptores en el México actual, hemos tenido un

acercamiento al discurso popular de la historia de la Revolución, sus convergencias o divergencias con el discurso oficial.

Las encuestas con los niños pusieron de manifiesto la memorización, las asociaciones fallidas, los lugares comunes, la falta de interés hacia la historia, la franca desventaja de los héroes de la historia frente a héroes deportivos de la actualidad. En fin, salvo algunas excepciones, salieron a la luz los resultados de la enseñanza tradicional de la historia que no ha podido sacudirse de la técnica que privilegia hechos y más hechos y evalúa la memorización de los mismos.

Entre jóvenes pudimos ver cómo algunas respuestas "obligadas" generan respuestas "obligadas" (aunque a veces la memoria es traicionera). Se perfilaron los héroes que generan auténtica identificación popular, y salieron los nombres de algunos otros que sólo son eso: nombres. Sin embargo, el héroe --por muy cercano que se le sienta-- está revestido de una carga ideológica que lo transforma en superhombre, en un ser "ideal" y lleno, por lo tanto, de "ideales". Hasta aquí, el discurso oficial impuso su presencia. Al plantear el asunto de la continuidad o no de la Revolución, los jóvenes empuñaron la pluma y juzgaron amargamente su presente: parecía que este grupo de personas no era el mismo que aceptaba pasivamente un movimiento iniciado en 1910 para terminar con las injusticias del porfiriismo. La mayoría aceptó su interés por conocer la historia de la Revolución, aunque abundaban los argumentos tautológicos ("me interesa porque es interesante"...). Finalmente, se hizo una somera revisión de los conductos a través de los cuales los entrevistados han tenido contacto con la

historia: aunque no sean todos los que están, y no están todos los que son, la lista puede ser útil para quien le interesa comunicar la historia. Y a propósito de esto último, en el siguiente capítulo se hablará de un medio específico de contacto con el pasado para entender el presente: los museos.

#### 4. La Revolución a través de un museo

En el capítulo anterior nos aproximamos a un pequeño grupo de consumidores de la historia, evaluamos una parte del discurso que manejan en torno a la Revolución Mexicana, que en algunas ocasiones coincide y en otras se aleja de la historia oficial, y nos enteramos --aunque sólo de manera superficial-- de los medios a través de los cuales han tenido contacto con la historia. En este capítulo conviene retomar dos puntos esenciales: el primero es el interés manifestado por la mayoría de los entrevistados hacia la historia; el segundo se refiere a que los medios de comunicación interpersonal constituyen un valioso canal para conocer y, más importante aún, reflexionar en torno a la misma.

La televisión, la prensa, el cine o la radio pueden emplearse para difundir historia. Sin lugar a dudas, ofrecen ventajas, pues permiten llevar mensajes simultáneamente a miles, y hasta millones de receptores; sin embargo, es casi imposible garantizar una respuesta efectiva, propiciar una reflexión en torno al pasado y al presente y no solamente una información, un simple vaciado de datos. Claro está que, con un cuidadoso manejo de la forma y el contenido, un programa televisivo, un libro o un reportaje periodístico pueden ser comunicadores efectivos. No obstante, la respuesta será difícil de evaluar. Por lo tanto, una estrategia efectiva de comunicación de la historia debe tomar en cuenta el apoyo que le brinden los medios de comunicación interpersonal, donde emisores y receptores estén frente a frente, y se fomente el

diálogo y la discusión. Entre estos se encuentran, ante todo, la escuela tradicional, medio clásico de comunicación interpersonal, así como la educación extraescolar; conferencias, mesas redondas, cine-debates, teatro y museos. De este último nos ocuparemos en las páginas siguientes.

Volvamos a nuestros entrevistados del capítulo anterior: sólo uno entre 65 dijo haber conocido la historia de la Revolución a través de un museo, lo cual no es de sorprender, pues el primero --y hasta ahora uno de los pocos dedicados a divulgar dicho proceso histórico-- apenas en noviembre pasado cumplió un año de existencia. Sin embargo, los propósitos para los que fue planeado, la forma en que se estructuró y los alentadores resultados obtenidos hasta ahora lo convierten en un interesante proyecto que vale la pena describir y comentar.

#### 4.1. Los museos: ¿bodegas sagradas o espacios de comunicación interpersonal?

Antes de hablar específicamente del Museo Nacional de la Revolución haremos algunas consideraciones en torno a este tipo de instituciones. Tal vez para muchos la idea de museo no ha cambiado mayor cosa desde que en el siglo XV el término se acuñó para designar "el lugar dedicado a las musas" (1), deidades que, según la mitología, habitaban en el Parnaso o en el Helicón, y protegían las ciencias y las artes liberales, especialmente la poesía. Ya en

1 Juan Corominas, Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, Madrid, Ed. Gredos, 3ª ed., p. 48.



el siglo XVIII el significado evolucionó para referirse al "lugar en que se guardan objetos notables, pertenecientes a las ciencias y artes, como pinturas, medallas, maquinas, armas, etcétera". (2)

Esta idea del museo como bodega de objetos notables, aunque actualmente esta en vías de extinción, se encontraba hasta hace poco hondamente arraigada. En el sentir popular, el museo arrojaba connotaciones de grandioso, estático, magnífico; santos sepulcros a donde uno asistía para admirar la hermosa vajilla donde hace más de un siglo depositara sus alimentos algún personaje cuyo nombre está escrito con letras de oro; el hermoso y crujiente manto que abrigara a una fragil dama decimonónica, la kilométrica mesa donde un grupo de hombres célebres ingiriera sus sagrados alimentos. Ya se tratara de un museo de historia, antropología o arte, la sensación de objetos petrificados e inexpressivos era difícil de evadir.

Por fortuna, estas concepciones comienzan a ser descartadas, en gran parte debido a la influencia de las ya no tan nuevas corrientes de la historia y sus formas de búsqueda, interpretación y difusión. La escuela positivista --donde lo importante era la relación precisa de hechos y más hechos-- encontraba una correspondencia idónea en museos que exhibían objetos y sólo objetos, ya fuesen coronas, armas, mesas o zapatos. La interpretación --si podía haber alguna-- quedaría como obligación única del espectador, quien debían esforzarse al máximo para reconocer que ese pasado podía ligarse con su presente, algo que en el peor y más común de los casos no lograba:

---

2 Martín Alonso, Enciclopedia del idioma, Madrid, Ed. Aguilar, v. 2, p. 2930.

Más que los historiadores, los museos han difundido la idea errónea de que la historia se refiere sólo a eventos pretéritos, a hechos alejados de los hombres actuales. Los museos tradicionalmente han buscado mostrar el desarrollo histórico a través de colecciones de objetos que se consideran "preciosos". (3)

Con el tiempo, la historia se ha humanizado, se ha tornado más social y, por ende, más comprometida. Conceptos como historia económica o política --o el adjetivo que se prefiera-- no han desaparecido, pero conviven con el de social, pues a fin de cuentas la historia la construyen los hombres y las mujeres que conforman una sociedad. Paulatinamente esto ha dado lugar a que se genere mayor conciencia entre los científicos sociales acerca de la necesidad de involucrar a sectores más amplios en la comprensión de la historia. Para ello ha sido menester buscar canales adecuados. No importa el número de personas a las que se haga llegar el mensaje. Ya hemos mencionado como en muchas ocasiones un auditorio masivo no es garantía de resultados efectivos. Tal vez el historiador o el científico social deba conformarse con algunos --ya que no todos-- los habitantes de un barrio o una comunidad. Los medios serán los que le dicte su imaginación, su entusiasmo y, aunque a veces duela reconocerlo, su presupuesto.

Y así, a propósito de presupuestos, volvemos a una de las formas tal vez más mal comprendidas de difusión de la historia: los museos, que lenta pero inexorablemente se sacuden la sacralización y veneración de que han sido objeto, para convertirse en auténticos espacios populares, con todo lo que el término popular implique. Y

---

3 Programa Nacional de Museos, México, INAH, 1986, p. 10.

es que un museo no tiene por qué ser un suntuoso palacio del siglo XVI o un moderno edificio del siglo XX. Cualquier espacio, una casa, un parque, una escuela, con un poco de ingenio, pueden ser transformados en museos. Tampoco es necesario que en él se exhiban piezas únicas, antigüedades de valor incalculable, documentos "incunables". La museografía actual debe buscar nuevas formas de expresión para generar una auténtica comunicación con los visitantes; debe tratar de atraer el interés de éstos a partir de lo que les es propio, tan propio como su presente a través del cual pueden llegar a su pasado.

En teoría, esta idea de los museos como un medio de sensibilizar a las personas para enfrentarse con la historia viva y no solamente con el pasado caduco ya había sido superada tiempo atrás. En un catálogo de 1923 se señalaba:

Entre los institutos que contribuyen, en forma elevada, a la cultura y educación de los grupos sociales, ocupan principalísimo lugar los museos, que son la historia viviente"; la voz de las generaciones que fueron, las que retratan la civilización y el carácter de las presentes y recogen cuidadosamente las reliquias de las venideras. (4)

Sin embargo, más de medio siglo después, se hacía evidente cómo los mayores consumidores de esa "historia viviente" eran turistas extranjeros o estudiantes que acudían por instrucciones superiores. El pueblo, en su inmensa mayoría, el que supuestamente se encontraba retratado en los museos, era el gran ausente.

4 José G. Montes de Oca, Los museos en la República Mexicana, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología e Historia y Etnografía, 1923, p. 3.

Para contrarrestar esta situación ha sido y es primordial despojar a los museos del carácter elitista con que se les califica y se les edifica. Esto se logra de múltiples formas, en las cuales deben participar por igual científicos sociales, museógrafos, pedagogos, comunicólogos, etcetera. En todas las etapas que conlleva la puesta en marcha de un museo --desde la elaboración de guiones científicos y museográficos, hasta el montaje y servicios educativos--, hay que tener presente la idea de que deben convertirse en espacios dinámicos, donde la gente acuda gustosa y, de alguna manera, pueda identificarse con su entorno, su producción cultural, lo que le es propio. Una vez motivado este entendimiento, es posible llegar hacia el pasado y el presente comunes, ya sea regional, local o nacional; es posible que la gente comparta la tradición cultural que los une y que debe conservarse por encima de cualquier imposición ajena.

El museo debe ser un "reproductor, conservador y captador amplio de la cultura [...] un comunicador a todos niveles [...] claro, entendible y divertido". (5) Estos objetivos debieran ser igualmente válidos para museos de historia, de arqueología, de antropología, artísticos o artesanales. Pueden ser concebidos como museos nacionales, regionales, locales, escolares, comunitarios, ambulantes, ecomuseos o exhibiciones temporales.

Lo importante será tener siempre presente que a través de ellos debe sensibilizarse a sus visitantes para que establezcan el vínculo entre su pasado y su presente, para que a partir del

5 Programa para el desarrollo de la función educativa de los museos del INAH, México, Departamento de Servicios Educativos, Museos Escolares y Comunitarios, INAH, 1984, p. 3.

acercamiento con lo que les es propio se genere un acercamiento con lo que falsamente consideran ajeno.

Por fortuna, existe ya un empeño por crear museos de este tipo o por revitalizar otros que constituían cuando mucho un atractivo turístico, con pocos o ningún nexo con la sociedad para la que legítimamente fueron creados. Uno de estos intentos se ejemplifica con el Museo Nacional de la Revolución.

#### 4.2. Del Palacio Legislativo al Museo Nacional de la Revolución

El proyecto de difundir el proceso revolucionario a través de museos tiene como antecedentes el Museo de la Lucha Obrera en Cananea de 1906 y el Museo Histórico de la Revolución en el Estado de Chihuahua. Es además un ejemplo importante pues posee dos características que, para los escépticos, pueden constituir barreras infranqueables para dar lugar a una expresión popular: ser un museo nacional y de historia. Interpretadas demasiado a la ligera, estas cualidades lo harían sinónimo de un espacio reproductor de ideología oficial, que sintetizaría un pasado estático y con una visión unívoca que minimizara las peculiaridades locales y/o regionales, en aras de una visión centralista e incontestable.

Localizado en el sótano del célebre Monumento a la Revolución, se le ha concebido como un ecomuseo, "un espacio o territorio que aplica métodos activos en museología, consagrados a las relaciones

que rigen al hombre, la naturaleza y el medio ambiente". (6) Coherentes con esta idea, quienes participaron en su planeación, construcción y puesta en marcha pretendieron integrarlo al medio ambiente que lo rodea, y, más importante aún, revitalizar este último a partir del museo.

Ya que en páginas anteriores hemos hablado tanto acerca de la historia, sería propicio hablar un poco acerca de la de este espacio. (7) Hacia fines del siglo pasado, en pleno auge de la etapa porfirista, y muy a tono con la ostentación y bonanza que por entonces algunos disfrutaban, se lanzó en 1897 una convocatoria para construir el Palacio Legislativo. Cerca de 50 afamados arquitectos, tanto mexicanos como extranjeros, decidieron probar suerte, presentaron sus proyectos al concurso y compitieron por ver sus suntuosos palacios hechos realidad. Al año siguiente se dieron a conocer los resultados: entre los triunfadores estaban el italiano Adamo Boari, el alemán P. J. Weber, el italiano Pietro Paolo Quaglia y el mexicano Antonio Rivas Mercado. Sin embargo, el primer lugar fue declarado desierto y, por lo tanto, ninguna de las obras finalistas sería construida. Sería hasta 1904 cuando, sin concurso de por medio, el proyecto se asignó al francés Emile Benard. Según los planos que presentó, el Palacio Legislativo, una vez concluido, sería una portentosa obra, con fastuosos interiores y un impresionante diseño. Durante los años siguientes se construyó la cimentación y la atagüa. En 1910, en el marco de las celebraciones del Centenario de la Independencia, don Porfirio

ó Ibidem, p. 13.

7 Cfr., "1910 en la memoria de México", Museo Nacional de la Revolución, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (editor), 20 de noviembre de 1986, p. 3.

colocaba la primera piedra de la magna estructura; en breve en nuestra ciudad se erigiría un suntuoso palacio. Sólo unos meses duró el gusto, pues el advenimiento de la Revolución hizo suspender las obras. Aunque durante el gobierno maderista se pretendió reiniciarlas, el esfuerzo era excesivo y, en 1911, el proyecto se suspendió indefinidamente. Sólo quedó terminada la estructura de hierro de la cúpula principal. Durante casi 30 años la inmensa mole de hierro permaneció en pie. Pasaba el tiempo y nada se hacía con ella; por cierto, poco faltó para que su acero fuese destinado a la construcción de carreteras.

Sin embargo, durante el régimen cardenista el arquitecto mexicano Carlos Obregón Santacilia propuso convertir la cúpula en el Monumento a la Revolución; el proyecto se aceptó y en 1938 se inauguraba aquél. Por su accidentada historia, representaba --sin metáfora alguna-- el triunfo de la Revolución sobre el porfirismo.

En 1940 el mismo Obregón esbozó los planos para construir en el sótano de este espacio un museo de la Revolución; su empeño no prosperó por el momento. Durante casi medio siglo este espacio se ha erigido para mantener vigente en la memoria de los mexicanos el proceso revolucionario, y también ha servido para depositar en su centro los restos de algunos de los caudillos de esa época. No obstante, la magnificencia de la piedra no bastaba para transmitir un mensaje, para hacer reflexionar en torno al significado de la Revolución. Hacía falta darle vida a este espacio, a su explanada. Esto se logró en 1986, a partir de la iniciativa del Departamento del Distrito Federal, y con la colaboración de la Secretaría de Educación Pública, y el Instituto de Investigaciones Dr. José María

Luis Mora, encargado general del proyecto. Nació así el Museo Nacional de la Revolución.

Como primera fase, el 20 de noviembre de 1986 se inauguró la exposición temporal "1910 en la memoria de México". Tras evaluar cuál era el mensaje que se pretendía comunicar, se procedió a las fases de investigación y estructuración museográficas. El guión científico, traducido después a guión museográfico, abordaba las causas políticas, sociales y económicas que dieron lugar a la Revolución, hacía ver cómo era el país y sus habitantes que en 1910 se lanzaron a la lucha.

La museografía se alejaba de lo tradicional al no recurrir a la fetichización de los objetos: frente a las piezas originales o a los objetos de colección, se dio preferencia a otras formas de expresión que llevaran al visitante por un recorrido que le mostrara las causas objetivas del proceso revolucionario. Comenzaba por un retrato de la sociedad y los diferentes sectores que la componían; la vida económica reflejada en el comercio, la industria, el transporte, la banca, las haciendas. A través de cédulas redactadas en un lenguaje claro se explicaba que el gran auge y prestigio de que gozaba el país durante el porfiriato no se distribuía equitativamente. Se exponía también la agitación política y luego, como epílogo, el contraste de las ostentosas fiestas del Centenario frente a la irrupción de un pueblo postergado y reprimido. Se recurrió a maquetas, dioramas, escenografías, películas y ambientación sonora.

Como elemento fundamental de la museografía, se integraron objetos de uso cotidiano para propiciar la identificación del



visitante con sus propias experiencias de vida, para encauzar la relación fundamental del pasado y el presente.

Con el fin de hacer más comprensible el mensaje del museo, se capacitó a guías que auxiliaran al visitante en su recorrido, para aclarar sus dudas, recoger sus comentarios y ampliar la información de un modo directo. Asimismo, para hacer sentir al público que el museo es parte de su patrimonio cultural, se diseñó una publicación --con el formato de los periódicos de principios de siglo-- que contenía el guión científico, la cual formaba parte de una de las escenas y que el visitante podía llevar consigo. (8)

La experiencia obtenida con esta exposición temporal resultó muy valiosa para seguir adelante con el proyecto y, en mayo de 1987, se inauguró la exhibición definitiva del Museo Nacional de la Revolución. Es interesante describir la forma en que se estructuró el respectivo guión científico.

La historia oficial ha insistido en identificar a 1910 como el año en que se inicia la Revolución; efectivamente, el inicio de la lucha armada tiene lugar hacia fines de ese año. No obstante, los antecedentes de inconformidad y movilización popular arrancan desde antes. De hecho, muchos historiadores consideran a las huelgas de Cananea y Río Blanco y, todavía más atrás, a la formación de los clubes liberales, como antecedentes fundamentales de la lucha. Sin embargo, para comprender la situación del país hacia fines del porfiriato --que dieron lugar a huelgas o a movilizaciones políticas--, se consideró necesario llevar la mirada aún más atrás, concretamente hasta 1867, cuando Benito Juárez reafirmó la

---

8 Ibidem.

soberanía de la República triunfante ante el proyecto monarquista apoyado por grupos conservadores, con lo cual cobrarían fuerza los principios liberales de llevar a México hacia la estabilidad política y el desarrollo económico. En este contexto, Porfirio Díaz llegó a la presidencia y hacia los últimos meses de su primer periodo se pusieron de manifiesto sus aptitudes de buen gobernante, lo cual se tradujo para él en respeto y nuevos partidarios. Entre 1880 y 1884, Manuel González ocupó la silla presidencial y sería sucedido por Porfirio Díaz quien, esta vez, llegaría para quedarse. El viraje que se daría con el otrora héroe legendario para convertirse en el dictador es ya de muchos conocido. En fin, las causas que propiciaron el movimiento revolucionario quedarían mejor comprendidas si se optaba por un enfoque más amplio de nuestra historia.

Así pues, el museo se dividió en las siguientes etapas: "De la República triunfante al ocaso de la dictadura, 1867-1906", "En defensa de la libertad y la democracia, 1906-1913" y "La lucha popular, 1913-1917".

El nuevo enfoque que se pretendía dar a la Revolución requería de otro discurso, que rompiera con las concepciones y periodizaciones tradicionales. Por ejemplo, si bien se ha insistido que en 1910 se dio un movimiento popular cuyo objetivo inmediato era derrocar a don Porfirio, esto no es del todo cierto, pues la lucha se presentó sólo en regiones focalizadas y no involucró amplios sectores de la población. Sin embargo, tras el trágico desenlace de Madero y Pino Suárez, y las maniobras pseudolegales de que se valió Victoriano Huerta para ascender a la presidencia, hacia 1913 sí se

obtuvo una lucha generalizada para derrocar al nuevo dictador y exigir el cumplimiento de las demandas hasta entonces insatisfechas. La Revolución adquirió un carácter popular. Resta decir que si bien la tercera etapa concluye en el año de 1917 --que para la historia oficial marca una cómoda y falsa culminación del movimiento revolucionario--, en el museo se insiste en que la vuelta al orden constitucional era sólo una base --firme, pero insuficiente por sí sola-- para llevar al país adelante en la búsqueda de los propósitos de una lucha que aún seguiría.

Una de las ideas conductoras de los guiones científico y museográfico es mostrar al visitante cual fue el papel del pueblo en ese proceso: ¿cómo era la gente, qué hacía, de qué vivía, cómo se alimentaba, en qué trabajaba, cómo se instruía, cómo se divertía, etcétera? Mostrar esto no puede limitarse a la exhibición de reliquias o de objetos personales auténticos de los "héroes"; es necesario ampliar las posibilidades de este discurso, a través de dioramas, maquetas, audiovisuales, fotomurales.

Claro está que algunos visitantes, acostumbrados a esta idea caduca de museos, se irritan ante la falta de objetos auténticos de la época (como si contemplar en una vitrina el sombrero de Zapata pudiera acercarnos a los motivos que llevaron a él y a sus hombres a la lucha!). Sin embargo, esta irritación en parte carece de fundamento, pues, en muchas de las escenas, si hay objetos auténticos en exhibición, aunque la idea museográfica no es colocarlos en una vitrina, protegidos con cristales, sino que se les contextualiza, se les devuelve significación. Por ejemplo, se obtuvo una caja de música de cuyo cilindro brotan las notas del

himno nacional, que fue utilizada durante la firma de la bandera en la Convención de Aguascalientes. Los visitantes pueden verla y tocarla (tocarla en el sentido de girarla y escuchar su melodía), teniendo como fondo fotografías y reproducciones de periódicos de la época. Otro ejemplo: se exhibe una importante colección de rifles y municiones, colocados en una escena que representa un tren militar que, si bien fue armado con materiales "actuales", reproduce hasta en el último detalle el contenido de aquéllos. Estas concepciones museográficas, tal vez por novedosas, no siempre son bien interpretadas; como caso concreto, un visitante, al comentar las escenas que están acompañadas de material sonoro y visual, preguntó irónicamente si en la Revolución existían televisores Sony y cassettes Viditron.

El guión científico de la exhibición permanente fue publicado como libro de divulgación, ...y nos fuimos a la Revolución (9), obra profusamente ilustrada y con un diseño atractivo, que facilita su lectura y comprensión.

Dentro de las instalaciones del museo se destinó un espacio para exhibiciones temporales, de las cuales a la fecha se han montado tres:

- 1) "Del Palacio Legislativo al Museo de la Revolución". Mostraba la accidentada historia del sitio, desde que a fines del siglo pasado se expidió la convocatoria para construir el Palacio Legislativo; las peripecias para que fuese iniciada la

9 Eugenia Meyer, et. al., ...y nos fuimos a la Revolución, México, Museo Nacional de la Revolución / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/DDF, 1987, p. 17.

obra varios años después; la suspensión del proyecto por el advenimiento de la lucha revolucionaria; los largos años que la estructura de hierro permaneció intacta y cómo se decidió transformarla en el Monumento a la Revolución y, por último, el nacimiento del Museo Nacional de la Revolución.

2) "Primero de Mayo. Día del Trabajo". Abordaba el desarrollo del movimiento obrero en nuestro país, desde fines del siglo pasado hasta el presente, por medio de fotografías, grabados, periódicos y testimonios de historia oral.

3) "La Revolución en la ciudad de México". Su objetivo fue reflejar los impactos del movimiento revolucionario en la capital y sus habitantes, con énfasis en aspectos tales como el cambio en la vida cotidiana y cultural.

Al término de su recorrido todos los visitantes son invitados a externar su opinión por escrito. De esta forma se han recopilado miles de comentarios, que permiten evaluar constantemente las respuestas en la gente. Como decíamos al principio de este capítulo, los museos pertenecen al ámbito de los medios de comunicación interpersonal, donde emisores y receptores pueden establecer contacto.

#### 4.3. Los visitantes, ¿quién más?, juzgan su museo

Las opiniones de estudiantes, maestros, obreros, amas de casa, padres de familia, turistas, especialistas, etcétera, permiten seguir adelante con el proyecto y evaluar constantemente los cambios que hacen falta, y dan una idea de las reacciones de la gente cuando se enfrenta con la historia, una historia que no sólo se lee, sino que se ve, se siente, se escucha y se toca. La revisión y catalogación de los Libros de Visitantes (10), que abarcan de noviembre de 1986 a noviembre de 1987, arrojan interesantes resultados pues permiten conocer opiniones espontáneas de la gente respecto a diversos temas.

Cada visitante tenía frente a sí una hoja en blanco en la que debía dejar plasmadas sus ideas sobre el museo en particular, la historia en general, la Revolución Mexicana, los recuerdos que le vinieran a raíz de su visita, el México contemporáneo y muchos temas más. Si bien hubo personas que se limitaron a poner frases como: "Recuerdo de mi visita a este museo", otras se extendieron en sus comentarios. A continuación se presenta una muestra de los mismos; al transcribir las opiniones se corrigieron faltas ortográficas y en algunos casos se añadieron o suprimieron signos de puntuación para facilitar su lectura. Cuando las firmas de los visitantes eran ilegibles se anotaron las siglas f.i. (firma ilegible). Hubo quienes, además de proporcionar su nombre, anotaron su profesión, escuela o lugar de origen; estos datos se hicieron constar. Hubo escasos comentarios sin firma; se especifican como

10 Libros de firmas de visitantes que se conservan en el Museo Nacional de la Revolución.

anónimos. A fin de facilitar su interpretación, se han agrupado según el tema al que se refieren.

#### La relación pasado-presente

Se insiste en que la historia es indispensable para comprender el presente; por lo tanto, un eficaz proyecto de difusión de la historia debería lograr un acercamiento del pasado con el presente y el futuro. En el museo esto se ha conseguido, según se advierte en los siguientes comentarios, que provienen de estudiantes, maestros, padres de familia y algunos anónimos:

"Hay veces en que el pasado se ve tan lejos, pero estando aquí se ve tan cerca" (Estudiantes del IPN).

"Me es muy importante vivir en carne propia los personajes de nuestra historia, y darme cuenta de los cambios en los últimos años para comprender el presente" (Luis Jaime Cervantes).

"Conociendo el pasado, actuando en el presente con visión al futuro podremos avanzar hacia el siglo XXI. Estamos a sólo 14 años del cambio de siglo [...]" (Eduardo Roldán).

"La historia de los pasados es para ejemplo de los presentes" (f.i.).

"Realmente este museo es sensacional [...] el pueblo debe vivirlo, pues se encuentra uno con el pasado reciente de

nuestro país. La clave del presente está en el pasado"  
(Antonio Reyes).

"Cuando uno visita un sitio como éste, se da cuenta de que la historia nace nuevamente" (f.i.).

"¡Hola historia! ¡Hola futuro!" (f.i.)

"Es un esfuerzo que ayudará al pueblo de México a reconocer su pasado y tomar conciencia de su futuro" (Alvaro Lechuga).

"Felicitaciones de parte de algunos hondureños que están de acuerdo con ustedes que la única llave para el progreso es unificando pasado y presente" (Familia Bardales Gómez).

"La historia vivida por el pueblo de México nos hace pensar en la vida actual para hacerla vivir mejor" (Anónimo).

"Estoy orgullosa de vivir de nuevo el pasado. ¡Gracias!"  
(Lourdes Jiménez, profesora de educación primaria).

#### Relación con la cultura

Para algunos visitantes la historia está estrechamente ligada con la cultura. Este concepto, como sabemos, puede ser muy amplio o muy específico. Así, algunos visitantes proponen una idea generalizadora de cultura, en tanto que para otros la "cultura" permite ser "culto", en el sentido de poseer muchos conocimientos:



"El museo me parece una puerta abierta a la cultura" (Norma Alicia Gómez, CONALEP).

"Cultura + Historia = Museos" (f.i.)

"Me parece una estupenda idea darle un uso cultural al Monumento de la Revolución" (Josefina Silva).

"Gracias por este museo. La Revolución debe ser también cultura" (f.i.)

"Considero que el Museo de la Revolución es una gran ayuda para todas las personas cultas, porque es bonito saber nuestro pasado histórico" (Varias f.i., CONALEP, Iztapaluca).

"Fue un verdadero viaje por la cultura" (Alfredo Henestrosa).

#### Opiniones favorables del Museo como elemento didáctico

Este tipo de opiniones fueron de las más abundantes entre todas las recopiladas. Se han seleccionado las que, a nuestro juicio, son más significativas y podrían servir como punto de partida para futuros proyectos de difusión similares:

"Estuve aquí con mi queridísimo hijo Angel y tanto él como yo aprendimos del pasado, es como hacer un viaje en el túnel del

tiempo y disfrutamos en nuestro "espacio mente" aventuras con algunos personajes que nos han antecedido" (Arturo de Anda).

"Desde el punto de vista pedagógico pensamos que es un material de información para los jóvenes estudiantes y el público en general, ya que con éste enfocamos nuestros pensamientos en aquellos remotos tiempos, haciendo conciencia de la importancia de nuestra historia (Alumnas de la Escuela Nacional de Maestros).

"Esta visita fue de gran ayuda para aprender más de lo que es la historia de México, y de gran ayuda en cualquier estudio referente a la Revolución. Ojalá siga creciendo para la ayuda de otros estudiantes que como yo nos hace mucha falta y es de gran ayuda" (Araceli Pardo).

"Me gustó mucho, sobre todo las películas que pasaron de la Revolución, espero que siga así esto, porque aparte de ser educativo sirve también de entretenimiento" (Fresia Aguilar, 11 años, Morelia, Mich.).

"¡Qué bueno que lo hicieron, porque hacía falta algo así!" (Olga P. de Burke).

"Me parece que renueva el concepto de un museo [...] más que un museo me parece todo un acontecimiento, una máquina del tiempo" (Enrique Castillo).

"Ojalá y siempre exista alguien que nos recuerde la fabulosa historia de México y la traduzca en este tipo de obras" (Juan M. Aquino).

"Gracias por ayudarme a enseñarle a mi hijo Ezequiel la grandeza de mi Patria" (Eugenia Rojas).

"Querido museo: muchas gracias por ser tan chiquito y así ya no camino tanto y no me aburro. Así lo disfruto mejor y mis pies no se enojan conmigo. Gracias por brindarnos periódico [se refiere a la publicación de distribución gratuita] en vez del boleto, pues el boleto lo tenemos que pagar" (Graciela González).

"¡Vaya! Ya están empezando a hacer 'bonitos' museos: muy didáctico, simple, sin atiborrarnos de información. ¡Hasta que nos está haciendo justicia la Revolución" (Mabel Vaca).

"Aprendí más en un día en este museo, que en un año en la escuela" (R. Ruesga R.).

"Es como si hubiese regresado en una máquina del tiempo a la historia" (f.i.).

"Fue muy grato estar en el museo y pienso que deberían hacer otro museo parecido a éste. pero de la Independencia" (f.i.).

"Es bien emocionante llegar a un museo en el cual la historia (nuestras raíces) no sólo se contempla, sino que se siente" (Carlos Varela, Acapulco, Gro.).

"Me pareció muy interesante, ya que las presentaciones son acompañadas de videos y voces grabadas que nos transportan a una reconstrucción efectiva de la historia de México" (f.i.).

#### Comentarios sobre los museos en general

Algunos visitantes se refirieron a los museos en general como un medio de difundir, sentir y reflexionar la historia:

"Siempre es mejor para educar a un pueblo la visita a los museos y si éste está pequeño y bien diseñado tendrá buen acogimiento para la gente que gusta de la historia" (f.i.).

"Lleven el museo al barrio, sacando a la historia de los palacios, de lo solemne, de lo muerto, la historia como la historia de vida de un pueblo" (anónimo).

"Qué bueno que hay museos, ya que la gente que quiere aprender y saber sobre sus antepasados y en general de cultura general, pueden visitar estos lugares, que realmente instruyen y nos ilustran a todos" (f.i.).

"Así como se construyó este museo se deberían construir muchos; no sólo de la Revolución sino también de todo lo que eduque a los niños mexicanos" (Hector Cortés Rojas).

"En los museos siempre se ve lo mismo. ¡Qué bueno que en este hubo una modificación" (f.i.).

#### Juicios sobre la Revolución

Un numeroso grupo de comentarios se refirió a la Revolución como hecho histórico: positivo, inconcluso, traicionado, fundamental, necesario, etcétera:

"Recordar es vivir y alentar, porque la Revolución no ha terminado" (f.i.).

"Ojalá se le dé más difusión a la verdadera revolución con todos sus defectos y virtudes. Gracias por abrir estos lugares" (Berta Villalba).

"Todos los mexicanos deben saber un pasado histórico valioso, sangriento y doloroso, pues queda en todos nosotros nuestra vocación irrenunciable de seguir adelante con la Revolución Mexicana, para obtener las metas todavía inconclusas y encontrar el camino que muchas veces se ha desviado" (f.i.).

"Creo que la Revolución aún no ha triunfado" (Laura Carballo).

"Esta es una mejor forma para festejar el aniversario de la Revolución" (Norma Fuentes, IPN, ESCA).

"La Revolución es un cambio, espero que esto sirva para un cambio educacional de nuestro pueblo" (Profra. María Sánchez).

#### La historia y el nacionalismo

La historia (o algo que se le parece) funciona también como un medio de exaltación del nacionalismo. Al parecer algunos de los visitantes no han salido indemnes después de haber escuchado varios discursos políticos:

"Viendo estos recuerdos revolucionarios se siente el espíritu revolucionario del verdadero mexicano que hay dentro de cada uno de nosotros" (f.i.)

"Me siento aún más renacida en un nacionalismo. Orgullosamente mexicana" (f.i.)

"Sin más palabras... ¡NACI MEXICANO!" (f.i.).

"Una misión importante es descubrir nuestra identidad; ser mexicano, para nosotros, es motivo de profundo orgullo, de emoción que enaltece hasta el alma, es vibrar de una ilusión, es amar la patria con honor, dar la vida por ella, y morir en ella glorifica mi espíritu. ¡Gracias, Dios mío, por darme Patria!" (f.i.)

"Adelante, pueblo mexicano. Tú eres grande entre los grandes!"  
(J. Mendoza).

"Estampo mi devoción, convicción y solidaridad al servicio de mi patria, a nombre de mis hijos y de mi esposa" (f.i.).

"Esta magna obra hace que el verdadero mexicano se sienta orgulloso de su patria, y con el corazón henchido de amor patrio grite a voz en cuello: "¡VIVA MÉXICO!" (René Monroy).

#### Tributo a los héroes

Después de tanta insistencia de la historia oficial en el valioso papel desempeñado por los héroes en la historia, es difícil desprenderse de tal idea. Así, aunque en el Museo no se les asignó un lugar sobresaliente, algunos visitantes les rinden tributo:

"¡Viva Villa, viva Zapata, Obregón, Carranza, que realmente hicieron una revolucioncita, pero que se disipó en todo el mundo! ¡Viva México! (f.i.).

"Agradecemos a nuestro país por darnos la oportunidad de conocer la realidad de la Revolución Mexicana, con nuestros héroes: Villa, Zapata, Victoriano Huerta [sic] y todos los mexicanos de corazón que dieron su alma y vida para lograr un mejor país y seguir adelante" (alumnos del CECYT # 8).

"Es para mí un momento sumamente grande en virtud de que comienzo a pensar lo grande que fueron los próceres de la Revolución" (f.i.).

"Que el sacrificio de nuestros héroes sirva de ejemplo para una mejor sociedad para los mexicanos" (f.i.).

"Gracias, Zapata, gracias, Francisco Villa, pero no despierten, porque se mueren otra vez" (J.R.).

Existen, no obstante, opiniones que rinden tributo a todos los mexicanos y no a unos cuantos:

"Espero que todos los mexicanos que murieron y siguen muriendo tengan un reconocimiento digno, como éste" (Jesús Muñoz).

#### Los museos, la crisis y el progreso

Algunas personas prefirieron externar sus opiniones en torno al presente, la agobiante crisis y las posibilidades de progreso:

"Es increíble que aún tengamos museos en los que no se cobra ¿Será esto un resultado de la Revolución" (f.i.).

"Observamos situaciones del periodo revolucionario, que aún se encuentran presentes en nuestro tiempo actual, como es la devaluación de nuestra moneda y la intervención extranjera. Dios intervenga por nuestros hijos para dar fin a esta triste revolución imperene" (Franco y Gaby).



"Ojalá México no se hunda más" (f.i.)

#### Nostalgia por el pasado

"Todo tiempo pasado fue mejor", parecen decir los siguientes comentarios:

"En cada ocasión que vengo a este museo me remonto al pasado, la nostalgia de nuestra historia es un ayer que a pesar de todo es mejor que la de ahora" (Martha García).

"Es interesante mirar hacia el pasado, nos llena el corazón de nostalgia" (f.i.)

#### La historia como algo cercano

Para algunas personas la historia parece remontarlos a sus propias experiencias o a las de sus antepasados:

"En este museo recuerdo a mis padres, pues ellos me contaban mucho de nuestra Revolución" (f.i.).

"De niño yo conocí la vida dura del campesino; sus casas de adobe, sus cocinas con fogón de leña, sus pisos de tierra y la escasa comida que podían arrancarle a la tierra si las lluvias eran buenas [...]" (Oscar Avila).

"Yo tengo la dicha de tener a mi madre que me contó todo esto"  
(Gloria Galicia, Los Angeles, Calif.)

"Para mí ver este museo es recordar los tiempos pasados. Tengo  
86 años, por eso recuerdo tiempos pasados" (Jesús Araiza).

"Verdaderamente ¡espectacular! está este museo, ya que nos  
hace recordar los tiempos de mi abuelito. A mí me hubiera  
gustado ser revolucionario. Y espero que la Revolución  
realmente continúe y que los políticos no nos salgan con  
demagogias. Porque si no yo inicio la siguiente Revolución.  
Que quede advertido" (f.i.).

#### Necesidad de crear museos regionales

Una valiosa sugerencia fue la de algunos visitantes en torno a  
la creación de museos regionales:

"Ojalá que como hacen museos en la capital destinen algo de lo  
mucho hacia la provincia, específicamente al norte que es  
donde siempre se han gestado las cosas que han hecho cambiar  
el destino del país" (Pedro Villalobos, San Pedro, Coah.).

"El museo es una gran joya para los mexicanos, pero en las  
provincias hay muchos vestigios de la Revolución. Ojalá esto  
sirva de ejemplo para que las provincias hagamos unos museos  
revolucionarios" (Silvia Herrera).

Por supuesto, la crítica

Nadie creería que sólo hubo elogios para el Museo; habría resultado demasiado sospechoso. A continuación se transcriben algunas opiniones negativas que, a grandes rasgos, pertenecen a los siguientes grupos:

Rechazo a los nuevos conceptos en museografía

"Esto no sirve. Deberían traer las reliquias y ponerlas aquí. Así no se siente nada" (Luis Farías).

"Este museo es horrible, oficialista, neoburgués, reaccionario, mal museografiado, pocos objetos representativos o simbólicos, etc." (Bruno Figueroa).

"Creo que faltan piezas auténticas, detalles personales que hayan pertenecido a nuestros héroes" (f.i.).

Rechazo a priori de cualquier intento para difundir la historia, al calificarla como una versión oficialista y demagógica

"Es una lastima que este museo no enseñe con la verdad lo que fue la gesta revolucionaria...escatimaron en todo" (un ciudadano común).

"Me parece que la idea de este museo es buena, aunque no se dice la verdad, porque al gobierno no le conviene que la gente se entere de nuestro pasado" (María Guerrero).

Se considera que difundir la historia es un gasto inútil:

"Muchas felicidades, pero no gasten el dinero a lo tonto, mejor denlo a los campesinos, que lo necesitan más para la alimentación del pueblo" (f.i.).

"¿Cómo es posible que en un momento de crisis se haga un gasto de esta naturaleza teniendo al pueblo en hambre y con ansias de justicia?" (A.P.L.)

Los museos y el sentido del humor:

Durante mucho tiempo hemos sacralizado a la historia, la hemos hecho objeto de veneración, se le acepta pasivamente. Tal vez por esto cualquier respuesta diferente debería ser bienvenida, aunque su motivación sea la broma, el sentido del humor, expresados muchas veces por medio del lenguaje coloquial. Hemos seleccionado algunos comentarios que, si se les analiza con cierta cautela, tienen el mérito de propiciar el acercamiento del individuo con la historia, de hacerle ver que ésta no es algo distante o sagrado. Habrá, no obstante, quien piense que se trata de una "falta de respeto"; pero creemos que la historia debiera servir para reflexionarse, no para respetarse:

"Una felicitación a toda la banda que hizo este museo porque esta muy chipoclado" (Paul).

"Tuvieron el honor de venir a checar el museo cómo había quedado" (varias f.i.).

"Bello museo, aunque se me ninguna" (Porfirio Díaz).

"Este museo es a todo dar y me gusta porque enseña a mucha gente" (Juan Camaney).

"¡Keremos rock! Los museos son una lavada de chayote y más éste" (Atentamente, La Banda).

"Gracias al público que me apoyado siempre para la realización de la Revolución Mexicana" (Pancho el Grande).

"Muy bien está ejemplificada la historia, pero yo les recomendaría que también pusieran la historia de la Segunda Guerra Mundial" (un nazi).

"Está bien chido, i arriba Victoriano Huerta y Porfirio Díaz" (Capitán Misterio, amo de los escombros color púrpura).

"Chido Guan, el museito" (Voca 5).

"Viva Pancho Villa y yo" (Salvador A.B.)

"Venimos al museo porque terminamos con nuestros novios y hemos venido a desahogarnos. Cuando tengan un problema vengan a este museo. Se distraen un poco".

Este viaje a través del museo pretendió describir un intento de acercamiento con la historia, perfeccionable pero sin duda susceptible de ser imitado. Como pudimos ver, algunos visitantes externaron su deseo de contar con espacios similares en diversas regiones del país y que se refieren a otros procesos. Otros manifestaron su entusiasmo ante esta nueva forma de aprender y de sentir la historia. Otros opinaron libremente sobre la historia, los museos y la Revolución en general. Por último, hubo quienes --amparados tal vez en el anonimato-- sacudieron el manto sagrado de la historia y se atrevieron a bromear a costa suya. En fin, se obtuvieron muchas respuestas cuya lectura y análisis permiten seguir adelante y corregir a tiempo el camino.

Es precisamente este diálogo, entre emisores y receptores, una de las ventajas de la comunicación interpersonal. Existen, sin duda, muchas formas de difundir la historia; algunas inclusive garantizan una cantidad mayor de receptores. Sin embargo, con la que hemos descrito --y, por supuesto, con todas las que se inscriban en la modalidad de comunicación interpersonal-- es fácil conocer la respuesta de los receptores; en la medida en que aquélla se tome en cuenta y se analice, éstos se convierten en factores activos en el proceso de comunicar la historia, que así avanza hacia el camino de la historia popular, concepto que analizaremos en el siguiente capítulo.

## 5. Hacia la historia popular

Imaginemos por un momento un individuo aquejado de amnesia repentina, que vaga por las calles sin saber quién es, de dónde viene, a dónde va. Pretendamos ahora trasladar esta situación a un país que, repentinamente, se viese aquejado de amnesia y no supiera quién es, de dónde viene y a dónde va. Algo similar sucedería en el utópico caso de que un país se quedara sin historia o sólo con aquella que ha sido "inventada" para su consumo. ¿Pero de verdad es algo utópico?

Según hemos visto en los capítulos anteriores, la historia ocupa aún un lugar privilegiado, tanto individual como colectivamente; en efecto, en las encuestas del capítulo 3, por ejemplo, comprobamos como pocas personas se atrevieron a poner en tela de juicio la importancia de estudiar la historia. Sin embargo, el simple interés no es suficiente para garantizar que la historia cumpla sus objetivos y existen algunos factores que, de no corregirse a tiempo, podrían derivar en el caótico caso de que la historia desapareciera --al menos de nuestra conciencia-- por completo. No faltará quien tache estas líneas de pesimistas a ultranza, de negativas sin razón, etc. A quienes así piensen, los invitamos a convivir con algunas de las nuevas o incluso las ya no tan nuevas generaciones. Fascinados ante valores culturales ajenos que se adueñan cada vez más de los espacios cotidianos, los niños y los jóvenes se alejan paulatinamente de la herencia cultural que les es propia. Para muchos niños en edad escolar la historia de

México se convierte en una nebulosa cada vez más aislada y lejana. Sus nuevos héroes son otros; países que carecen de auténticos héroes se han encargado de fabricar otros y lanzarlos a los cuatro vientos.

Por otra parte, si la historia sigue por el camino que hasta ahora se le ha dado --salvo escasas excepciones-- ¿cómo podemos esperar que la gente se sienta identificada con héroes de mármol o bronce y con actos cívicos utilizados como pretexto para reforzar campañas políticas? La revaloración que en las últimas décadas se ha hecho de la historia, al plantearla como una ciencia integral, de los hombres y para los hombres, no puede pasar por alto aspectos esenciales que la convierten en algo más que un mero acto de erudición académica o de ininteligibles ensayos.

El punto de partida es promisorio. Como vimos en el capítulo 3, México es un país donde se presta importancia a la historia y, pese a la crisis, no se escatiman esfuerzos por apoyar su difusión. Por ejemplo, quien se interesa por conocer el pasado tiene varias opciones: ediciones o reediciones de obras a precios generalmente accesibles, museos, exposiciones, mesas redondas, programas en radio y televisión. Sin embargo, esto por sí solo no basta. Si queremos que la historia cumpla sus legítimos objetivos, debe concebirse sobre todo como historia popular, en el sentido amplio del término.

Lo popular puede abarcar tantos campos como manifestaciones culturales existen. Así, hablamos de educación popular, arte popular, comunicación popular y, ¿por qué no?, historia popular. Este concepto abarcaría nuestro pasado común, construido a partir



de los cimientos del pueblo, de los artifices anónimos, pero efectivos, del cambio.

La historia popular implica forzosamente una doble vertiente: de un lado, el rescate del mayor número posible de manifestaciones culturales, vivencias y experiencias del hombre común y corriente; de otro, debe procurarse que esas manifestaciones se difundan. Lo popular, lejos de ser sólo un proceso de extracción de material, debe ser también una manera de comunicar, de atraer el interés de la gente para que cobre conciencia del significado de la historia; si se escuchan unos a otros, sentirán la historia como algo más propio.

Por fortuna, esta idea, llevada a la práctica, se ha difundido en diversos países e instituciones. Raphael Samuel, quien dirige un taller de historia que, por sus características y objetivos es un valioso ejemplo de historia popular, ha escrito respecto a ésta:

En la actualidad la expresión "historia popular" podría aplicarse a toda una serie de iniciativas culturales que son principalmente, aunque no de modo exclusivo, ajenas a las instituciones de la enseñanza superior o están en las márgenes de las mismas [...] Se hace hincapié [...] en democratizar la producción de la historia, ampliando la lista de los que la escriben y aplicando la experiencia presente a la interpretación del pasado. (1)

Llevada a sus máximas consecuencias, la historia popular no es responsabilidad sólo de los científicos sociales --que no se limitan, por supuesto, a los historiadores--, sino que es una empresa donde intervienen otros grupos. Entre éstos se encuentran

1 Raphael Samuel, "Historia popular. Historia del pueblo", en Historia popular y teoría socialista, México, Grupo Editorial Grijalbo, 1984, p. 16.

los "comunicadores", encargados de transmitir el mensaje, y la gente común y corriente, la gran --y olvidada-- consumidora de la historia. Por lo tanto, historia popular es un proceso en el que están involucrados tres grandes grupos cuyas responsabilidades son las siguientes:

Los historiadores y, en general, los científicos sociales: Su misión es intentar nuevos enfoques y explorar nuevos temas para democratizar la historia.

Los protagonistas: El hombre y la mujer común que, sin percatarse la mayoría de las veces, hacen la historia. A ellos corresponde asumir su papel como sujetos activos de tal historia y no como simples receptores pasivos.

Los comunicadores: Deben guardar estrecho contacto con los dos grupos anteriores y no desperdiciar oportunidades para hacer que la historia llegue verdaderamente a las personas. En este grupo entran, por supuesto, los encargados de la enseñanza de la historia, pues en última instancia su papel es --o debiera ser-- comunicar la historia.

Una vez especificados quiénes son los principales responsables de la historia popular --que, a decir verdad, involucra a toda la sociedad--, veremos algunas de las principales estrategias a seguir.

### 5.1. Nuevos enfoques y nuevos temas

Respecto a la esencia de la historia popular, el ya citado Raphael Samuel apunta: "es variable, aunque lo que se pretende es siempre acercar los límites de la historia a los de la vida de las personas". (2) ¿Cómo podemos borrar la frontera entre una y otras? A lo largo de este trabajo ya hemos visto algunos mecanismos que resultan efectivos para lograrlo, aunque no es ocioso insistir en ellos.

#### 1) Enfatizar la relación pasado-presente

No podemos esperar que la gente sienta como propias situaciones que acaecieron tiempo atrás, si no se le aportan elementos para su interpretación. Es preciso hacerle ver como todo está ligado en el tiempo, que el pasado no se agota, sino que se encadena al presente, que las líneas cronológicas se desvanecen y lo que hoy es presente mañana será futuro y lo que ayer fue pasado hoy es presente. Con una historia descriptiva o dogmática es difícil encadenar estos tiempos. Por el contrario, el historiador debe buscar la forma y los medios de entregar a la sociedad una visión interpretativa, que permita mantener el diálogo entre pasado y presente. (3)

Si el pasado debe ser visto a través del presente, se comprende fácilmente la necesidad de recrearlo siempre, de examinarlo, de extraerlo de la cárcel en que a veces se le ha

2 Ibidem, p. 15.

3 Cfr. Eugenia Meyer, "Comunicación y liberación, tareas de la historia. Historia oral: historia viva, historia de masas", en Santiago. Revista de la Universidad de Oriente, diciembre de 1983, No. 52, p. 61.

confinado. Según Pierre Bertrand, "la memoria y la historia imperialistas se constituyen y se mantienen sobre una represión del pasado [...] Es reprimiendo el pasado que memoria e historia se instauran como jueces del pasado, que se eternizan". (4) La historia popular no puede basarse en un pasado "eternizado": de ser así, no queda más que seguir viendo con resignación la indiferencia que aquél nos provoca.

## 2) Escribir la historia "desde abajo"

Tal vez contagiados por una herencia milenaria, a muchos historiadores y consumidores de la historia les cuesta trabajo pensar que la historia no la hacen los grandes hombres, o al menos no sólo ellos. Plumas pesimistas como la de Cioran se resisten a creer que el pueblo pueda ocupar alguna vez un lugar privilegiado:

¿Y el pueblo?, se preguntarán. El pensador o el historiador que emplee esta palabra sin ironía se desacredita. El "pueblo" se sabe ya a que está destinado: a sufrir los acontecimientos y las fantasías de los gobernantes, prestándose a designios que lo invalidan y abruma. (5)

Si bien es cierto que el pueblo ha sufrido --y sufre-- este menosprecio, la situación puede cambiar y algo debe hacerse para acelerar el proceso. Esta propuesta ya ha surtido efectos; al respecto, Lawrence Stone afirma que, en las últimas décadas, los historiadores se han dedicado cada vez

4 Pierre Bertrand, El olvido. Revolución o muerte de la historia, México, Siglo XXI Editores, 1977, p. 65.  
5 E.M. Cioran, Historia y utopía, México, Artífice Editores, 1981, p. 47.

más a rescatar la historia de las masas y que estos trabajos, si bien son aun escasos, no deben ser menospreciados. (6)

Esta idea de la historia desde abajo no debe confundirse con una simple historia creada para las masas, que no de las masas. La primera tiene un claro tinte populista y sus consecuencias pueden ser nefastas:

Se quita a las masas su fuerza a base de ir aislando a cada individuo en su casa y a su vez se les hace sentir masas a base de hacerles ser protagonistas de una historia que ellos no han creado ni han participado en su elaboración, sino que se ha creado para que ellos la devoren pensando que es la suya. (7)

Una significativa descripción de lo que sería la historia desde abajo la encontramos en las líneas siguientes:

El individuo no cuenta, sino la especie, unico agente activo de la historia. Esta deberá escribirse alguna vez sin citar un solo nombre, así sea de emperador, artista, o inventor, pues cada uno de ellos es el producto de todos los que lo antecedieron y el germen de quienes lo sucederán. (8)

Algún día el pueblo debe recuperar su lugar en la historia. Falta mucho, pero algo se ha avanzado. Además, la historia desde abajo tiene también otra dimensión. No debe entenderse como tal sólo el estudio de la masa, sino que conlleva "un desplazamiento gravitatorio del interés, puesto que del estudio a escala nacional se está pasando al local, del de las instituciones públicas, al de la vida doméstica.

6 Cfr., Lawrence Stone, El pasado y el presente, México, FCE, 1986, p. 36.

7 Alberto Prieto, Historia de masas sin masas, Madrid, Akal Bolsillo, 1981, p. 28.

8 Julio Ramon Ribeyro, Prosas apátridas, Barcelona, Tusquets Editores, 3ª ed., 1986, p. 116.

del estudio del arte de gobernar al de la cultura popular". (9)

3) Acercar los límites de la historia y el individuo

Otro aspecto que ha influido negativamente en la comprensión y el interés hacia la historia consiste en la distancia que la separa del individuo, al dar preferencia a grandes episodios, grandes acciones, grandes héroes. El múltiple conglomerado de hechos que conforman el pasado ha sido reducido a una serie de hechos históricos notables que poco o nada tienen que ver con el individuo común y corriente.

En nuestro país esto se aprecia, por ejemplo, al comparar la apabullante importancia que se le ha dado a la historia centralista, donde aparentemente todo lo importante parte o confluye en la ciudad capital. Si bien políticamente esto tiene una cierta explicación, no podemos pretender que esta sola característica valga para opacar todo cuanto sucedió en diversas regiones, estados, pueblos, etc. Esta situación, por supuesto, no es producto de la casualidad. Obedece a la imposición de un concepto de lo mexicano --así, en abstracto--, privilegiándolo sobre todas las peculiaridades locales y regionales que conforman una nación; con el tiempo, esto acaba por demostrar su falsedad y acarrea el desinterés ante valores ajenos o lejanos. Es importante, por lo tanto, construir la historia a partir de lo que le es familiar a cada individuo.

---

9 Raphael Samuel, op. cit., p. 16.

Aunque aún falta mucho por hacer en este ámbito, en nuestro país parece ir en aumento el interés hacia la investigación y difusión de la historia regional. Los historiadores --y no sólo los de provincia, como fácilmente se puede suponer-- han protestado, tal vez no muy airadamente, contra el centralismo desmedido que pretende arrasar con todo, a veces hasta con la memoria histórica.

#### 4) Abordar nuevos temas

Cuando se nos quiere hacer creer que la historia se reduce a saber quien gobernó durante qué periodo, o qué pueblo hizo la guerra a otro, como si todo el pasado se redujera a política o a asuntos militares, peligra el interés que aquella despierta. Si, por el contrario, el estudio y la difusión del pasado pretenden abordar nuevos temas, la situación cambia. A últimas fechas la historia parece ocuparse más de estos enfoques. Según Lawrence Stone, como resultado de los adelantos en investigación histórica, se han desarrollado, por lo menos, seis nuevos campos (10):

- 1) Historia de la ciencia
- 2) Historia demográfica
- 3) Historia de las transformaciones sociales
- 4) Historia de la cultura de masas
- 5) Historia urbana
- 6) Historia de la familia

10 Cfr. Lawrence Stone, op. cit., p. 37-38.

A estos rubros se podrían añadir muchas otras subclasificaciones, y además, temas diversos, según la época o el país de que se trate. No es cuestión aquí de hacer un recuento de los diversos temas a que puede dedicarse la historia, pues la lista sería tan extensa como actividades humanas existen y han existido. Lo importante por ahora solo es recalcar que una forma de fomentar el interés consiste en abordar una gama cada vez más amplia de nuevos temas, que despierten el interés de los individuos, por sí solos o como miembros de algún grupo social.

#### 5) Fomentar los estudios interdisciplinarios

El historiador que se aferra a su parcela de conocimiento y siente que el pasado es suyo y no se atreve a compartirlo con nadie, difícilmente podrá aseverar --o tal vez ni siquiera le interese-- que hace historia popular. Ya no estamos más en la era del enciclopedismo, y nadie podría saber todo sobre un solo tema. Cada vez se hace más notorio que las fronteras entre las diversas ciencias sociales se diluyen; que historiadores, economistas, antropólogos, politólogos, sociólogos tratan de trabajar al unísono o, por lo menos, compartir sus experiencias.

#### 6) Prestar mayor importancia al lenguaje

El historiador debe estar siempre consciente de que el lenguaje no es sólo un accidente en su vida o en su carrera; debe aceptar que es una materia prima esencial de su profesión. Raphael Samuel afirma que también de un tiempo a la



fecha esto se vuelve realidad y que "destaca la enorme inventiva que han desplegado los investigadores en su intento de captar la voz del pasado; las cadencias del habla vernácula, los giros reveladores que pueden espigarse de las actas judiciales o de cartas anónimas". (11)

Esta inventiva debe ir siempre en aumento y no solo por cuanto se refiere al lenguaje escrito, como veremos en la tercera parte de este capítulo.

7) Convencerse de que, como científicos sociales, son agentes del cambio.

Al respecto, citamos un consejo de Polibio:

Platón decía que los hombres serían felices cuando los filósofos fuesen reyes o los reyes filósofos; y yo podría decir ahora que la historia llegaría a su esplendor cuando los hombres de Estado se propusiesen escribirla, no por pasatiempo, como ahora se hace, sino persuadidos de que de todas sus obligaciones, ésta, como la más necesaria y honrosa, debe llenar toda su vida, sin dejarla de la mano. (12)

Si bien los historiadores no son jefes de Estado --aunque algunos mantengan con ellos estrechos vínculos--, las palabras de Polibio bien podrían servir de consejo y advertencia a quienes se dedican a la historia.

11 Ibidem, p. 20.

12 Polibio, en Fritz Wagner, La ciencia de la historia. México, UNAM, 2ª ed., 1980, p. 35.

## 5.2. La historia oral y el rescate de nuevas fuentes

Uno de los problemas que impiden que la historia llegue a los hombres es su excesivo elitismo, es una historia de héroes, de procesos alejados de la realidad de la mayoría de consumidores. Así, si pretendemos que la gente se acerque a la historia, es necesario hacer de ésta un proceso que le sea común, que propicie su identificación con ella. Ya vimos en el apartado anterior la necesidad de abordarla con nuevos enfoques y nuevos temas. Ahora veremos otro punto esencial: el rescate de nuevas fuentes. Entre estas destacan las voces de los actores, los protagonistas olvidados, de aquéllos que sin figurar siquiera en modestos periódicos locales tuvieron alguna participación y desean opinar sobre lo que vieron y vivieron, aunque fuera desde un segundo o tercer plano.

Por otra parte, estas versiones de la gente común --además de que permiten la identificación de los consumidores entre sí-- representan una versión diferente de la historia elitista u oficialista. No ha sido fácil conservar las manifestaciones populares; sin embargo, han surgido nuevas formas "de resistencia y reapropiación de lo popular frente al embate de la ideología dominante". (13) Gracias a estas formas de defensa de lo popular, es posible preservar multitud de rasgos de la historia humana, aquella que ha evitado contaminarse con la versión oficial y dogmática del pasado.

13 Cecilia Blondet, "Memoria colectiva y resistencia popular", en Materiales para la comunicación popular, Núm. 2, enero de 1984, Lima, Centro de Estudios sobre la Cultura Transnacional, 1984, p. 5.

El rescate de estas nuevas versiones de la historia permite conocer no sólo los grandes hechos que todos registran, sino también pequeños fenómenos que, de otra suerte, permanecerían en el olvido.

Dentro de las formas de rescate y reapropiación de lo popular frente a la cultura dominante, destaca, en el campo que ahora nos ocupa, la historia oral, que tiene como objetivo principal el rescate y preservación de los testimonios de los protagonistas directos de la historia, obtenidos por medio de historias de vida. Aunque el término de historia oral se encuentra ya bastante difundido, existen aún algunas confusiones en torno a su definición, objetivos y metodología; con frecuencia se le confunde con la tradición oral --con la cual sin duda está emparentada, aunque no es lo mismo-- o se minimiza su importancia. Eugenia Meyer describe los objetivos de esta metodología:

El papel que juega la historia oral es humanizar la historia al preocuparse por el protagonista, sujeto de la historia que relata o rememora su participación directa. Esto es: al nutrirse de esa memoria de la actividad personal, se logra conformar --con método y disciplina particulares-- una historia hecha por ellos, para ellos [...] Al generar una literatura testimonial, construyendo nuevas fuentes y contribuyendo con nuevos recursos de reflexión, se cumple con la condición esencial de la historia oral. (14)

Tenemos pues un elemento básico en la historia oral: que el protagonista, sujeto de la historia, relate o rememore su participación directa. En términos no formales una técnica similar fue utilizada por Herodoto, quien por medio de preguntas y

14 Eugenia Meyer, "Comunicación y liberación...", op. cit., p. 67.

respuestas construyo gran parte de su historia. Sin embargo, faltaba una metodología:

En realidad las historias de vida no fueron "inventadas" por sociólogos y antropólogos en las primeras décadas de este siglo, sino que [...] los historiadores usan documentos personales y autobiografías desde hace muchos siglos. Sin embargo, las diferencias entre el uso tradicional en historia y el uso contemporáneo en ciencia social son evidentes: típicamente el historiador no producía su material, sino que lo encontraba hecho, a menudo prefabricado por los actores de la historia como documento-justificación de sus acciones. (15)

Formalmente, la historia oral nació hacia el año de 1933, con un trabajo elaborado por Allan Nevins, historiador estadounidense, quien elaboro una biografía sobre Grover Cleveland basado, sobre todo, en testimonios aportados por sus contemporáneos. (16) Desde este comienzo y durante mucho tiempo, la historia oral servía básicamente para recopilar historias de vida de las élites, funcionarios, estadistas, hombres famosos. Sin embargo, este enfoque ha perdido importancia y en la actualidad --sobre todo en países como el nuestro-- se privilegia la vida de los oprimidos, de los "sin historia":

El crecimiento de la historia oral anti-elites se ha vuelto sorprendente. Los historiadores sociales y los sociólogos han recurrido a la historia oral para grabar información de aquellos grupos que hasta entonces hubieran dejado poca documentación y cuyas ideas, experiencias y cultura habían sido ignorados por los académicos. (17)

15 Jorge Bolaños, "Introducción" a Varios autores, Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, SAIC, 1974, p. 8.

16 Cfr., Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral, origen, metodología, desarrollo y perspectivas", en Historia Mexicana, Núm. 2, diciembre de 1970, México, El Colegio de México, p. 373.

17 Anthony Seldon y Joanna Pappworth, By word of mouth, "elite" oral history, Nueva York, Methuen, 1983, p. 9-10.

Las fuentes de la historia no se encuentran siempre al alcance de los investigadores: estos tienen, por lo tanto, que buscar mecanismos para desenterrarlas. En Combates por la historia, Lucien Febvre asentó: "La historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el genio de los hombres puede inventir y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido". (18)

Las experiencias y vivencias de los hombres y mujeres comunes corren constantemente el riesgo de sufrir tales "estragos del olvido". Ante tal situación se impone la acción por parte de los historiadores y otros científicos sociales, para incorporar las historias de vida al arsenal de fuentes históricas. Así, el conocimiento del pasado se problematiza, se enriquece.

El propósito fundamental de la historia oral es llenar las lagunas, esos grandes huecos que va dejando una historia convencional. (19)

Esta metodología, por otra parte, no es propiedad exclusiva de la historia, y un número creciente de investigadores de diversas disciplinas recurren a ella. Es un método para estudiar los aspectos generalmente inhibidos por la misma sociedad; por lo tanto, "toca algo del campo de la psicología social y también de la antropología social y de la vieja etnografía". (20)

18 Lucien Febvre, Combates por la historia, Barcelona, Editorial Ariel, 1974, p. 31.

19 Cfr., Eugenia Meyer, "Consideraciones metodológicas y problemática de la historia oral en el campo de las ciencias sociales", IV Seminario de Metodología de Historia Oral, México, INAH, 1981 (texto inédito).

20 Luis Guillermo Lumbrenas, "Reflexiones acerca del método", en Varios autores, Testimonios. Hacia la sistematización de la historia oral, Perú, Fundación Friedrich Ebert/CIESUL, 1983, p. 301.

Actualmente, la historia oral parece popularizarse. En diversos países de América y Europa existen programas, instituciones y asociaciones que se dedican a ella, constantemente se publican revistas especializadas en el tema y se organizan coloquios, donde los historiadores orales intercambian experiencias. Nuestro país no se ha quedado a la zaga y es pionero entre los demás de América Latina al haber organizado hace 15 años el Archivo de la Palabra, que actualmente es preservado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Se reúnen aquí más de un millar de entrevistas que abarcan diversos temas de historia contemporánea.

Una vez que se dispone de nuevas fuentes --ya sea a través de la historia oral o de otras metodologías-- es preciso que los historiadores las interpreten y las difundan. Sobre este paso versará la última parte del capítulo.

### 5.3. Comunicar, no informar, la historia

Aunque en la práctica los términos comunicar e informar se emplean como sinónimos, están claramente diferenciados entre sí. Al respecto, conviene indagar en el sentido etimológico. Comunicación proviene del latín *comungare* (entrar en comunión); implica, por lo tanto, la identificación entre el receptor y el mensaje. En cambio, informar, derivado de *in-formare*, dar forma, solo busca transmitir un mensaje; la respuesta carece de importancia. Este término

consiste, pues, en un "proceso de vehiculacion unilateral del saber entre un transmisor institucionalizado y un receptor masa". (21)

En el terreno de la historia nos encontramos con que muchas veces la historia es informada y no comunicada. La gente recibe datos, fechas, lugares, nombres, pero estos no generan en ella una respuesta. En cambio, cuando se atiende más la elaboracion del mensaje, cuando se piensa en función de hablar en terminos comprensibles y recurrir a los diversos avances de la técnica en materia de comunicaciones, es posible que la gente si tenga una respuesta. Analizaremos ahora en términos generales a dos sujetos que de alguna forma impiden que la historia sea comunicada:

1) Un historiador que, tras haber llegado a brillantes interpretaciones en su disciplina, ignora cómo comunicarlas a un público tal vez ansioso por conocerlas. Puede ocurrir que elija un procedimiento equivocado o, simple y sencillamente, no le interese comunicarlas. Tal vez lo más que persiga sea la admiración de sus colegas, entre los cuales el uso de terminos criptográficos puede, incluso, despertar entusiastas alabanzas.

2) Un comunicador que, disponiendo de un canal más o menos efectivo, no sabe qué contenidos elegir para ofrecer cultura y educación a su público.

Si los personajes arriba descritos trabajaran al unísono, la situación arriba descrita mejoraría. Mientras no se actúe más

21 Antonio Pasquali, Comunicación y cultura de masas, Caracas, Monte Avila Editores, 4ª ed., 1977, p. 62.

seguido hacia este proposito. la historia avanzara lentamente o incluso podria quedar estancada. Josep Fontana define asi uno de los objetivos que debieran perseguir los historiadores:

Difícilmente puede ser el de convertir la historia en una "ciencia" --en un cuerpo de conocimientos y métodos, cerrado y autosuficiente, que se cultiva por sí mismo--, sino, por el contrario, el de arrancarla a la fosilización cientifista para volver a convertirla en una "técnica": en una herramienta para la tarea del cambio social". (22)

Para ser herramienta del cambio social, la historia no puede ser reflexionada por otros para nosotros. Cada individuo debe contar con los suficientes elementos que le permitan tomar conciencia; y este proceso, como ya se ha dicho múltiples veces, no puede surgir automáticamente a partir de la mera acumulación de datos.

La idea, por otra parte, no es nueva. Citamos, a manera de ejemplo, las opiniones que a este respecto se han dado en diversas épocas:

[...] para darle historia a una nación, nunca se debe empezar desde el plano más alto, el histórico, el pragmático de la historia, etc., antes de que hayamos adquirido el puro y claro modo de escribir y de pensar de Heródoto". (23)

Si nos quiere significar más [la historia] debe escoger necesariamente entre estos dos métodos: o el lector debe emocionarse como el héroe, o el héroe debe enfriarse como el lector. (24)

Solamente podemos hablar de historia, cuando la sentimos, como si hubiéramos vivido entonces. (25)

22 Josep Fontana, Historia. Análisis del pasado y proyecto social, Barcelona, Ed. Critica, Grupo Editorial Grijalbo, 1982, p. 261.

23 Johan Gottfried Herder, en Fritz Wagner, op. cit., p. 154.

24 Friedrich Schiller, en ibidem, p. 121.

25 Berthold Gerog Niebuhr, en ibidem, p. 203.



Estas opiniones, trasladadas a nuestra época, son aún útiles, aunque, claro está, deberían ser modificadas de acuerdo con los vertiginosos avances tecnológicos. Para comunicar la historia no podemos limitarnos a los canales tradicionales, pues la ciencia ha creado ya numerosos mecanismos que pueden ser aprovechados para este fin.

Por otra parte, los problemas de la difusión de la historia no responden a problemas aislados, sino que en general dependen de los problemas para difundir la cultura. En muchos campos del saber existe un desfase entre la teoría, la búsqueda, los nuevos hallazgos y las técnicas para darlas a conocer.

En el caso específico de la historia, habría que pensar de manera especial en su transmisión a través de la escuela, que en muchos casos es el primer contacto formal del individuo con la historia. Una profesora venezolana con muchos años de experiencia propone que los siguientes elementos son indispensables para una didáctica popular de la historia: (26)

- 1) Partir de la realidad en y con la cual trabaja el alumno.
- 2) "Descuadrilarse": desmitificarse, romper estereotipos, convertirse en el antiprofesor capaz de enseñar la antihistoria.
- 3) La horizontalidad en las relaciones: aprender juntos, educando y educador.

26 Cfr., Luisa Pernalet, Hacia una didáctica popular de la historia, Caracas, Cuadernos de Educación, septiembre-octubre de 1977, p. 47-52.

Ahora bien, la escuela tradicional es un elemento básico, pero no exclusivo. Además de ella está todo lo que se conoce como educación extraescolar: los obvios serían el cine, la radio, la televisión, los libros, periódicos, revistas; los que a veces pasan casi desapercibidos serían: "nomenclatura de calles, denominación de parques públicos, estatuas, monumentos y actividades tales como ceremonias cívicas, discursos, conmemoraciones y días festivos". (27)

Lógicamente, un historiador no puede estar todo el tiempo atento a los avances y los mecanismos de la educación extraescolar. De allí que se vuelva cada vez más imperativa la propuesta de que exista una estrecha colaboración con quienes tienen más experiencia en el manejo de las técnicas de comunicación masiva. Son varias las causas por las cuales este trabajo interdisciplinario no ha podido ser tan fructífero. Un historiador enuncia algunas de ellas:

[...] quizás seamos los historiadores los que aún no hayamos desarrollado en profundidad estas posibilidades, tal vez por un simple pudor a la divulgación, por estar demasiado encerrados en las universidades, por falta de incremento de revistas en esta línea, por temor a realizar una historia que sea calificada de periodística o por otras razones. (28)

Existen, claro está, algunos avances en este sentido, pero falta mucho por hacer y la historia sólo puede seguir adelante en la medida en que se atienda tanto su fase de investigación como la de difusión. Al respecto, en Historia de masas sin masas, A. Prieto

27 Eugenia Meyer, "Pertenencia e identidad. La educación extraescolar. Un desafío para el historiador", en Santiago, Revista de la Universidad de Oriente, núm. 52, diciembre de 1983, p. 185.  
28 Alberto Prieto, op. cit., p. 6.

señala que existen dos luchas paralelas: la primera es por crear una historia científica, y la segunda por lograr que esta historia científica se imponga en la calle y que, al llegar a las masas, éstas la entiendan, la asuman y se sientan creadoras y artífices de la misma. (29)

Triunfar en esta lucha no es solamente cuestión de cantidad sino de calidad. En efecto, en nuestro país la historia recibe, en apariencia, bastante apoyo. Constantemente hay campañas masivas de difusión de la misma, ya sea en televisión, radio o prensa; se celebran los aniversarios y onomásticos respectivos, etc. Difícilmente transcurre un día normal sin que por cualquiera de estos medios se nos recuerde, como un anuncio publicitario más, que un héroe cumple años de muerte o nacido, que se celebró una batalla, que se expidió alguna ley, etcétera. Pero esto no es suficiente. Con algunos de los encuestados del capítulo 3 apreciamos como la historia se torna como una nebulosa de datos sueltos --y muchas veces equivocados--; la historia goza de un altar, pero esto no basta para que su comunicación sea efectiva. Por lo tanto, urge tomar algunas medidas que podrían agruparse como sigue:

1) Fomentar la colaboración estrecha entre investigadores y comunicadores.

Los primeros ofrecerán el material susceptible de ser compartido por la comunidad; los segundos contarán con la experiencia necesaria para que dicho conocimiento llegue a sus destinatarios: cuál es el canal adecuado, cómo conformar el mensaje, qué apoyo puede encontrarse en la técnica, etcétera.

29 Cfr., Ibidem, p. 16-17.

2) Recurrir a medios interpersonales de comunicación.

Las aparentes ventajas de los medios masivos pueden resultar una espada de dos filos; si bien permiten llegar a públicos cada vez más amplios, el control sobre las respuestas --o la seguridad de las mismas-- se torna difícil. Así, existen otras opciones, tales como cursos, seminarios, conferencias, museos (como se explica en el capítulo 4), talleres, teatro y varios más.

3) Revestir a la historia de formas diversas.

La historia no tiene que presentarse siempre como un cuerpo sagrado de conocimientos. Algunos de los encuestados, por ejemplo, señalaron que habían entrado en contacto con la historia a través de telenovelas o de novelas históricas. Por cierto, aquí son muy visibles los prejuicios en torno a una posible vulgarización de la historia. Muchas novelas históricas, por ejemplo, son criticadas por su excesivo lirismo y fantasía, o su tergiversación de los datos históricos. Pero ¿importe mucho esto si a través de ellas se logra despertar el interés dormido durante tantos años? Según Roland Barthes, el interés de la gente crece grandemente ante el prestigio del "así sucedió":

En toda nuestra sociedad hay un gusto por el efecto de la realidad, atestiguado por el desarrollo de géneros específicos como la novela real, el diario íntimo, la literatura documental, el suceso histórico, exposición de antigüedades, fotografías, etc. (30)

Esto no significa que toda novela histórica o producción radiofónica o televisiva deba ser aplaudida por traer consigo el atractivo del "así sucedió"; como en todo, existen siempre los oportunismos, que dictados por intereses políticos o comerciales no persiguen más que transmitir ciertos mensajes o reforzar ciertas ideologías, en tanto que "[...] las masas siguen sin Historia, alejadas de la Historia, mientras el cine, la televisión, los comics... fabrican continuamente una Historia para ellas... una Historia para las masas sin las masas". (31)

4) Enseñar a la gente a pensar históricamente.

Muchas veces la historia se descontextualiza, se nos hace pensar que no forma parte de nuestra vida diaria y que sólo debemos pensar en ella como una materia escolar o un objeto de veneración cívica.

5) Procurar mantenerse al corriente de los avances tecnológicos.

Los medios de comunicación masiva registran un avance sorprendente; hace unos 30 años nadie hubiera imaginado que con sólo prender un botón podría presenciar directamente las hazañas deportivas de su héroe favorito o el lanzamiento de un cohete espacial. La televisión, sorprendente invento, está ya pagada de moda. Los avances tecnológicos actuales pueden hacer que en cuestión de pocos años las computadoras y sus revolucionarios prodigios desplacen a lo que ahora estamos acostumbrados. Esto no debería significar, ni con mucho, que los historiadores deberían ser además ingenieros en

31 Alberto Prieto, op. cit., p. 81.

computación. Pero si se empiezan a preparar desde ahora, el futuro no habrá de tomarlos por sorpresa. Es posible, por ejemplo, que en unos años ya nadie asista más a las escuelas y que en un programa de computadora se concentre toda la educación susceptible de recibirse en años y años de estudio. Claro está, por el momento las cosas no han llegado a tal extremo, y más vale no esperar ese momento cruzados de brazos. Paradojicamente, la tecnología se convierte tanto en un gran enemigo como en el mejor aliado de la historia. Por una parte, amenaza con borrar u opacar la importancia de tantos valores culturales propios; por otra, es posible que permita una comunicación más eficiente de la misma.

6) Reconocer que se trata de una labor colectiva.

Finalmente, y aunque de alguna forma ya se ha dicho antes, insistir en que la comunicación de la historia no es una labor de Quijotes aislados dispuestos a cambiar el mundo:

Si la historia es realmente una referencia activa y colectiva al pasado, la reflexión sobre la historia no puede ser sino activa y colectiva también. Las contribuciones individuales sólo cuentan en la medida en que se insertan en esta relación activa y colectiva, para mejor formularla, para darle más fuerza. (32)

La historia popular, como hemos visto, requiere de la responsabilidad compartida de todos: los que la estudian, los que la comunican y los que la consumen.

32 Jean Chesneau, ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores, Mexico, Siglo XXI Editores, 5ª ed., 1983.

## CONCLUSIONES

Cualquier lector estara de acuerdo en que el puente que une al mito con la historia verdadera es demasiado fragil y hay que estar siempre pendientes para no cruzarlo desapercibidamente. Las paginas anteriores han pretendido ofrecer algunas pistas a quienes se interesen en hacer de la historia un conocimiento libertario del pasado, y no un mito que encadene.

El primer paso consistió en identificar a la verdadera historia, diferenciarla de lo que generalmente se conoce como tal, aunque no reúna los requisitos indispensables. Así, hemos hurgado en algunos de los aspectos que conforman la definición clásica de historia ("conocimiento del pasado para entender el presente y planear el futuro") a fin de esclarecer qué hay de cierto en ella y como sería posible llevarlo a la práctica.

Para lograr esto, se examinaron los distintos significados del término, que se refiere tanto al objeto de estudio como al estudio mismo; muchas de las confusiones en torno a la definición y utilidad de la historia parten de esta ambigüedad. Asimismo se examinó la relación pasado-presente, que resulta cierta y necesaria, más allá de cualquier intento por confinar a la historia al reino del pretérito.

Para esclarecer estos puntos se reunieron diversas opiniones, tanto de historiadores plenamente reconocidos como tales, así como de pensadores consagrados a otras disciplinas. Esta confrontación de ideas permitió enriquecer el análisis propuesto y, al mismo tiempo, demostrar que en la reflexión en torno a la historia no

hay, o no debiera haber, derecho de exclusividad, puesto que es una ciencia que atañe a todos los hombres.

Una vez explorado el significado del término, se puso en práctica una de las lecciones recibidas: el presente se vuelve más inteligible a la luz del pasado. Por lo tanto, en la segunda parte del primer capítulo, "De como el hombre bajo de los árboles y de como empezó a contarlos", se recorrió brevemente la trayectoria de esta disciplina. El viaje retrospectivo nos llevó hasta aquellas lejanas épocas en que el mito ofrecía todas las explicaciones que el hombre requería para entender el mundo en que vivía y los fenómenos que le rodeaban. Se vio también como paulatinamente la historia se convertía en ciencia o al menos intentaba ofrecer una explicación racional del pasado. Asimismo salió a la luz la extraña paradoja de la historia que, en lugar de seguir sus propias lecciones, experimentó serios retrocesos en sus intentos por explicar el mundo; los grandes logros obtenidos con los griegos fueron postergados y, en su lugar, se optó por dejar la explicación del mundo en manos de los designios divinos.

El oscurantismo que durante siglos se apoderó de ésta y otras ciencias no podía durar eternamente; así, poco a poco se abrió paso un intento por explicar racionalmente el mundo. La historia recuperaba su carácter científico, si bien antes tuvo que pasar por la etapa positivista, donde la relación detallada y rigurosa de los "hechos históricos" trajó resultados loables, aunque poco fructíferos, pues los historiadores se obsesionaron ante la descripción en detrimento de la interpretación. Ya durante este siglo, en gran parte debido al cada vez más caótico presente que



requería de urgentes explicaciones, la postura historicista comenzó a perder admiradores y, en su lugar, se propusieron otros intentos por interpretar, y no solo describir, al pasado.

Tras esbozar algunos puntos relativos a la definición y el desarrollo de la historia, nos detuvimos en los usos y los abusos que en nombre de esta ciencia se cometen. Como punto de partida, se reconoció que la historia no es una actividad neutral, ni de parte de quienes la estudian, ni de quienes la comunican, ni de quienes la consumen. Conocer e interpretar el pasado puede convertirse en un valioso elemento que contribuye a concientizar a las personas; pero, al mismo tiempo, puede también tener efectos contrarios y funcionar como un elemento ideológico manipulador. En esta parte, nuevamente se recurrió a la opinión de estudiosos de diversas disciplinas. Si bien no faltaron quienes aseveraron rotundamente que la historia es equiparable a un inútil recuento de datos, el balance de los puntos de vista arrojó un saldo favorable. Tal vez haya quien se sorprenda de que se dedicara toda una parte a decidir si la historia es o no valiosa; sin embargo, no está por demás recordar que no basta solo con saber si algo puede o no ser útil, sino que es aún más importante conocer en qué se funda tal importancia, para así poder llevarla a efectos prácticos.

En el segundo capítulo analizamos la estrecha e indisoluble relación de la historia con el lenguaje. En efecto, el hombre ha dejado huella de su paso por este mundo a través de múltiples hechos o fuentes históricas y todas ellas están impregnadas de contenido simbólico, susceptible de ser trasladado al lenguaje. Al estar conscientes de esta situación, son mayores las posibilidades

de llevar a buen término una investigación o un intento por difundir la historia.

Con fines meramente positivos, fueron aislados tres de los principales elementos que intervienen en la historia como proceso de comunicación o de información --emisor, mensaje y receptor--, aunque en la vida real están interrelacionados.

Vimos como los emisores (los historiadores en particular y los científicos sociales en general) no pueden sustraerse al contexto social en el que están inmersos. De allí que exigencias o premisas como la de imparcialidad o neutralidad en su labor científica son altamente utópicas. Vimos además que no se trata de superhéroes que van a revolucionar nuestra visión del pasado; por el contrario, son seres comunes, cuya acción es sin duda valiosa, pero que tampoco ha de considerárseles los profetas del futuro. Relacionado con este punto, se encuentra también el aspecto de un necesario fomento a la investigación interdisciplinaria, de la cual la más beneficiada sería la propia historia.

En cuanto al mensaje, se examinaron los procedimientos mediante los cuales el pasado y la interpretación sobre el mismo son transformados en lenguaje. Dos procesos intervienen de manera fundamental: la valoración y la selección de los hechos históricos. Al hacer historia, queda vedada la neutralidad: ¿quién selecciona los hechos históricos y quien los valora como tales? Aquí interviene necesariamente la interpretación del historiador. En la medida en que este consciente de esta función, habrá mayores posibilidades de hacerla científica; para ello habrá que tomar en cuenta aspectos como describir no solo el contenido manifiesto de

las fuentes con las cuales se trabaja, sino indagar acerca del contenido latente: no solo analizar lo que existe, sino rastrear y tratar de localizar algo de lo que "no existe" o, mejor dicho, quedó oculto durante el proceso de selección, esas fuentes censuradas y dejadas de lado por no reunir los requisitos para ser consideradas "hechos históricos" y, por último, reconocer que el investigador debe partir siempre necesariamente del presente y a la luz de él reconstruir el pasado.

La fase final de este análisis de la relación de la historia con el lenguaje se centró en los receptores: el gran público consumidor, aquel al que injustamente se le ha acusado de apático frente a la historia, de desinteresado frente a su pasado. Sin embargo, una revisión muy superficial del material al cual debe enfrentarse si quiere conocer la historia, nos llevó a comprender las causas de su desinterés: muy pocas veces se les toma en cuenta, la labor del historiador parece culminar con brillantes investigaciones, en tanto que la comunicación de las mismas generalmente se hace con base en cánones rígidos, en discursos estereotipados, en fin, de una forma tal que no puede despertar el necesario interés.

A fin de comprobar o refutar lo expuesto en los dos primeros capítulos, en el tercero se dieron a conocer los resultados de una encuesta que se realizó en la Ciudad de México durante fines de 1986 y principios de 1987. La finalidad era, como lo indicaba el título del capítulo, conocer algo acerca del discurso popular de la Revolución Mexicana: qué dice la gente común y corriente acerca de este proceso histórico, qué piensa de él, cómo lo ha memorizado o

no, cómo lo juzga. Los resultados así obtenidos nos permitieron ver, entre otras cosas, los resultados de la enseñanza de la historia en diferentes niveles educativos así como de la educación extraescolar, los mecanismos interpersonales --y, en general, poco explorados-- de difusión de la historia (pláticas familiares, conferencias, museos, etc.).

Se aplicaron en total 70 encuestas a niños de tercero a sexto grados de educación primaria y 45 a jóvenes, todos ellos habitantes de diversas colonias de clase baja y media baja al norte y al oriente de la ciudad. Entre los niños el cuestionario aplicado fue de preguntas cerradas (salvo las dos últimas), en tanto que el de los jóvenes fue completamente de preguntas abiertas.

Si bien el análisis de la información se dificultó con las preguntas abiertas, arrojó resultados interesantes, pues permitió conocer no sólo los datos obvios (por ejemplo, que Hugo Sánchez o Fernando Valenzuela son más conocidos que Venustiano Carranza), sino que hizo posible identificar el lenguaje popular que se ha estructurado en torno al proceso de la Revolución. Se obtuvieron valiosas claves acerca de la forma en que la gente asimila o memoriza el pasado, cómo esta masa amorfa toma cuerpo en su memoria y sale o no a la luz, cómo existen una serie de respuestas estereotipadas, que afloran automáticamente a raíz de preguntas estereotipadas. Al mismo tiempo, se descubrieron algunos asuntos polémicos: por ejemplo, si la Revolución continúa o no, si sirvió para algo o no, si vale la pena estudiarla o no.

Las propuestas en torno a una nueva historia y, sobre todo, en torno a nuevas formas de difundir la historia deben explorar

distintos canales de comunicación. Por esta razón, en el capítulo cuarto se describió un intento por comunicar el proceso de la Revolución a través de un museo: Museo Nacional de la Revolución.

La primera parte de este capítulo se dedicó a algunos aspectos generales en torno a los museos como espacios didácticos de comunicación interpersonal. Si bien en teoría la idea de los museos como bodegas de objetos sagrados ya pasó a la historia, debemos reconocer que en la vida real esta concepción no está del todo extirpada. De allí la validez de la propuesta museográfica del caso analizado, donde, pese a sus reducidas dimensiones, se procuró crear un espacio que permitiera a los visitantes reflexionar activamente en torno a un proceso fundamental en la vida del México contemporáneo.

Para entender mejor cómo surgió el proyecto anterior, se describió la curiosa historia del espacio que actualmente ocupa el museo. Paradójicamente, hacia fines del siglo pasado y comienzos del actual, estuvo destinado a ser un suntuoso palacio legislativo, construcción que se vio frustrada por la lucha revolucionaria. Sólo quedaron los cimientos y la cupula del palacio y, al cabo de los años, durante la etapa cardenista, sirvieron para erigir el Monumento a la Revolución, una de las edificaciones más populares de nuestra ciudad. Sin embargo, la gigantesca estructura de piedra no era suficiente para hacer reflexionar acerca de la Revolución y su significado. Esta tarea fue la que se propuso al construir un museo en el sótano de su explanada.

Para opinar sobre los logros de este proyecto se cedió la palabra a los propios visitantes. El análisis y clasificación de

sus comentarios abarco diversos temas: la relacion pasado-presente, la relacion de la historia con la cultura, los museos como elemento didáctico, juicios sobre la Revolucion, historia y nacionalismo, el tributo a los héroes, la nostalgia por el pasado, la historia como algo cercano al individuo, la necesidad de crear museos regionales. Por supuesto, hubo tambien criticas; se analizaron sus causas y básicamente se agruparon en: rechazo a los nuevos conceptos en museografía, rechazo a la historia por considerar que se trata de un gasto inutil. Las opiniones mas representativas de cada uno de estos grupos se transcribieron fielmente y, sin duda, conforman un material valioso pues ofrecen puntos de vista espontáneos derivados del contacto con la historia.

A partir de las consideraciones anteriores, en el último capítulo se esbozaron las características que debiera reunir la historia popular. No se trata ciertamente de propuestas nuevas, pues ya diferentes corrientes han sugerido o incluso llevado a la práctica diversas posibilidades de hacer historia popular; sin embargo, la insistencia en el asunto no es garantía de que ya esté todo dicho. A fin de cuentas, cada país debe explorar sus necesidades y, con base en estas, formular sus propias estrategias para comunicar la historia y hacer que un numero creciente de personas participen en ella.

Las propuestas para ir hacia una historia popular se dividieron en tres rubros principales: explorar nuevos enfoques y nuevos temas; el rescate de nuevas fuentes y, por último, la necesidad de comunicar y no solo informar la historia. En esto último, la mayor responsabilidad recae sobre los comunicólogos.

Si bien las páginas anteriores tuvieron a la historia como elemento principal de análisis, en realidad el interés trasciende estos límites y pretende ir más allá: hacia la cultura en general, hacia un uso más racional de los medios de comunicación. No es posible continuar lamentándonos de que la prensa, el cine, el radio y la televisión solo sirven para enajenar a las masas, así como tampoco es posible que se desaprovechen oportunidades --modestas en apariencia-- de hacer uso de los medios interpersonales de comunicación. Cada vez es más apremiante la necesidad de llevar a la práctica las propuestas actualmente tan en boga para ir hacia la cultura popular, la comunicación popular, la educación popular y, ¿por qué no?, la historia popular.

#### BIBLIOGRAFIA

- ATIENZA, Juan G., Claves ocultas de la historia, Barcelona, Ediciones Obelisco, 2ª ed., 1987.
- , La mística de los templarios, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1983.
- BARTHES, Roland, El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura, Barcelona, Paidós, Comunicación, 1987.
- BERTRAND, Pierre, El olvido, revolución o muerte de la historia, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- BLOCH, Marc, Introducción a la historia, México, FCE, 12ª ed., 1984.
- BLONDET, Cecilia, "Memoria colectiva y resistencia popular", en Materiales para la comunicación popular, num. 2, enero de 1984, Lima, Centro de Estudios sobre Cultura Transnacional.
- BORGES, Jorge Luis, Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar" (1936-1939), Barcelona, Tusquets Editores, 1986.
- PRAUDEL, Fernando, La historia y las ciencias sociales, Madrid, Alianza Editorial, 4ª ed., 1979.
- BROM, Juan, Para comprender la historia, México, Ed. Nuestro Tiempo, 46ª ed., 1979.
- CANETTI, Elias, La provincia del hombre. Carnet de notas (1942-1972), Madrid, Taurus Ediciones, 1982.
- CARDOSO, Ciro F. y Héctor Pérez Brignoli, Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social, México, Grijalbo, 1986.
- CARR, E.H., ¿Qué es la historia?, Barcelona, Editorial Seix-Barral, 1973.
- CERTEAUX, Michel de, La escritura de la historia, México, UIA, 1980.



- CIDRAN, E.M., Adiós a la filosofía, Madrid, Alianza Editorial, 2ª ed., 1982.
- , Del inconveniente de haber nacido, Madrid, Taurus Ediciones, 1ª reimpr., 1982.
- , Historia y utopía, Artífice Editores, México, 1981.
- COLLINGWOOD, R.G., Idea de la historia, México, FCE, 1ª reimpr., 1984.
- COROMINAS, Juan, Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, Madrid, Ed. Gredos, 1980, 3ª ed.
- CHESNEAUX, Jean, ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores, México, Siglo XXI Editores, 5ª ed., 1983.
- DUBY, Georges, Tiempo de catedrales. El arte y la sociedad, 980-1420, Barcelona, Argot, 1983.
- FEVRE, Lucien, Combates por la historia, Barcelona, Ed. Ariel, 1974.
- FINLEY, Moses I., Uso y abuso de la historia, Barcelona, Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 3ª ed., 1984.
- FONTANA, Josep, Historia. Análisis del pasado y proyecto social, Barcelona, Ed. Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1982.
- FOUCAULT, Michel, La arqueología del saber, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- GONZALEZ Rojo, Enrique, Teoría científica de la historia, México, Ed. Diógenes, 2ª ed., 1979.
- GONZALEZ y González, Luis, "Usos y abusos de la historiografía mexicana actual en Panorama actual de la historiografía mexicana actual, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1982.
- HERNANDEZ Medina, Alberto y Luis Navarro (coordinadores), ¿Cómo somos los mexicanos?, México, Centro de Estudios Educativos/CREA, México, 1987.
- JOUTARD, Philippe, Esas voces que nos llegan del pasado, México, FCE, 1986.
- JOYCE, James, Ulises, Buenos Aires, Santiago Rueda Editor, 6ª ed., 1972.

- KOHN, James. Consideraciones sobre la historia moderna, México. Libreros Mexicanos Unidos, 1965.
- LE GOFF, Jacques y Pierre Nora. Hacer la historia. Nuevos Problemas. Barcelona, Ed. Laia, 1980, vol. 1.
- LLEDO, Emilio. Lenguaje e historia. Barcelona. Ed. Ariel, 1979.
- MEYER, Eugenia. "Comunicación y liberación: tareas de la historia. Historia oral: historia viva, historia de masas, Testimonios y documentos, El Día, México, 24 de mayo de 1980.
- , "Consideraciones metodológicas y problemática de la historia oral en el campo de las ciencias sociales", IV Seminario de Metodología de Historia Oral. México. INAH, 1981 (inédito).
- , "Pertenencia e identidad. La educación extraescolar. Un desafío para el historiador", en Santiago. Revista de la Universidad de Oriente, núm. 52, diciembre de 1983, Santiago de Chile, Universidad de Oriente.
- et. al., ...y nos fuimos a la Revolución, México. DDF/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.
- y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral, origen, metodología, desarrollo y perspectivas, en Historia Mexicana, núm. 2, diciembre de 1971, México. El Colegio de México, p. 372-387.
- Montes de Oca, José G., Los museos en la República Mexicana, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología e Historia y Etnografía, 1923.
- NOVACK, Georges. Para comprender la historia, Barcelona, Editorial Fontamara, 1984.
- PASQUALI, Antonio. Comunicación y cultura de masas, Caracas, Monte Avila Editores, 4ª ed., 1977.
- PAVESE, Cesare, El oficio de vivir (Diario), 1935-1950, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1976.
- PEREYRA, Carlos y otros, Historia ¿para qué?, México. Siglo XXI Editores, 1980.
- PERNALETE, Luisa. Hacia una didáctica popular de la historia, Caracas. Cuadernos de Educación, septiembre-octubre de 1977.

- PLA, Alberto J., La historia y su metodo, Barcelona, Editorial Fontamara, 1980.
- PRIETO, Alberto, Historia de masas sin masas, Madrid, Akal Bolsillo, 1981.
- PRIETO, Daniel, Discurso autoritario y comunicacion alternativa, Mexico, Edicol, 1980.
- RIBEYRO, Julio Ramón, Prosas Apátridas, Barcelona, Tusquets Editores, 3ª ed., 1986.
- ROCA-PONS, J., El lenguaje, Barcelona, Ed. Teide, 3ª ed., 1978.
- SABATO, Ernesto, Uno y el universo, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1969.
- , Hombres y engranajes. Heterodoxia, Madrid, Emecé Editores/ Alianza Editorial, 1973.
- SAMUEL, Raphael (ed.), Historia popular y teoria socialista, Barcelona, Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1984.
- SCHAFF, Adam, Historia y verdad, Mexico, Editorial Grijalbo, 1974.
- SELDON, Anthony y Joanne Pappworth, By word of mouth, "elite" oral history, Nueva York, Methuen, 1983.
- STONE, Lawrence, El pasado y el presente, Mexico, FCE, 1986.
- VARIOS autores, Las historias de vida en ciencias sociales. Teoria y técnica, Buenos Aires, Ediciones Nueva Vision, SAIC, 1974.
- VARIOS autores, Testimonios. hacia la sistematización de la historia oral, Perú, Fundación Friedrich Ebert/CIESUL, 1983.
- WAGNER, Fritz, La ciencia de la historia, Mexico, UNAM, 2ª ed., 1980.